

Por las buenas o por las malas: las mujeres en la globalización

COLECCIÓN GENERAL
biblioteca abierta

Estudios de
Género
e
I
O

Jules Falquet





biblioteca abierta

colección general **estudios de género**

**Por las buenas o por las malas:
las mujeres en la globalización**

Por las buenas o por las malas: las mujeres en la globalización

Jules Falquet



CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Falquet, Jules

Por las buenas o por las malas: las mujeres en la globalización / Jules Falquet; trs. Rosario Galo Montoya y Olga L. González. – Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, 2011. 208 pp. (Biblioteca abierta. Estudios de Género)
Título original: De gré ou de force. Les femmes dans mondialisation (Paris: La Dispute, 2008. 214 pp.)
ISBN: XXXXXXXXX

Por las buenas o por las malas: las mujeres en la globalización

Título original: *De gré ou de force. Les femmes dans mondialisation*

Biblioteca Abierta

Colección General, serie Estudios de Género

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Estudios de Género

Pontificia Universidad Javeriana

Instituto Pensar

© 2011, autora y traductora

Jules Falquet

© 2011, traductores

Rosario Galo Montoya y Olga L. González

© 2011, Universidad Nacional de Colombia / Pontificia Universidad Javeriana

/ Instituto Pensar

Bogotá D.C., 2011

La traducción de toda obra estuvo a cargo de Rosario Galo Montoya y Olga L.

González con excepción del capítulo III, a cargo de Jules Falquet

Preparación editorial

Centro Editorial, Facultad de Ciencias Humanas

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

ed. 205, of. 222, tel.: 3165000 ext. 16208

e-mail: editorial_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

Impreso por Javegraf

Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

A Xecê, Lou, Ochy y Roberta (ellas son las imprescindibles).
Y a Hélène Le Doaré, contrabandista del feminismo.

*Hay mujeres que luchan un día, y son buenas.
Hay mujeres que luchan muchos días, y son muy buenas.
Hay mujeres que luchan muchos años, y son mejores.
Y hay mujeres que luchan toda la vida.
Ellas son las imprescindibles.*

Adaptado de Mercedes Sosa y Bertolt Brecht

Contenido

Prefacio	15
Agradecimientos	17
Introducción	21
Lista de siglas y acrónimos	31

CAPÍTULO I

Puntos de referencia para el análisis de la globalización neoliberal

¿Qué es globalización?	36
¿Un fenómeno nuevo?	36
Definición	38
La dimensión económica	39
Hipertrofia de la economía y crecimiento del abismo entre poblaciones ricas y pobres	40
Desmantelamiento del <i>Welfare State</i> y movilidad de las mujeres	41
Destrucción de las formas clásicas de empleo y creación de «mano de obra libre»	44
Un nuevo mercado del trabajo transnacionalizado e informalizado	46
Recomposiciones políticas	49
Viejos y nuevos actores	49
¿Qué horizontes políticos hoy?	53

CAPÍTULO II

Mercado laboral y guerra. Hombres en armas y «mujeres de servicios»

La dialéctica de los sexos en el nuevo mercado de trabajo	58
La explosión de los «hombres en armas»	60
Demanda y oferta de «mujeres de servicios»	62
Violencia y control neoliberal	70
Guerra «abierta» y guerra «de baja intensidad»	70

Polarización internacional y tentativa de manipulación de las mujeres por los «hombres en armas»	72
La minimización del papel político de la violencia contra las mujeres	76

CAPÍTULO III

«Desarrollo» y «participación» según las instituciones internacionales	83
¿«Buena gobernanza» mundial o neutralización de los movimientos sociales? ¿Qué persigue la ONU?	86
El «desarrollo sostenible» y cómo la ONU se ha vuelto «protectora» del medio ambiente	86
Cuando la ONU apadrina a las mujeres	90
Mecanismos de participación y creación de «agenda»: el caso del turismo	95
El «desarrollo» neoliberal de las instituciones internacionales	101
Concepciones del Banco Mundial sobre medio ambiente, ecoturismo y biodiversidad	101
Políticas de población: ¿quién controla la fecundidad de las mujeres?	107
La trampa del «microcrédito»	111

CAPÍTULO IV

Disección de un consenso programado para el fracaso: cifras, conceptos y estrategias del «desarrollo» neoliberal	119
Orígenes y lógicas del empoderamiento y del <i>mainstreaming</i>	121
Empoderamiento: ¿de qué poder hablamos?	122
<i>Mainstreaming</i> : ¿integrarse en la corriente principal del «desarrollo»?	126
Los indicadores del desarrollo	128
Los Índices de Desarrollo Humano y de Género del PNUD	131
Algunos indicadores de desarrollo con enfoque de género	133
Intervenciones políticas directas: «lucha contra la pobreza», discursos de la «participación» y «buena gobernanza»	136
Medición de la pobreza y creación de pobres ilegítimos	136
La lucha contra la corrupción como mecanismo para intervenir en el campo político	138
«Participación» y «buena gobernanza»: un medio para cooptar los movimientos sociales	140

CAPÍTULO V

Tres preguntas a los movimientos sociales «progresistas» 143

División sexual del trabajo y proceso de producción de una revolución 146

Los discursos de la «participación» 147

La división sexual del trabajo revolucionario 148

Silencio sobre la opresión de las mujeres en la familia 153

Estructuras patriarcales en la «gran familia» revolucionaria 153

Las indígenas zapatistas: ¿desestabilizando la familia patriarcal? 155

MST, agricultura familiar y explotación del trabajo de las mujeres 157

¿Qué culturas defender? 158

Dilemas de las mujeres negras 158

Diversidad cultural: ¿quién paga la resistencia a la globalización
neoliberal? 161

¿Y las mujeres blancas occidentales? 164

Conclusiones 171

Lista de referencias 177

Índice de nombres 199

Índice de materias 201

Índice de lugares 205

Prefacio

PARA LA ESCUELA DE Estudios de Género, es un honor y un placer presentar la traducción del libro de la socióloga francesa Jules Falquet titulado *Por las buenas o por las malas: las mujeres en la globalización*, uno de los primeros volúmenes de la recién iniciada serie «Estudios de Género» de la Colección General - Biblioteca Abierta de la Universidad Nacional de Colombia. Esta obra fue publicada en el año 2009 en Francia y, desde entonces, ha sido objeto de múltiples reconocimientos por parte de la crítica académica.

El tema del libro es de gran actualidad para el contexto latinoamericano y para el campo de los estudios de género de la región, pues hace una evaluación del fenómeno de la globalización desde una perspectiva poco usual: la de las mujeres, y más específicamente, desde el punto de vista de las feministas latinoamericanas y del Caribe. Apoyarse en las «reflexiones pioneras y muy esclarecedoras de las feministas caribeñas» permite a la autora romper con una visión unívoca de la globalización e incorporar la dimensión de género —o más precisamente de las relaciones sociales de poder y de sexo—, además del papel que juegan los distintos movimientos sociales de mujeres, en el análisis de la globalización.

Buena parte de los discursos más difundidos sobre este fenómeno remiten, de manera confusa, a dos tipos de argumentación: por una parte, a las diversas descripciones e interpretaciones adelantadas por las ciencias sociales, las cuales privilegian dimensiones particulares de algunos fenómenos de carácter mundial —económicos, políticos, culturales— y, por parte, a una retórica vaga, de corte neoliberal, que exalta la globalización como un proceso necesario, que obedece a «leyes» del desarrollo tecnológico o del progreso económico y propone la apertura al mundo,

los tratados de libre comercio y la integración regional como receta para el crecimiento económico y el «bienestar de los pueblos».

La pregunta que anima el trabajo de Jules Falquet podría ser: ¿cuál es el bienestar y cuál el tipo de «desarrollo» que se nos ha intentado imponer a través de mecanismos coercitivos de una gran violencia material y simbólica, y cómo afecta esto a las mujeres? La urdimbre y trama del texto responden a esta pregunta con base en un riguroso ejercicio de reflexividad teórico-política, que se deriva de su formación de socióloga y de su participación en el movimiento feminista, tanto francés como de distintos países latinoamericanos y del Caribe. Estos dos aspectos de su experiencia, simultáneamente académica y política, se expresan igualmente en el esfuerzo por llevar a un público amplio debates conceptuales y análisis de gran complejidad que abordan el tema desde una perspectiva internacional e intentan tomar en cuenta conjuntamente sus dimensiones de sexo, clase y «raza».

Un trabajo como el propuesto por Jules Falquet no puede ser más pertinente ni más oportuno para tender puentes entre distintos grupos de investigación sobre género como los que se reúnen en esta coedición del Instituto Pensar de la Pontificia Universidad Javeriana y la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Esperamos que la publicación de este libro marque el inicio de una serie de estudios de género que abarquen, tanto desarrollos locales como internacionales o, mejor aún, libros que, como el de Jules Falquet, pongan de presente la fecundidad analítica y política de los trabajos que vinculan las realidades locales y supralocales y entienden el género como una relación y una forma de dominación específica, articulada a otros órdenes de poder como la clase social, la raza y la etnicidad.

MARA VIVEROS VIGOYA

Directora

Escuela de Estudios de Género

Facultad de Ciencias Humanas

Universidad Nacional de Colombia

Agradecimientos

TODO PENSAMIENTO SE INSCRIBE en un proceso colectivo y es imposible agradecer aquí al conjunto de personas y de grupos que contribuyeron intelectual, política, material y emocionalmente al desarrollo de mi reflexión. No obstante, quiero subrayar que me valí enormemente de los análisis realizados por la corriente feminista «autónoma» latinoamericana y del Caribe, de los grupos las Cómplices y las Próximas, de los que me considero integrante, en particular de los trabajos¹ de Elizabeth Álvarez, los del grupo argentino Asociación de Trabajo y Estudio de la Mujer —en adelante, ATEM—, de Ximena Bedregal, Mercedes Cañas, Melissa Cardoza, Ochy Curiel, Yuderkys Espinosa, Amalia Fischer, Francesca Gargallo, Edda Gaviola y Lissette González, del grupo Mujeres Creando, de Julieta Paredes y María Galindo, así como de Margarita Pisano. He contraído una deuda especial con Mercedes Cañas por su lucha y sus trabajos contra la violencia hacia las mujeres en El Salvador. Por sus actos y por su amistad, Ana García, Yolanda Castro, Yan María Castro Yaoyolotl, Chuy Tinoco, Julieta

¹ Para conocer los títulos de los escritos de cada una de las mujeres a las que me refiero, véase la lista de referencias de este libro.

Hernández, Silvia Ethel Matus y Lorena Peña, *Rebeca Palacios*, también han iluminado mi pensamiento.

Para el análisis del racismo en el seno del feminismo, han sido fundamentales los escritos de las feministas afrobrasileñas Sueli Carneiro, Neusa das Dores, Elizabeth Calvet y Jurema Werneck. Asimismo, la complicidad personal y los trabajos de la feminista afrodominicana Ochy Curiel acerca de la articulación sexo, «raza», clase y sexualidad y de las estrategias de identidad de los grupos de mujeres negras, como también sobre el movimiento feminista y lésbico, han sido absolutamente determinantes para mi reflexión. Otras feministas negras basadas en los Estados Unidos, como Jacqui Alexander, Angela Davis, bell hooks, Audre Lorde y Barbara Smith me han ayudado igualmente a comprender mejor el racismo, tanto institucional como individual, lo mismo que el Groupe du 6 novembre en Francia, que reúne a lesbianas descendientes de la esclavitud, la colonización y la migración forzada. Debo mucho a las mujeres indígenas, ya sea que reivindiquen o no el feminismo, por haber sido las primeras en obligarme a cuestionarme profundamente sobre los lazos entre sexo y «raza»². Entre ellas, las campesinas indígenas de Chiapas y de México, las indígenas zapatistas, muchas veces anónimas, pero entre quienes se destacan las comandantes Ana María, Hortensia, Ester y Ramona³. Las indígenas guatemaltecas me han dado también elementos de reflexión: Rigoberta Menchú, sin lugar a duda, por su testimonio desgarrador sobre la Guatemala de la década de los ochenta⁴, así como las exguerrilleras entrevistadas por Norma Chinchilla y las fundadoras de grupos cercanos al movimiento feminista, como Kaqlá. Finalmente, numerosas indígenas

2 Mi primer trabajo de investigación, en 1989-1990, fue sobre la situación de las mujeres indígenas en Chiapas frente a la institución escolar, el cual se intituló: *La scolarisation des populations indiennes au Chiapas, Mexique : dynamiques d'acculturation et rapports sociaux de sexes*.

3 La comandante Ramona murió en enero del 2006. Fue una de las dos mujeres que representaron al Ejército Zapatista de Liberación Nacional —en adelante, EZLN— en el primer diálogo con el Gobierno mexicano, en febrero de 1994. También fue la delegada y voz oficial zapatista en el Congreso Nacional Indígena de 1996.

4 Su historia fue consignada por Elizabeth Burgos (1983).

bolivianas han desarrollado luchas y posiciones muy importantes, como la sindicalista minera Domitila Chungara⁵, la poetisa y activista Julieta Paredes, de Mujeres Creando, y Casimira Rodríguez Romero, secretaria general de la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Trabajadoras Domésticas.

Cuando esta obra era apenas un manuscrito que buscaba su camino en el vasto mundo, numerosas amigas y colegas se asomaron a sus páginas todavía tiernas y, tranquilizándome sobre su estado general, me prodigaron útiles consejos para su crecimiento. Entre ellas, la primera fue Christine Delphy, quien me dio valor y me empujó a publicarlo; por esto le agradezco. Helena Hirata, pionera de las investigaciones sobre la globalización en Francia, me ha animado muy útilmente a desarrollar mis análisis. Danièle Kergoat y Patricia Roux hicieron unas lecturas atentas y críticas del manuscrito, al igual que Dominique Fougeyrollas, Hélène Rouch y Florence Degavre; gracias a ellas, las/los lectoras/es tienen en sus manos un texto más coherente y comprensible. Asimismo, sin la audacia y el rigor del pensamiento de Christine Delphy, Colette Guillaumin, Nicole Claude Mathieu, Paola Tabet, Gail Pheterson y Monique Wittig, yo tampoco hubiera podido concebir de otro modo las *relaciones sociales de poder de sexo*⁶: mi deuda con las feministas materialistas francófonas es muy grande. También me es importante agradecer, de manera especial, a las integrantes de los grupos feministas donde participé o que me han permitido avanzar en mis análisis: en Francia, a Les Barbares y al Groupe du 6 novembre; en El Salvador, a Mujeres 94, la Concertación de mujeres y Centro de Estudios Feministas; en México, a las Próximas y la Comal-Citlalmina.

Por último, quiero decir que la escritura de este libro solo fue posible gracias a la estimulación intelectual y política permanente de Lucía Reggiani, Ochy Curiel, Xecê Soro, Roberta Cappelli, Yolanda Castro, Mercedes Cañas y Nasima Moujoud. El apoyo

5 Su historia fue dada a conocer primero por Moemma Viezzer (1982) y después por David Acebey (1985).

6 Sobre este concepto, véase la introducción, nota 3.

Agradecimientos

material y la amistad de Jessica Brandler Weinreb, lo mismo que la hospitalidad y la paciencia de Ochy Curiel y de Ana Milena González durante la revisión final del manuscrito francés en Bogotá, fueron regalos maravillosos.

También agradezco con calor a Olga González por motivarme a buscar la publicación de este libro en español y apoyarme en el arduo trabajo de revisión de la presente versión. Otro agradecimiento especial merece la Escuela de Género de la Universidad Nacional de Colombia, en especial Mara Viveros por su prefacio y Ochy Curiel por su apoyo imprescindible y su entusiasmo siempre tan comunicativo.

Introducción

LA GLOBALIZACIÓN¹ NO ES un fenómeno unívoco y desprovisto de contradicciones. El libro presenta un análisis crítico de esta, aunque no rechaza otras lecturas más «optimistas». Simplemente, arranca de una perspectiva que no acostumbramos adoptar o que no tomamos realmente en serio: la de las mujeres, y más precisamente, la de las feministas latinoamericanas y caribeñas. Justamente, esta visión es apasionante.

En efecto, ser oprimida/o confiere un «punto de vista» (*stand point*) particular, como lo ha explicado Sandra Harding (1986). Algunas feministas afrodescendientes como bell hooks y Patricia Hill Collins lo han conceptualizado como una posición de «exterioridad desde el interior» que produce una conciencia particularmente aguda de los fenómenos de dominación². En particular, el hecho de reflexionar colectivamente, de organizarse en movimientos

1 El término *mundialización* en francés equivale al uso que en América Latina se da al término *globalización*, es decir, la expansión sobre el mundo del sistema capitalista actual. [N. del T.].

2 Véanse bell hooks (1984) y Hill Collins (1990).

sociales, ayuda poderosamente a desarrollar herramientas y a desplegar capacidad analítica. Por esta razón, me apoyaré mucho en las reflexiones pioneras y muy esclarecedoras de las feministas latinoamericanas y caribeñas. Intentaré demostrar cuatro puntos en la perspectiva abierta por estas mujeres:

Primero, que no vamos hacia un mundo mejor y más igualitario gracias a la globalización neoliberal; por el contrario, todos los sistemas de explotación se fortalecen, en particular los sistemas de clase y de raza, así como el sistema patriarcal global.

Segundo, que es ante todo mediante el uso de la coerción y de una gran violencia material (económica y física) que dicha globalización nos está siendo impuesta. Ahora bien, estos mecanismos de presión poseen una dimensión de género muy marcada, que hasta ahora no ha sido integrada correctamente en los análisis.

Tercero, que la globalización también se instala por medio de una dimensión de persuasión, mediante la construcción de un consenso ideológico-político legitimador, cuyo dispositivo central, también insuficientemente estudiado, consiste en «hacer participar» a las mujeres.

Finalmente, abordaré el tema de las resistencias, mostrando que los cuestionamientos y las alternativas que las mujeres y las feministas aportan a través de diversos movimientos sociales deben absolutamente ser colocados en el centro de la reflexión y de la práctica, si realmente queremos que otro mundo sea posible.

Marco teórico-político

Este libro descansa en más de quince años de trabajo, de observación, de participación, de lecturas y de debates, de los cuales varios transcurrieron en América Latina y el Caribe, sobre todo en México (en 1989-1990 y en 2001-2002) y en El Salvador (en 1992-1994), sin contar varias estancias más breves en estos dos países y también en República Dominicana, Colombia, Brasil y en menor medida en Chile, Perú y diversos países de América Central.

He participado activamente en el movimiento feminista, en América Latina y el Caribe y en Francia. He apoyado igualmente el movimiento zapatista mediante diversos grupos de solidaridad en

Europa. Las condiciones de mi participación en los movimientos latinoamericanos y caribeños como extranjera —europea y blanca— merecerían un análisis detallado, pero sobrepasan las intenciones de este trabajo. Me limitaré a agradecer desde lo más profundo de mi corazón a las mujeres y los hombres que me han acogido tan generosamente y que me permitieron compartir sus luchas. Mi participación siempre fue voluntaria y nunca se ha inscrito en los marcos de la «cooperación» o de la «ayuda humanitaria», sino deliberadamente en la lucha política, a veces desde el marco de la solidaridad internacional y, sobre todo, desde la perspectiva de una lucha *común* global, con la convicción de que luchaba *por mí* al comprometerme *con ellas* y con ellos.

Por lo tanto, aquí se encontrará un conjunto de análisis abiertamente comprometidos, resultado y fruto de la observación participante y de un trabajo reflexivo sobre mi propia participación en los movimientos sociales, a los que contribuí en mi modesta medida. Estos análisis parten de los movimientos, de la acción y de la reflexión colectiva —y espero que contribuyan a alimentarlos de vuelta—. Se apoyan en un sustrato sociológico que les da una base complementaria: cierta distancia «científica», un contexto teórico y valiosas herramientas conceptuales. Este anclaje produce también efectos secundarios menos afortunados, tales como un carácter tal vez poco atractivo para las personas ajenas al mundo universitario, a quienes está dirigido este libro tanto como a las otras. Espero que estas personas no se dejen desalentar por las frases demasiado largas, los conceptos de difícil acceso y los términos francamente incomprensibles, ni por las notas a pie de página, enemigas de las clases populares —como lo ha evidenciado bell hooks en su primer libro (1981)—. Releí decenas de veces el conjunto del libro tratando de cortar las frases en dos: espero que esto lo haya vuelto más digerible.

Precisiones sobre algunos conceptos

Debo precisar todavía unos conceptos clave. En materia de relaciones internacionales y de geopolítica, existen muchos términos posibles, generalmente organizados alrededor de una oposición binaria: Tercer Mundo y Primer Mundo, Oriente y Occidente, centro y periferia, países (sobre)desarrollados y países en desarrollo, (pos)

colonias y (antiguos) países colonizadores, países ricos/enriquecidos y países pobres/empobrecidos. Todos estos conceptos pueden ser útiles y los utilizaré en ocasiones. Sin embargo, desconfiemos de las oposiciones binarias y de la homogeneización que impone a cada uno de los términos. Para tratar de evitar este escollo, opté por emplear, siguiendo a Chandra Mohanty (2003) y a otras pensadoras, preferentemente los conceptos Sur, Norte, Este y Oeste, pues nos remiten a realidades políticas e históricas. No corresponden a conjuntos geográficos ni a entidades homogéneas, ya que existen numerosos Sures, muy diferentes unos de otros y además se encuentran algo de Sur y de Este en el Norte y algo de Norte en el Sur. También se sabe que el extremo Este geográfico (Japón, por ejemplo) hace parte del Norte y que el Sur geográfico de Brasil es más rico que el Noreste de ese país. Por lo tanto, cuando use esos conceptos, es necesario recordar que se refieren a la vez a una abstracción histórico-política y a una realidad compleja, heterogénea y en constante transformación.

Además, debo decir que aunque estudie sobre todo la forma en que la globalización transforma las *relaciones sociales de poder de sexo*³, también examinaré las dinámicas de clase y de «raza». Pongo el término «raza» así, entre comillas, para enfatizar que, aunque no existen «razas biológicas» en la humanidad, existe realmente

3 En Francia, años antes de la aparición del concepto de *género*, justamente criticado hoy por su vaguedad y su fácil recuperación, las feministas materialistas propusieron el concepto de *relaciones sociales (de poder) de sexo* (*rapports sociaux de sexe*), que tiene la ventaja de subrayar la dimensión social de la desigualdad entre los sexos y no dejarse naturalizar. Puede resultar difícil entenderlo en español o en inglés, ya que solo existe una palabra (relaciones sociales) para traducir dos conceptos en francés: *relations sociales*, que refiere a lo cotidiano, interpersonal e individual (muchas veces, así se entiende en español y evoca más bien los «roles de sexo»); y *rapports sociaux*, que refiere a una pugna macro, estructural y colectiva entre clases sociales (en este caso, de sexo) para definir la organización y división del trabajo (en este caso, la división sexual del trabajo). En este marco conceptual, las mujeres y los hombres son clases sociales, definidas por su posición de clase en la división sexual del trabajo y no por su fisiología. Una exposición muy clara de esto se encuentra en Danièle Kergoat (2002).

el racismo. La «raza social» desempeña un papel considerable en la vida de las personas y en las organizaciones sociales, tal y como lo ha demostrado Colette Guillaumin⁴. Asimismo, uso el concepto «raza» para englobar un conjunto de relaciones sociales de poder, que incluyen el antisemitismo y que están ligadas no solamente al «color» de la piel o a otros elementos fenotípicos, sino también a la nacionalidad, a la lengua y a la condición migratoria, es decir, a los efectos históricos de la colonización occidental (así como de otras colonizaciones anteriores o internas), de la esclavitud, de la descolonización y, finalmente, claro está, de la globalización.

En cuanto a las otras relaciones sociales de poder, las de sexo y de clase, decidí no utilizar las comillas. La razón es que, si bien no existe el «sexo» biológico —de la misma forma que no existen «razas» naturales—, me parece que el trabajo de des-naturalización de estos conceptos ha avanzado lo suficiente (en lo que se refiere a las clases) o es tan embrionario (para los sexos) que las comillas son inútiles, por defecto o por exceso.

Finalmente, deseo subrayar que siguiendo la corriente de las teorías feministas negras iniciadas por el Combahee River Collective ([1979] 2006), considero que estos tres sistemas de relaciones sociales de poder (sexo, clase y «raza») están profundamente entrelazados. Sin entrar en el debate teórico para saber si estas relaciones son interseccionales, como lo pone en evidencia Crenshaw (1991), o son coextensivas, como lo propone Kergoat⁵, o co-formadas, como lo sugiere Bacchetta (2010), se puede afirmar, no obstante, que hacen mucho más que adicionarse y sobreponerse: están estrechamente imbricadas. Una mujer indígena de México no es una mujer que además de indígena es pobre: se trata de una persona que

4 Guillaumin ([1978] 1992); y también ([1972] 2002).

5 Danièle Kergoat escribe sobre la articulación de las relaciones sociales de sexo y de clase, desde 1978, en «Ouvriers = ouvrières? Propositions pour une articulation théorique de deux variables : sexe et classe sociale», en *Critiques de l'économie politique, nouvelle série* 5, 1978. Una versión actual de esa reflexión, que incluye la división internacional del trabajo y por consiguiente, las relaciones sociales de «raza», la encontramos en Danièle Kergoat (2009).

es *al mismo tiempo* racializada, socialmente creada como mujer e inscrita en el sistema de clase, y estas tres dimensiones de su experiencia son inseparables. El tema aquí no es insistir en que la «clase de las mujeres» está dividida por la «raza» y la clase⁶, ni que existen mujeres negras y hombres negros entre los proletarios, así como en la burguesía —algo que se sabe desde hace tiempo—. Se trata, más bien, de reconocer la complejidad de las posiciones de cada persona. Cada quien puede estar, a la vez, en una situación de dominante en ciertas relaciones sociales y dominada/o en otras. Y se trata sobre todo de entender mejor la manera en que el sexo es construido por la clase y por la «raza»; la «raza», por el sexo y la clase; y la clase, por las otras dos relaciones sociales. Este sistema de construcción conjunta es precisamente lo que está siendo transformado por la globalización y de esto hablaré aquí.

Plan del libro

Este libro se divide en cinco capítulos. El capítulo I ofrece pistas generales para analizar la «globalización neoliberal». Propongo ahí una reflexión sobre el carácter novedoso o no, de esta globalización, así como una primera definición del fenómeno. Posteriormente presento sus dimensiones más significativas. En primer lugar en el aspecto económico, en particular tras el desmantelamiento del Estado de bienestar, la «liberación» y puesta en movimiento de nuevos sectores de mano de obra, y el desarrollo de un nuevo mercado de trabajo informalizado y transnacionalizado. Luego, en el aspecto geopolítico, propongo un panorama global de las grandes transformaciones de los proyectos y las estrategias de los principales actores: los Estados, las empresas multinacionales incluyendo el complejo militar-industrial, las instituciones internacionales, las ONG (Organización No Gubernamental) y los movimientos sociales.

El capítulo II nos arroja directamente al corazón de la violencia neoliberal. En primera instancia, me acerco a lo que sucede en el

6 Para un análisis muy lúcido, no de la «diversidad», sino de las *divergencias políticas* entre las mujeres del Sur y del Norte, sobre todo en el marco de la Marcha Mundial de las Mujeres, se puede leer el excelente artículo de Elsa Galerand (2006).

mercado del trabajo informalizado y transnacionalizado en donde la mayoría de las mujeres y de los hombres de los sectores no privilegiados del planeta se ven empujados para buscar su supervivencia. En este mercado de trabajo emblemático analizo los lazos dialécticos que unen a las figuras centrales del «hombre en armas» y de la «mujer de servicios». Esta «pareja fatal» aparece, en efecto, como el pivote de un endurecimiento de las relaciones sociales de clase, de «raza» y, sobre todo, de sexo. En un segundo momento, me asomo al papel políticamente determinante que desempeñan los «hombres en armas» en la instalación de un estado de guerra y de violencia generalizada y, en gran parte, privatizada. Muestro cómo las diferentes técnicas de control social de la «guerra de baja intensidad» se combinan con una considerable violencia específica contra las mujeres para garantizar el funcionamiento de la globalización neoliberal.

La globalización posee, también, un rostro más sonriente y consensual: en el capítulo III se analizan los procesos de legitimación del neoliberalismo. Mediante el doble ejemplo de la «defensa» de las mujeres y del medio ambiente en las conferencias internacionales de la Organización de las Naciones Unidas —en adelante, ONU—, muestro cómo las instituciones internacionales se han atribuido un nuevo papel. Subrayo también que la ONU actúa junto con el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional —en adelante, FMI— y los Gobiernos de los países del Norte para imponer el neoliberalismo. Apoyándome especialmente en las reflexiones de la corriente «autónoma» del movimiento feminista latinoamericano y del Caribe, analizo las estrategias de las instituciones internacionales para neutralizar los movimientos sociales y aprovecharse de la legitimidad y de la energía transformadora del movimiento feminista, a la vez que lo van despojando de sus propuestas radicales. Se ve entonces cuán central es la instrumentalización de las mujeres en la extensión de la globalización.

Con un asomo a la batalla de las cifras y de los conceptos, en el capítulo IV se profundiza en el problema de la recuperación que las instituciones internacionales llevan a cabo. Aquí se analizan en detalle los orígenes y las transformaciones de paradigmas como el *empowerment* y el *mainstreaming*, la imposición de indicadores

«de género» destinados a permitir un mejor «desarrollo» y, finalmente, el sustrato ideológico de la «lucha contra la pobreza». Al respecto, un primer acercamiento puede sugerir que se trata de una serie de conquistas del movimiento feminista; sin embargo, cuando vemos más de cerca el fracaso repetido de las políticas de las instituciones internacionales y el empobrecimiento continuo y drástico de la mayoría de las mujeres en el mundo, cabe preguntarse si las causas de este fracaso no son intrínsecas a los medios puestos en práctica.



Bajo la forma de tres preguntas a los movimientos sociales «progresistas», como la guerrilla salvadoreña, el EZLN, el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra —en adelante, MST— y los movimientos feministas, lésbicos y de mujeres afrodescendientes e indígenas, el v y último capítulo evoca la participación activa de las mujeres en las grandes luchas contemporáneas contra la globalización y las graves debilidades de estas luchas. En particular, puede verse cómo, hasta en los movimientos sociales más prometedores, como el EZLN y el MST, la reproducción de la división sexual del «trabajo revolucionario» y los modelos de familia más clásicos impiden transformaciones que favorecerían verdaderamente a las mujeres. Finalmente, en el tema de la «cultura» se verá que quedan muchos aspectos para pensar si no queremos que las mujeres salgan perdiendo en la actual valorización de la «diversidad cultural».

Para terminar, vale decir que soy consciente de los límites de este trabajo. Abordar un tema tan vasto como el de la globalización, desde una perspectiva internacional e intentando tomar en cuenta conjuntamente las dimensiones de sexo, clase y «raza», es una apuesta difícil. En ocasiones seré demasiado rápida, incluso elíptica, provocadora y reductora, cuando sería necesario matizar, mostrar las contradicciones, las consecuencias imprevistas, las causalidades recíprocas y hasta los efectos del azar en los acontecimientos de la globalización. Espero, sin embargo, abrir algunas perspectivas novedosas que permitan pensar más allá de lo existente, aunque sea

«en contra». Reflexionar y debatir es vivir y transformar de por sí, mientras llegue «la siempre ausente», la revolución —la *verdadera*, la que suprimirá de una vez por todas y simultáneamente la explotación y la opresión de sexo, «raza» y clase—. Aún a sabiendas de que no es más que una utopía, un horizonte hacia el cual dirigir nuestros pasos, esta urge cada vez más, para soñar y pasar a la acción y para tomar nuestras vidas en nuestras propias manos.



Nota: la versión original de este libro fue redactada en francés. Por lo tanto, la bibliografía escogida son artículos y libros en francés principalmente. Para la versión en español, cuando fue posible se agregaron las mismas fuentes en este idioma. Sin embargo, existen muchos otros trabajos, únicamente en español, que por su poca accesibilidad para el público francófono no fueron referenciados aquí con el objeto de no modificar demasiado el texto original.

Lista de siglas y acrónimos

ACNUR	Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados
AFED	<i>Association Femmes et Développement</i> [Asociación Mujeres y Desarrollo]
AID	
O USAID	Agencia Internacional para el Desarrollo [en inglés, USAID, <i>United States Agency for International Development</i>]
CEDAW	<i>Convention on the Elimination of all forms of Discrimination Against Women</i> [Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación hacia las Mujeres]
Cepal	Comisión Económica para América Latina
CIA	<i>Central Intelligence Agency</i> [Agencia Central de Inteligencia]
Conamus	Coordinadora Nacional de la Mujer Salvadoreña
CSD	Comisión para el Desarrollo Sostenible (de la ONU)
DAWN	<i>Development Alternatives with Women for a New era</i> [Alternativas de Desarrollo con las Mujeres para una Nueva Era]
Ecosoc	Consejo Económico y Social (de la ONU)
ENVEFF	<i>Enquête nationale sur les violences envers les femmes en France</i> [Encuesta Nacional sobre las Violencias Contra las Mujeres en Francia]
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FAO	<i>Food and Agriculture Organization</i> [Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación]
FBI	<i>Federal Bureau of Investigation</i> [Oficina Federal de Investigación]
FMI	Fondo Monetario Internacional
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Organización guerrillera unitaria de El Salvador, luego partido político salvadoreño.
FNUAP	Fondo de Naciones Unidas para Población
FPL	Fuerzas Populares de Liberación. Una de las cinco organizaciones del FMLN.

Lista de siglas y acrónimos

GAD	<i>Gender And Development</i> [Género y Desarrollo]. Paradigma sobre el desarrollo que implica reconocer que tanto las mujeres como una perspectiva de género deben ser incluidas en el desarrollo.
IDH	Índice de Desarrollo Humano
INSTRAW	<i>International Research and Training Institute for the Advancement of Women</i> [Instituto Nacional de Investigación y Capacitación de Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer]
IPG	Índice de Potenciación de Género
LEP	<i>Labor Export Policy</i> [Política de exportación de mano de obra]
MST	Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra
NTIC	Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación
OAS	<i>Organisation de l'armée secrète</i> . [Organización del Ejército Secreto]. Organización de extrema derecha formada para combatir la independencia de Argelia.
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OG	Organización Gubernamental
OGM	Organismos Genéticamente Modificados
OIT	Organización Internacional del Trabajo
OMC	Organización Mundial del Comercio
ONG	Organización No Gubernamental
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PAS	Planes de Ajuste Estructural
Pemex	Petróleos Mexicanos. Empresa pública en vía de privatización.
PIB	Producto Interno Bruto
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
PNUE	Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente
PPA	Paridad del Poder Adquisitivo
PPP	Plan Puebla Panamá
Ribma	Reserva Integral de la Biósfera de Montes Azules. Cubre parte de la Selva Lacandona en Chiapas, México.
TLC	Tratado de Libre Comercio
UCA	Universidad Centroamericana
UNED	Foro de las Naciones Unidas para el Desarrollo
Unesco	<i>United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization</i> [Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura]

Unicef	<i>United Nations International Children's Emergency Fund</i> [Fondo Internacional de Emergencia de las Naciones Unidas para la Infancia]
Unifem	Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer
WAD	<i>Women And Development</i> [Mujeres y Desarrollo]. El primer paradigma sobre mujeres y desarrollo, que implica incluir las mujeres en el desarrollo.
WED	<i>Women, Environment and Development</i> [Mujeres, Medio Ambiente y Desarrollo]. Un paradigma sobre mujeres y desarrollo que incluye la cuestión del medio ambiente.
WEDO	<i>Women's Environment and Development Organization</i> [Organización de las Mujeres para el Desarrollo]
WID	<i>Women In Development</i> [Mujeres en el Desarrollo]. Un paradigma sobre mujeres y desarrollo que admite que las mujeres siempre han estado en el desarrollo, aunque sin ser reconocidas.

CAPÍTULO I

Puntos de referencia para el análisis de la globalización neoliberal

LA GLOBALIZACIÓN CONSISTE PRINCIPALMENTE en una profunda reorganización del sistema de producción, distribución y consumo a escala mundial. Posee, también, dimensiones culturales de gran importancia, indisolublemente ligadas a las transformaciones económicas y políticas que se desarrollan estos últimos años. En este libro veremos, precisamente, de qué forma los planos ideológicos y materiales se combinan para producir y legitimar este complejo proceso que afecta, en grados diferentes pero de manera ineludible, al conjunto de las y los habitantes de este planeta.

Empezaré proponiendo una cronología; comienzo con algo que se inició en 1973, con el golpe de Estado de Pinochet en Chile, primer país-prueba en experimentar bajo un puño de hierro todo el rigor neoliberal. Pero es la llegada al poder de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, en 1979 y, luego, la de Ronald Reagan en Estados Unidos, en 1980, lo que oficializó su auge. Estas dos grandes potencias iniciaron entonces la aplicación de un proyecto económico y social basado explícitamente en los preceptos de la economía neoliberal profesada por los «Chicago boys», con el fin de terminar con el keynesianismo y el «Estado de bienestar», que presentaron como responsables de todos los males. Después de la caída del Muro de

Berlín, en 1989, y el desmantelamiento de la URSS y del «campo socialista» después de 1991, la doctrina neoliberal se ha desplegado progresivamente y sin mayor oposición sobre el resto del mundo. Finalmente, la creación en 1995 de la Organización Mundial del Comercio (OMC), destinada a fomentar el «libre mercado» total, puede considerarse como el instrumento central de su apoteosis.

Pero, ¿de qué se trata realmente? ¿Estamos frente a un fenómeno radicalmente nuevo o asistimos, simplemente, a una aceleración o a un reforzamiento de tendencias más viejas —en particular, la evolución histórica del capitalismo—, prolongando la larga historia de explotación, esclavitud y colonización que parece constituir la trama de los últimos dos milenios? ¿Cómo nombrar este proceso? ¿Cuáles son sus características más significativas? Sobre esto tratará el capítulo 1. Procederé en tres tiempos: inicialmente propondré una definición de la globalización neoliberal, subrayando su carácter a la vez antiguo y nuevo. Luego, mostraré las transformaciones profundas que implica en el plano económico, especialmente la hipertrofia de la esfera económico-financiera y la mutación del mercado de trabajo. Finalmente, presentaré algunos de los grandes cambios políticos que introduce, tanto en lo que respecta a los actores geopolíticos internacionales, como a los grandes horizontes político-ideológicos que se configuran.

¿Qué es la globalización?

¿Un fenómeno nuevo?

La economía política, la sociología, las ciencias políticas, la historia y las relaciones internacionales concuerdan al decir que, después de los años setenta, asistimos a un conjunto de transformaciones económicas y políticas particularmente significativas del sistema capitalista, que constituyen el telón de fondo de la globalización. Ahora bien, el consenso teórico se acaba en este punto. En efecto, retomando el análisis propuesto por Scholte (1996), se pueden observar al menos tres grandes actitudes de cara a la globalización: algunas personas simplemente niegan la existencia de un fenómeno específico (por ejemplo, la corriente de la economía

política «realista»); otras apoyan el proceso intentando acomodarse en este, reorientándolo (tanto las corrientes neoliberales en sí como las reformistas); otras más hacen de este un análisis crítico (las corrientes posestructuralistas, así como el marxismo clásico o crítico). Las y los especialistas se confrontan también en la cuestión de saber si estamos frente a un fenómeno realmente nuevo o si, por el contrario, guarda una profunda huella de continuidad con el pasado.

Defendiendo la hipótesis de la novedad encontramos entre otros un conjunto de análisis sobre la aparición de nuevas formas societales posindustriales o «posmodernas» impulsadas por el auge prodigioso de los servicios, de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación —en adelante, NTIC—, de los transportes y de otras nuevas tecnologías. Estaríamos viviendo actualmente en una sociedad de hipermovilidad y de omni comunicación, donde las «redes» se han vuelto centrales (Castells [1996] 1998). De hecho, las NTIC operan una verdadera compresión del espacio y del tiempo que modifica profundamente la idea que podemos hacernos del mundo, convertido en «aldea planetaria», en la cual los desplazamientos (migración y turismo) se multiplican, mientras las culturas se transforman rápidamente. Redes financieras o migratorias, diásporas y «nuevos» movimientos sociales: la imagen de la «telaraña mundial» (*World Wide Web*) ha tenido bastante éxito y el uso de la internet se extiende.

Este tipo de análisis es comúnmente asociado a un discurso bastante positivo que pone en el centro las estrategias de los actores globalizados, la circulación acelerada de las personas y las ideas, la modernización exponencial y un «progreso» sin fin. Se trata de un discurso que, queriéndolo o no, tiende generalmente a legitimar la globalización, sea mediante la idea de que estamos frente a una rara «oportunidad» que no se nos debe escapar, sea porque se trata de un empuje histórico de cualquier forma inevitable.

Por el contrario, otras personas afirman que esta retórica de novedad —de lo deseable y sobre todo de lo inexorable— de la globalización constituye la única novedad real del fenómeno. Según James Petras, uno de sus críticos vigorosos, se trataría de

un discurso ideológico, de una profecía autorealizada, divulgada cándidamente por un gran número de analistas y destinada a hipnotizar a las masas, convenciéndolas de que toda resistencia es imposible (Petras 2001). Así, como lo indica el subtítulo de una de sus obras, el discurso glorioso del neoliberalismo no sería más que el «lenguaje imperial [...] y las estupideces globales», disimulando torpemente al imperialismo estadounidense y al viejo capitalismo liberal de siempre. Esta continuidad con el imperialismo clásico es subrayada en trabajos tan diversos como los de Biel (2000), Martins, Sá y Bruckman (2004) o Eisenstein (2004). Globalmente, la mayoría de los análisis históricos y económicos muestran que lo que actualmente acontece está enraizado en un continuo de ciclos de expansión comercial, militar, cultural y política del capitalismo occidental —aunque Occidente no haya sido ni el primero ni el único centro del mundo, como bien lo demuestran en dos planos diferentes Chaudhuri (1990) y Gilroy ([1993] 2003)—. Colonialismo, neocolonialismo o imperialismo: en cualquier caso estaríamos simplemente en la continuidad del desarrollo del sistema-mundo, del capitalismo tal como lo pudieron develar después de Marx y Lenin, los trabajos de Fernand Braudel (1979, 1985), de Immanuel Wallerstein (1974, 1980, 1989) o de Michel Beaud (1981).

En el cruce de estos dos tipos de análisis, el del cambio y el de la continuidad, me parece que se puede comprender lo que realmente está sucediendo en la actualidad: el fenómeno complejo y acelerado que vivimos hoy, que si bien posee unas características específicas, también prolonga unas tendencias antiguas y profundas. ¿Cómo nombrar a este fenómeno? ¿Cómo definirlo?

Definición

En el mundo anglófono, el término *globalization* parece ya bastante consensual. James Mittelman lo define en forma amplia:

[...] las manifestaciones de la globalización [...] implican la reorganización espacial de la producción, la interpenetración de las industrias a través de las fronteras, la extensión de los mercados financieros, la diseminación de bienes de consumo idénticos en

países alejados entre sí, la transferencia masiva de población en el Sur, así como del Sur y del Este hacia Occidente, los conflictos subsecuentes entre migrantes y comunidades establecidas en regiones hasta ahora muy homogéneas [*tight-knit neighborhoods*] y la aparición de la preferencia mundial por la democracia. Noción que ha sido utilizada para describir fenómenos variados, el concepto de globalización enlaza muchos niveles de análisis: económico, político, cultural e ideológico. (Mittelman 1996)¹

A pesar de sus limitaciones —en particular, pese a que invisibiliza totalmente las dimensiones de género— es una primera definición en la que me apoyaré.

Sin embargo, el concepto globalización o mundialización (*mondialisation*²) sigue siendo muy polisémico, sus usos son muy variados, y el riesgo de disolver su sentido y su poder explicativo es grande. Por esta razón, para definir mejor su objeto, muchas/os analistas prefieren forjar unas expresiones más dinámicas, como por ejemplo «reestructuración global», término propuesto por Marianne Marchand y Anne Sysson Runyan (2000). En este libro, para precisar más su sentido y su alcance, me parece necesario agregar a «globalización» el calificativo de neoliberal. En efecto, permite nombrar simultáneamente la dimensión *liberal* de esta globalización económica y política, a la vez que insistir en la dimensión si no completamente nueva, por lo menos sí específica, del neoliberalismo actual.

La dimensión económica

¿Qué es lo que distingue la globalización neoliberal del simple capitalismo industrial o posindustrial? Las transformaciones económicas son centrales para comprender lo específico del «nuevo» sistema.

¹ La traducción es mía.

² Hemos decidido traducir *mondialisation* por 'globalización' en lugar de 'mundialización', por ser el primero el término más usado en español.

***Hipertrofia de la economía y crecimiento
del abismo entre poblaciones ricas y pobres***

La primera transformación, tal vez la más notable, es la hipertrofia de la esfera económica y la manera en que parece hoy sobredeterminar a todas las otras actividades humanas. Hace más de sesenta años, Karl Polanyi ya había develado la específica tendencia de la esfera económica capitalista a separarse, desempotrarse (*disembed*) de la esfera social (Polanyi [1944] 1983). Este proceso alcanza hoy una especie de punto culminante, bajo el doble efecto de una (des)regularización casi total de la economía y de su creciente autonomización con respecto a las esferas social y política. El papel de la economía financiera es central en esta evolución, sobre todo porque una parte de dicha economía, altamente volátil y especulativa, es poderosamente alimentada por el dinero virtual y de dudosa procedencia, que circula por medio de una densa red de paraísos fiscales (Maillard 1998), donde partidos políticos, altos mandos militares, negociantes, vendedores de armas y otros criminales más o menos organizados comparten numerosos intereses³. Las NTIC, de la mano del desarrollo acelerado de internet y de las posibilidades de enriquecimiento por medios virtuales, permiten un desarrollo sin precedentes de las bolsas de valores, de las finanzas especulativas y de la economía ilegal. Simultáneamente, el nombramiento de los responsables financieros internacionales, en particular los directores de los bancos centrales, escapa cada vez más a los poderes ejecutivos nacionales —para no hablar de las/los simples ciudadanas/os—. Esta situación vulnera notablemente la idea misma de democracia, como lo señalan Cox (1994) y Hettne (1995), al demostrar que los Gobiernos asumen cada vez menos la responsabilidad de sus actos en la materia (*unaccountability*). Dentro de la esfera económica, la «burbuja financiera», desconectada casi por completo de la producción real y socialmente útil, prosigue su inflación desmesurada y amenaza con volver a explotar en cualquier momento.

3 Véanse los trabajos de Susan Strange (1986, 1998).

El segundo elemento que atrae la atención es la ampliación vertiginosa de la brecha entre poblaciones pobres y ricas, como lo muestran, a su pesar, los informes del Banco Mundial y de la ONU año tras año. Una de las causas de esta brecha es el acaparamiento y la expropiación brutal de los recursos por una minoría en detrimento de la mayoría, expropiación que se lleva a cabo por medio de la privatización de los recursos nacionales y los servicios de cada país. En efecto, estos procesos en muchas ocasiones se llevan a cabo en tal régimen de opacidad, que permite a unas cuantas personas construir fortunas-relámpago, expoliando a pueblos enteros en el tiempo que tarda la firma de un solo decreto. Los casos de la antigua Unión Soviética o de México, donde los millonarios se han multiplicado después de la firma del Tratado de Libre Comercio —en adelante, TLC— con Estados Unidos y Canadá, en 1994, son los más emblemáticos, pero el fenómeno es generalizado. En términos concretos, la mayor parte de las personas que se enriquecen son hombres adultos o mayores, de clase alta, mayoritariamente blancos, occidentales, pero no únicamente; en tanto que las personas que se están empobreciendo más son principalmente mujeres y niñas, campesinas, obreras, habitantes del Sur y racializadas —aunque muchos hombres del Sur estén siendo afectados también—. Dicho de otro modo, la globalización neoliberal refuerza global y dialécticamente la brecha entre los niveles de bienestar y de riqueza entre los sexos, entre las clases y entre las «razas».

Desmantelamiento del Welfare State y movilidad de las mujeres

La tercera característica de la nueva economía, anunciada con toda la claridad del mundo por sus promotoras/es, es el desmantelamiento del antiguo pacto social-demócrata del *Welfare State*, tanto allí donde existía como en los países donde era considerado un horizonte de lucha. Este desmantelamiento de las políticas sociales del Estado tiene numerosas consecuencias en el mercado del trabajo.

Se sabe que el instrumento privilegiado para la destrucción del Estado de bienestar son los Planes de Ajuste Estructural —en adelante, PAS—. Implican, en principio, la privatización de

las empresas y los servicios públicos. Ahora bien, las mujeres son las más afectadas por esos planes de ajuste (Sparr 1994). Primero, porque muchas mujeres, empleadas en el sector público, son las primeras en ser despedidas⁴. En segundo lugar, porque estas mujeres pierden brutalmente los beneficios de las políticas sociales que habían transformado poco a poco el «patriarcado privado» en «patriarcado público», según la expresión de Walby (1990), aunque en los países del Sur estas políticas sociales beneficiaran apenas a una minoría. Por último, porque se ven nuevamente obligadas a realizar tareas de reproducción social de las que el Estado se desentiende (trabajo doméstico en el marco de la familia, de las colectividades o de las empresas; crianza de las/los niñas/os; cuidado de las personas ancianas, enfermas y de los hombres adultos en general⁵). Ahora bien, en la medida en que la gran mayoría de los hombres persisten en su rechazo a compartir estas tareas y dado que muchas mujeres, en el Norte y en el Sur, se enfrentan a la obligación de trabajar por un salario, se perfila un pujante llamado a una mano de obra «alternativa».

Esta situación ha sido analizada a partir de dos lógicas diferentes de reflexión. Por un lado, en un trabajo pionero sobre la globalización, Saskia Sassen ha demostrado que las parejas de «ejecutivos» comprometidas en cuerpo y alma con sus empleos altamente calificados, característicos de la globalización, requieren «pequeñas manos» invisibles y de bajo costo para reproducir su

4 Véase ATTAC (2003), Wichterich (1999), también los textos presentados por Christine Verschuur y Fenneke Reysoo (2002).

5 Ya en 1978, Colette Guillaumin señalaba que el cuidado de los varones en plena posesión de todas sus facultades es una tarea importante de las mujeres que les es exigida en el marco de la apropiación individual y colectiva de la clase de las mujeres por la clase de los varones, apropiación que ella llama «relaciones de sexaje» (Guillaumin [1978] 1992) — este mismo texto fue traducido y publicado en español en: Curiel y Falquet (2005, 19-65)—. Vale la pena contrastar esta teorización de Guillaumin, central en el planteamiento feminista materialista, con algunas teorizaciones mucho más recientes sobre el *care*, que a veces es reducido al cuidado a las personas dependientes, obviando de facto un grupo considerable de beneficiarios del trabajo de *care* de las mujeres: los varones válidos.

fuerza de trabajo, proporcionarles comida caliente y ropa limpia, cuidar y criar a sus hijas/os y pasear su perro. Más ampliamente, Sassen ha analizado cómo la globalización «triumfante», basada en la hipermovilidad y en la superproductividad para provecho de la empresa, crea subcircuitos de movilidad en los que una mano de obra mayoritariamente femenina y poco calificada es atraída hacia las metrópolis globales para asegurar el funcionamiento de la vida doméstica/práctica (Sassen 1991). Después de ella, han habido más estudios sobre cómo el trabajo de reproducción se transfiere a las mujeres del Sur y a las/los migrantes, internas/os o internacionales. Ya sea que estemos hablando en particular del trabajo doméstico en casa ajena⁶ o más ampliamente del conjunto de lo que Anderson (2000) llama tan adecuadamente el «trabajo sucio» o, aún más, lo que Arlie Russel (2004) conceptualiza como el «trabajo de amor» de las «nanas», lo cierto es que asistimos a la internacionalización de la reproducción social y del *care*⁷. Por otro lado, en coordinación entre otros con la Organización Internacional del Trabajo —en adelante, OIT—, una serie de analistas examina desde hace tiempo la forma en que los diferentes países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico —en adelante, OCDE—, en función de los tipos de *Welfare* y de los regímenes de *care* que han construido y/o que quieren mantener, planifican y organizan la importación de la mano de obra que consideran necesaria para sustituir la mano de obra local⁸. Lo que se observa es cómo cantidades importantes de mujeres rurales o del Sur, generalmente pobres y racializadas, son empujadas a la movilidad, a menudo en

6 Véanse Chang (2000), Parreñas (2002), Boris y Prügl (1996), Hondagneu-Sotelo (2001).

7 El concepto *care* es difícil de traducir: ¿cuidado?, ¿atención? Acerca del interés y la dificultad del feminismo en Francia para apropiarse del término, véase Molinier (2004).

8 Véase la compilación de Kofman et ál. (2001). Además, por ejemplo, a Bettio y Plantenga (2004) para un análisis de los diferentes regímenes de *care*, a Bettio y Simonazzi (2006) a propósito del *care drain* y de las migraciones femeninas en el sur de Europa, así como a Zaidman y Hersent (2003) o a Degrave y Nyssens (2010) acerca de la cuestión de los cuidados de las personas ancianas.

cadena sucesiva, para asegurar las «viles tareas» de la reproducción social: tanto las que han sido dejadas vacantes por el retraimiento del Estado, por la inacción de los hombres y por la sobrecarga de trabajo de las mujeres, como las nuevas, aquellas que han sido creadas por el desarrollo de los nuevos empleos altamente calificados de la globalización y las que se requieren por el envejecimiento de las poblaciones del Norte.

***Destrucción de las formas clásicas de empleo
y creación de «mano de obra libre»***

La segunda parte del desmantelamiento del pacto socialdemócrata consiste en modificar radicalmente el mercado del trabajo, mediante un conjunto de reformas legislativas que apuntan a reducir drásticamente los derechos laborales. Nuevamente, el género es central: el trabajo de las mujeres —precario, flexible, devaluado— constituye, de algún modo, el nuevo modelo de trabajo impuesto al conjunto de la población (Marchand y Sisson 2000; Hirata y Le Doaré 1998).

El trabajo en el sentido «clásico», es decir, enmarcado por contratos, regido por convenios colectivos, y el trabajo en su forma tradicional, que tiene que ver con subsistir en el campo, se vuelve cada vez más escaso. Es verdad que aparecen nuevas formas de empleo: las mutaciones tecnológicas y la intensificación de los intercambios internacionales crean nuevas profesiones de niveles intermedios; sin embargo, estas no son suficientes para absorber la mano de obra⁹. En cuanto a los empleos «ejecutivos» y demás profesiones altamente calificadas, no son accesibles a la gran mayoría de mujeres. Paralelamente, se ha visto que los empleos públicos se han reducido drásticamente. Los empleos industriales han sido objeto del mismo tipo de ataques (flexibilización de las condiciones de trabajo, despidos), cuando no han sido simplemente deslocalizados. El nuevo arquetipo del obrero se está volviendo el de una joven obrera de maquiladora en las «zonas francas». Evidentemente, estas se multiplican en los países del Sur, donde la mano de obra es menos

9 Véanse Mitter y Rowbotham (1995) y Pearson (1998).

cara, así como a lo largo de las fronteras y, cada vez más, en los suburbios del Norte (en el campo de la informática, los juguetes o la confección)¹⁰. Desde hace más de veinte años, el mundo rural también se ha industrializado considerablemente con el desarrollo de monocultivos para la exportación (de fresas, flores, soya genéticamente modificada o, más recientemente, de caña de azúcar para el etanol)¹¹. Sin embargo, salarios y condiciones de trabajo dejan mucho qué desear. Generalmente muy jóvenes, las mujeres que pueden emplearse en las nuevas agroindustrias sufren una rápida deterioración de su salud a causa de las cadencias infernales del trabajo y por el uso repetido de diversos productos tóxicos, fuera de cualquier control legal¹².

Simultáneamente, como durante la época más dura de la revolución industrial, el mundo rural (a menudo autóctono o conformado por «minorías» étnicas) es triturado, presionado y profundamente reorganizado, a tal punto que el campesinado parece vivir sus últimos días, despojado sistemáticamente de sus principales bases de reproducción material y cultural. Asistimos, entonces, a lo que Vandana Shiva llama una nueva fase de «enclaustramiento de los bienes comunes» (*enclosure*), que describe como un asalto a mano armada, no solo contra las comunidades rurales, sino contra la vida misma (Shiva 1996). La tierra está siendo privatizada a gran escala: en México, por ejemplo, el levantamiento indígena zapatista de 1994 fue provocado por las reformas al artículo 27 de la Constitución, con miras al acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos y Canadá. Obtenido en la revolución de 1910-1920, este artículo 27, bajo la forma del *ejido*, garantizaba la propiedad colectiva y la inalienabilidad de las tierras de las comunidades indígenas. En toda Centroamérica, a lo largo de la carretera panamericana, los carteles señalan que la tierra está en venta. El agua también ha sido acaparada para el riego de la agricultura de exportación, la producción de electricidad o el

10 Para México, véanse por ejemplo, Tiano (1994) y González et ál. (1995).

11 Véanse Lara (1998) y Arizpe y Aranda (1981).

12 Para varios análisis de los efectos de la globalización sobre las mujeres, véanse Bisilliat (2003) y Verschuur y Reysoo (2005).

consumo urbano y para las zonas turísticas¹³. Las multinacionales confiscan a las comunidades campesinas sus saberes ancestrales, a menudo acumulados con paciencia por las mujeres y condenados en la selección de las semillas, hoy genéticamente modificadas y patentadas (Shiva 1996). Los precios de los cultivos decaen, mientras que los subsidios agrícolas son desmantelados para garantizar la «libre competencia». Finalmente, encubriéndolo bajo el equívoco nombre de «desarrollo» (Femmes et Changements 2002), la ONU, el FMI y el Banco Mundial apoyan activamente las grandes operaciones de acaparamiento de las tierras que quedan, para crear «reservas naturales», complejos turísticos, zonas militares y complejos penitenciarios, comerciales o urbanos.

Es así como la globalización neoliberal, como anteriormente la revolución industrial, «libera» una gran cantidad de mano de obra, hurgando en las últimas reservas de mano de obra disponible, básicamente femenina y rural, que había quedado parcialmente por fuera de las relaciones de producción asalariadas (Lautier 2006).

Un nuevo mercado del trabajo transnacionalizado e informalizado

Un número creciente de personas son, como hemos dicho, orilladas a buscar su salvación en la migración, ya sea hacia las ciudades en sus propios países, ya sea por fuera de estos. Simultáneamente, la mayor parte de los Gobiernos de los países del Norte, pero también los del Sur, son conscientes de la necesidad de proveerse de mano de obra barata y dócil para asegurar las tareas materiales imprescindibles de la globalización y de la reproducción social. Es manifiesto que la mano de obra migrante, pauperizada, pero en ocasiones muy calificada, es particularmente apropiada. Sin embargo, pocos países están dispuestos a dejar que esta mano de obra se desplace libremente o a darle un estatus legal; la mayoría prefiere mantenerla en la ilegalidad y la clandestinidad o empujarla hacia estas situaciones, calculando que los beneficios económicos

¹³ Para una comprensión general acerca de la cuestión del agua, véase Shiva (2003); sobre las luchas en India contra la presa de Narmada, véase Roy (2003b).

serán de esa forma mayores y los costos políticos, menores. La mayor parte de los Gobiernos nutren paralelamente la xenofobia y el racismo de la opinión pública, dividiendo para reinar.

Es lo que demuestran, para Europa y especialmente para Francia, investigaciones como las de Moulrier Boutang (1998) sobre el «trabajo restringido» (*travail bridé*), de Fassin, Morice y Quiminal (1997) sobre las «nuevas leyes de la inhospitalidad o, de Terray (1999) sobre la manera en que la creación de las/los «indocumentadas/os» (*sans papiers*) permite una muy provechosa «deslocalización dentro del país» (*délocalisation sur place*). Es, igualmente, lo que se constata en numerosos países del Sur, donde las/los migrantes internas/os también a menudo son desprovistas/os de documentos, sea porque se trata de poblaciones desplazadas por acciones de guerra, que los han perdido al fugarse, o porque se trata de integrantes de grupos étnicos que provienen de zonas «marginales» del país donde el estado civil nunca ha llegado, como es el caso de tantas poblaciones indígenas y afrodescendientes de América Latina y el Caribe. La situación empeora todavía cuando se observa la problemática específica de las mujeres. Es sabido que, desde hace más de un siglo, ellas forman la mayoría de los flujos migratorios de proximidad¹⁴. Con la internacionalización del *care*, tienden ahora a suplantar a los hombres hasta en las migraciones internacionales, de las que hoy constituyen la mitad de los flujos. Sin embargo, aún siguen siendo percibidas solo como «acompañantes» de un padre o de un marido migrante, y están casi siempre condenadas por las leyes migratorias del país de llegada tanto como por las leyes del país de salida a un estatus legal de dependencia, que las penaliza considerablemente en su vida profesional y cotidiana (Lesselier 2003).

En todo caso, las políticas migratorias son cada vez más restrictivas, tanto en el Sur como en el Norte; piénsese en la casi prohibición de la migración interna en China, en las políticas de los países del Golfo, en la manera en que un país como República

¹⁴ Véase el famoso y muy antiguo artículo de Ernest George Ravenstein (1885): «The laws of migration».

Dominicana trata a la inmigración haitiana o en las nuevas leyes francesas acerca de la «inmigración escogida». Todas estas políticas tienden a abaratar el costo de la mano de obra, y para tales efectos limitan drásticamente sus derechos más elementales. Podría decirse, al igual que en el campo del trabajo, que el trato particularmente desfavorable reservado a las migrantes constituye asimismo el horizonte de los hombres migrantes de hoy, quienes ven, de algún modo, alinear su situación a la de sus compatriotas de sexo femenino, entre otros en lo que a precarización creciente de su derecho a residencia se refiere.

Estas drásticas políticas migratorias, combinadas con las crecientes restricciones en las políticas sociales y de empleo, son las que le dan al mercado de trabajo su nuevo rostro. Efectivamente, mientras que hay abierta evidencia de una fuerte demanda de trabajo en las grandes ciudades, especialmente en las del Norte, se cierran las fronteras. No obstante, la migración no desaparece, puesto que es necesaria para todos: solo se dificulta, volviéndose más cara y peligrosa. Para vencer estos obstáculos se organiza un conjunto de redes migratorias oficiosas, a veces por iniciativa de las/los migrantes, con base en las amistades y la familia, como lo subraya Oso (2000, 2003) al referirse a la migración latinoamericana en España, y a menudo vinculadas con diversas/os intermediarias/os más o menos pertenecientes a la mafia o criminales, con la complicidad obligada de numerosos agentes del Estado, hasta de los más altos niveles administrativos y políticos. El encarecimiento de los costos de la migración conduce a las/los migrantes y a las redes que permiten su movilización a practicar una lógica de «integración económica vertical», que consiste en trabajar para las redes que les permitieron pasar y proporcionaron el trabajo, con el fin de pagar rápidamente el precio de su pasaje. Es obvio que si la migración ha sido ilegalizada, los empleos a los que pueden acceder estas personas también lo sean.

De este modo, la globalización conduce, a la vez, a la internacionalización del mercado de trabajo y a su ilegalización-informalización creciente. Se ve el surgimiento de una serie de nichos económicos discretos y de submercados de trabajo informales relacionados entre sí por numerosas pasarelas, que van formando una

especie de archipiélago semiclandestino de trabajo, el cual a su vez se vincula al mercado de trabajo formal y «abierto» mediante un conjunto de mecanismos cuya pieza clave es la subcontratación. Ahora bien, no puede decirse propiamente que el Estado se esté haciendo el de la vista gorda ante este gemelo siamés del mercado de trabajo legal: él mismo lo crea a través de sus leyes y lo mantiene mediante sus órdenes y políticas. En Francia, lo anterior puede constatarse fácilmente en el sector de la construcción así como en el sistema de salud pública, donde a las/los médicas/os extranjeras/os no se les reconocen oficialmente sus diplomas, hecho que las/los limita oficialmente a ejercer tareas menores de enfermería, a la vez que se les necesita extraoficialmente para garantizar los turnos nocturnos; esto, para no hablar de la subcontratación del personal de limpieza en numerosas administraciones y oficinas privadas y en los servicios públicos, o de la manera como el Gobierno compra la paz de los hogares de la clase media alta, al fomentar su acceso a domésticas/os migrantes a bajo precio, mediante la reducción de impuestos para quienes emplean en casa estas personas.

El tipo de trabajo que se desarrolla en este mercado semisubterráneo es generalmente efímero, eventual, de tiempo parcial, sin protección social ni esperanza de promoción y difícilmente puede humanizar a las personas que se consagran a este. De hecho, apenas merece el nombre de «empleo» en el sentido que antes se daba a este término. Claro está que a cambio permite acumular enormes ganancias, que son inmediatamente reinvertidas en los circuitos mundiales del capital.

Recomposiciones políticas

Viejos y nuevos actores

En el plano geopolítico, los viejos actores se transforman; redefinen sus respectivas posiciones y rearticulan sus discursos, mientras que nuevos protagonistas entran en escena.

En primer lugar, la casi desaparición del polo «socialista» deja prácticamente como único competidor al bloque capitalista occidental, donde Estados Unidos tiene la parte del león y se proclama

«policía del mundo» desde 1991, durante la primera Guerra del Golfo. ¿Son acaso realmente los dueños del mundo, a la cabeza de un nuevo imperio planetario, como lo afirman la mayoría de los análisis de la globalización neoliberal que la describen como un simple avatar del imperialismo? ¿O, más bien, este nuevo «imperio» anunciado por Michael Hardt y Antonio Negri (2000) está, por el contrario, acéfalo, guiado por un «bio-poder» huido, disperso entre múltiples instituciones? Hardt y Negri afirman (2000) que «la soberanía ha tomado una nueva forma, compuesta por una serie de organismos nacionales y supranacionales unidos bajo una lógica única de gobierno. Esta nueva forma mundial de soberanía es lo que nosotros llamamos Imperio [*Empire*]». En todo caso, aunque la dominación occidental capitalista actual no puede ponerse en duda, el carácter «unipolar» del poder mundial es en muchos aspectos, una ficción. En efecto, existen numerosas contradicciones en el seno del bloque occidental, mientras que competidores importantes aparecen, particularmente en Asia, con las transformaciones de India y, sobre todo, de China. Por otro lado, la dependencia del sistema en relación con los combustibles fósiles no renovables y, por lo tanto, con respecto a los países productores de petróleo, de gas y de uranio, fragiliza considerablemente el poder de los países occidentales.

Por otra parte, bajo el efecto de la privatización de los bienes y los servicios públicos y con el fin tanto de las economías de planificación burocrática como del *Welfare State* ('Estado de bienestar'), el Estado como actor ha perdido peso. El Estado-nación, en especial, está siendo fuertemente confrontado por los movimientos étnicos o los nacionalismos internos, como ha sucedido en los Balcanes y en la antigua Unión Soviética, así como por la migración creciente de vastos sectores de la población mundial. El mundo poscolonial, descrito por autores como Appadurái, es el de una ciudadanía diaspórica y transnacional, donde la lealtad patriótica de las personas hacia la Nación ha perdido mucho de su evidencia (Appadurái [1996] 2005). No obstante, el Estado no ha muerto, sobre todo en los países occidentales, Estados Unidos a la cabeza. Conserva un gran poder militar y policial, un im-

portante control sobre la movilidad de la mano de obra y de los bienes y, sobre todo, un poder económico real que, con gusto, pone al servicio de las empresas multinacionales a las que está ligado de diferentes maneras, ya que las principales multinacionales se asientan en Estados Unidos, Japón y Europa. Muchas de ellas, ligadas al complejo militar-industrial, sostienen la mayor parte de la economía y la vida cotidiana de esos países, como lo demuestran Andrée Michel, para Francia (Michel 1995; Michel y Floh 1998), y Cynthia Enloe, para los Estados Unidos¹⁵. Así, el actor estatal, lejos de haber perdido toda importancia, experimenta una nueva fase de casi total subordinación al mundo de los negocios, del que representaba desde hacía tiempo los intereses, pero que hoy lo domina cada vez más. Las multinacionales tienden a monopolizar todos los campos de la actividad económica en un proceso de concentración vertical y horizontal. Desde la apropiación y registro de las semillas hasta su cosecha, su condicionamiento, su exportación y su publicidad, controlan el conjunto del proceso, habiendo en ocasiones logrado controlar hasta la agro-petroquímica, los transportes, los medios de comunicación y las finanzas. Su poder se acrecienta en la medida en que los Estados han dejado que se desarrolle, al lado de la economía formal, una vasta esfera económica informal-mafiosa con lazos con la finanza especulativa, los paraísos fiscales, la venta de armas y drogas prohibidas y el tráfico de seres humanos, donde pueden obtener ganancias fabulosas y reinvertirlas sin fin (Maillard 1998).

Para finalizar, dos actores dialécticamente ligados adquieren una nueva fuerza: las ONG y las instituciones internacionales. Las ONG se han multiplicado y transformado. Por cierto, son muy diversas, pero en cuanto sector manejan unos recursos humanos y, sobre todo, unos presupuestos nada desdeñables en comparación con los de numerosos gobiernos. Su peso político ha crecido considerablemente: están a un paso de remplazar tanto al Estado en su papel social como a los movimientos sociales en su función de

¹⁵ Entre sus numerosas obras, recomendamos especialmente su trabajo pionero: Enloe (1989) y, además, un trabajo reciente, Enloe (2000).

estructuración y expresión de las reivindicaciones populares. Al mismo tiempo, muchas de ellas han dejado de lado casi todas sus perspectivas políticas progresistas, para transformarse en empresas técnicas de asistencia. Se sabe que las ONG médicas francesas son las que inventaron el nuevo «derecho de injerencia humanitaria», que reemplazó con creces el discurso paternalista del colonialismo como justificación de todas las intervenciones occidentales (Hours 1998) y hasta como «ayuda a la guerra» (Pérouse de Montclos 2001). Pero quizás el cambio más significativo es el poder creciente de las instituciones internacionales del ya antiguo sistema de Bretton Woods en torno a nuevas «misiones». Después de la primera fase de reconstrucción en la posguerra, su papel se ha transformado progresivamente; en un principio, orientar la descolonización y administrar la «guerra fría»; posteriormente, acompañar el poder creciente de Estados Unidos, a partir del fin de la convertibilidad del dólar en oro en 1971 y, finalmente, gerenciar el mundo «unipolar» que parece haberse instalado después del desmantelamiento de la URSS y del bloque socialista. El FMI, el Banco Mundial, así como el vasto sistema de la ONU y sus organizaciones «satélites»¹⁶ se han convertido en un actor global determinante. Indudablemente, cada una de estas pesadas instituciones burocráticas tiene dinámicas que les son propias, además de que poseen numerosas diferencias y contradicciones internas: no podemos atribuirles una voluntad monolítica ni maquiavélica. Sin embargo, tienen un peso considerable en el afianzamiento de la globalización, como lo señala toda una corriente de análisis político internacional que

¹⁶ Especialmente el Fondo Internacional de Emergencia de las Naciones Unidas para la Infancia —en adelante, Unicef—, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —en adelante, Unesco—, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo —en adelante, PNUD—, el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente —en adelante, PNUE—, la OIT, el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer —en adelante, Unifem—, la FAO, el Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados —en adelante, Acnur—, el Fondo de Población de las Naciones Unidas —en adelante, FNUAP—, etc. El sistema de la ONU, cuya legitimidad es cada vez más cuestionada, es desde hace años objeto de un intento de reforma.

se deriva de Gramsci¹⁷. Sin embargo, su papel sigue siendo insuficientemente analizado —y me esforzaré en este libro para aportar nuevos elementos a la reflexión—. En efecto, defendiendo la hipótesis de que, *juntos*, no solo el FMI y el Banco Mundial, sino también la ONU, con sus «bondadosas» organizaciones satélites intentando «limitar el desastre», son los que imponen los ajustes estructurales; las instituciones internacionales están estrechamente unidas en un nuevo papel que consiste en «envolver» con persuasión y consenso la dominación occidental neocolonial y la imposición puramente coercitiva del neoliberalismo. Desarrollaré esta cuestión en el capítulo III, mostrando cómo las mujeres constituyen un eje central de este proceso.

¿Qué horizontes políticos hoy?

En el plano político-ideológico, la derrota del «socialismo realmente existente» deja un notable vacío. Dos grandes tipos de discurso y de proyecto se han reelaborado progresivamente para llenar este vacío, alrededor de los viejos ejes de «derecha» y de «centro», mientras que los movimientos sociales encuentran dificultades para formular una alternativa real.

El primer proyecto es claramente reaccionario y particularmente peligroso para las mujeres. Para simplificar, aunque adquiera diversas formas, podemos calificarlo de neoautoritario. Combina dimensiones nacionalistas, identitario-religiosas y militares, para acoplarse perfectamente al marco del liberalismo económico. El nacionalismo, que ha renacido con fuerza sobre los escombros del antiguo bloque soviético, está intrínsecamente ligado a arreglos patriarcales, como bien lo han demostrado Nira Yuval-Davis (1997) y Rada Ivekovic (2003). Se basa frecuentemente en un repliegue «identitario», cimentado por unas lecturas fundamentalistas o integristas de la religión. Así, el imperialismo nacionalista brutal de Estados Unidos se desarrolla sobre el terreno del fundamentalismo protestante del presidente George Bush Jr. y de numerosos grupos religiosos ultraconservadores. Grupos y *lobbies* muy agresivos

¹⁷ Por ejemplo, Cox (1986) y Gill (1993); también, Velasco (1998).

apoyan con todas sus fuerzas la guerra de expansión —en particular en los países petroleros— y luchan arduamente en el frente interno contra los derechos reproductivos, sexuales y también económicos de las mujeres, sin desdeñar las prácticas terroristas¹⁸. A escala internacional, después del 11 de Septiembre del 2001, la mayoría de las sociedades se han derechizado fuertemente bajo el pretexto del desarrollo de un «enemigo interno religioso-terrorista». Sin embargo, tanto los Gobiernos del Sur como los del Norte reprimen a este «enemigo» o lo agitan y financian bajo cuerda según les convenga, como lo señala Arundhati Roy (2003a), a propósito del apoyo de Estados Unidos a Osama Bin Laden cuando combatía contra las tropas soviéticas en Afganistán. Volveré en el capítulo II sobre estos «hombres en armas» pretendidamente enfrentados y sobre su papel cada vez más importante.

Frente a este horizonte claramente reaccionario, la socialdemocracia intenta reinventarse, pero se sitúa ahora claramente por entero en el escenario dominante de la maximización de las ganancias. Es sabido que, históricamente, Gran Bretaña le ha proporcionado grandes pensadores. Anthony Giddens ([1998] 1999) ha propuesto una «tercera vía»¹⁹ que Tony Blair, a la cabeza del Gobierno británico, ha podido aplicar en toda su extensión. Las instituciones internacionales, en particular el PNUD y la OIT, desempeñan igualmente un gran papel en el desarrollo de este proyecto, intentando reestructurar, por un lado, el mercado de trabajo y, por el otro, las relaciones Sur-Norte mediante nuevas concepciones de desarrollo —una cuestión de la que hablaré largamente en los capítulos III y IV—.

Construido en torno a los conceptos de «buena gobernanza» y «desarrollo sostenible», este proyecto se presenta como humanista y atento a los movimientos sociales. Pretende ser la voz de

18 Como lo atestiguan los numerosos asesinatos de profesionales de la medicina que practicaban la interrupción voluntaria del embarazo y las decenas de ataques con ántrax perpetrados en el 2001 contra centros de planificación familiar en Estados Unidos.

19 En este caso, contrariamente a lo que podría creerse, dada la historia de este concepto, esta «tercera vía» no remite al fascismo.

la razón y de la modernidad y apunta a incluir particularmente a las mujeres y a las/los «desheredadas/os» del planeta, sobre todo a los pueblos autóctonos y a las otras «minorías». Las instituciones internacionales se vuelven, así, campeonas de un desarrollo «participativo» sobre el cual se montan otros discursos, como el de profundización de la ciudadanía y de la democracia, local en especial. Se verá en los capítulos III y IV, cómo las mujeres constituyen una y otra vez el elemento central del proyecto.

Finalmente, los movimientos sociales, los partidos políticos y los sindicatos aún no han conseguido presentar un verdadero proyecto alternativo que se eleve por encima de los escombros ideológicos de la izquierda socialista y comunista. Partidos y sindicatos aparecen globalmente desacreditados a los ojos de la mayoría de la población, mientras que, en la década de los noventa, los movimientos sociales más «radicales» parecen haberse gradualmente vuelto a enrumbar hacia objetivos y modos de reclutamiento «identitarios». Inscritos en el horizonte del «multiculturalismo», estos «nuevos» movimientos sociales apuntan, sobre todo, al reconocimiento de los «derechos culturales» de diferentes «comunidades»²⁰. Sin embargo, la síntesis de Nancy Fraser (1997) acerca de lo que denomina la condición postsocialista, nos invita a una profundización. Según ella, oponer a los «viejos movimientos sociales redistributivos» movidos por la reivindicación de la justicia económica, unos más recientes movimientos «culturales» o «identitarios», sería más estéril que heurístico. En efecto, existen demandas de «reconocimiento» hasta en los movimientos «redistributivos», mientras que los movimientos «identitarios» conllevan reivindicaciones materiales²¹. Sobre todo, en el plano político, estos movimientos ganarían al aliarse desde una perspectiva más amplia que les permitiera retomar la iniciativa y proponer una alternativa, tanto al proyecto neoautoritario como al

²⁰ Véanse Kymlicka (1989), Young (1990) y Honneth (1995).

²¹ En su libro de 1997, Nancy Fraser clasifica al movimiento feminista entre los movimientos identitarios, lo que me parece erróneo por lo menos para todo un sector del feminismo, por ejemplo su componente materialista y radical (y lo mismo, probablemente, para toda una parte de los movimientos Negro, gay y lésbico). Sería útil desarrollar este punto.

del capitalismo participativo, que en el fondo se parecen mucho. El capítulo v será la ocasión para examinar algunos de los movimientos sociales más progresistas y cernir sus limitaciones y promesas: los movimientos sociales siguen siendo determinantes para cambiar el curso de la globalización neoliberal, pero antes deben operar una profunda transformación.



Acabamos de ver que el proceso de transformación del mundo en que vivimos, que hemos llamado globalización neoliberal, hunde sus raíces en la larga historia de la humanidad y más particularmente en la evolución del capitalismo y la dominación occidental y patriarcal. Si bien las continuidades son numerosas y si la acumulación y concentración de la riqueza y del poder en las manos de una minoría parecen mantenerse como el principal resultado, ha cambiado un conjunto de situaciones. El mercado del trabajo ha sido modificado profundamente por el desmantelamiento del Estado de bienestar, la desregulación del trabajo y la evolución de las políticas migratorias, en particular. Los grandes actores geopolíticos se han transformado y reorganizado. Aunque el Estado sigue siendo un protagonista central, contrariamente a lo que afirman las voces dominantes, otros sectores de poder se han impuesto, entre ellos las multinacionales o más exactamente el complejo militar-financiero-mediático-industrial y, también, las instituciones internacionales y las ONG. Con todos estos elementos en mente, vamos a poder analizar concretamente uno de los elementos simbólicos y materiales más significativo de la globalización neoliberal: el «par fatal» de los «hombres en armas» y las «mujeres de servicios».

CAPÍTULO II

Mercado laboral y guerra. Hombres en armas y «mujeres de servicios»*

A Cynthia Enloe, Gail Pheterson y Paola Tabet

AHORA QUE TENEMOS EN mente las principales características de la globalización, podemos analizar más en detalle lo que sucede concretamente en el mercado de trabajo, del cual depende directamente la supervivencia de la mayor parte de la población no privilegiada del planeta. En efecto, Helena Hirata y Hélène Le Doaré, en una publicación pionera en Francia, acertadamente titulada *Les paradoxes de la mondialisation* (Las paradojas de la globalización), demostraron que uno de los discursos de legitimación del neoliberalismo consiste en afirmar que la situación actual representa un progreso, porque permite un mayor acceso al mercado de trabajo, especialmente a las mujeres, y por lo tanto, a mediano plazo conduce a la igualdad entre los sexos (Hirata y Le Doaré 1998).

* Una primera versión del análisis desarrollado en este capítulo fue publicada en el 2006 bajo el título: « Hommes en armes et femmes “de service”: tendances néolibérales dans l'évolution de la division sexuelle et internationale du travail ». *Cahiers du Genre, Travail et mondialisation. Confrontations Nord/Sud*, 40: 15-38.

En este capítulo, me propongo mostrar que el trabajo que es impuesto a buena parte de las mujeres en el mundo no solamente no es en absoluto satisfactorio, sino que además se inscribe en un endurecimiento de las relaciones sociales de sexo. En efecto, el tipo de trabajo principalmente propuesto a las mujeres no privilegiadas del planeta depende siempre estrechamente del que ejercen los hombres, ya sean estos dominantes o dominados. Ahora bien, esta dialéctica de los sexos en el nuevo mercado de trabajo informalizado y transnacionalizado está basada en uno de los más tenaces arquetipos de género: el hombre como guerrero y la mujer como botín. En otras palabras, descansa sobre los que son, supuestamente, los dos «más viejos trabajos del mundo»: «hombre en armas» y «mujer de servicios».

En primer lugar, analizaré cómo las «fuerzas del mercado» y las lógicas patriarcales, de clase y de raza que construyen este triste horizonte «profesional» son reforzadas por medio de la intervención de actores concretos. Entre ellos, los Estados y las instituciones internacionales tienen un gran peso; demostraré, igualmente, que los mismos hombres en armas desempeñan un papel nada despreciable en la creación de la demanda y oferta de las «mujeres de servicios». Posteriormente, proseguiré la reflexión con una parte dedicada al papel global de los hombres en armas y a la guerra (ya sea abierta o de «baja intensidad») y la violencia contra las mujeres en la instalación de la globalización.

La dialéctica de los sexos en el nuevo mercado de trabajo

Los nuevos «empleos» que se pueden hallar en el mercado de trabajo informalizado y transnacionalizado del neoliberalismo constituyen, para la mayoría de las mujeres y hombres no privilegiados del planeta, la principal —y a menudo la única— posibilidad de ganarse la vida y, frecuentemente, la de sus familias o familiares. Para las mujeres, se trata principalmente de trabajos de «servicio», los cuales engloban dos grandes variantes profundamente entrelazadas: por un lado, el trabajo de limpieza y de mantenimiento, en las colectividades, para las empresas y en las casas particulares,

incluyendo el *care* en sus diversas formas. Por el otro, las actividades asociadas al «servicio sexual» —de manera muy reveladora, en México las prostitutas han sido rebautizadas desde hace algunos años como *sexoservidoras*— han sido hasta ahora poco estudiadas bajo la perspectiva de «ganarse la vida»². Para los hombres, el «trabajo» consiste en ubicarse detrás de un arma: en un ejército, una policía, una milicia, una mafia, una prisión, un supermercado, un burdel, una zona residencial, un jardín público, una guerrilla, una «organización terrorista» o una pequeña banda local. Y justamente, veremos cómo esta categoría de «trabajadores» masculinos, que crece de manera inquietante, crea no solamente una *demand*a sino también una *oferta* en el «mercado de trabajo» del sexo, donde se encuentra un número de mujeres nada despreciable³.

2 No quiero entrar aquí en la polémica acerca de si la prostitución puede considerarse como un trabajo o una forma de violencia. Se puede considerar, ciertamente, que en la mayoría de los casos la prostitución constituye para las mujeres y las/los niñas/os una violencia patriarcal impuesta o, si acaso, «aceptada» como último recurso ante la falta de alternativas reales, como bien lo señala Paola Tabet (Tabet 2004). Sin embargo, ninguna mujer puede ser reducida a un estatus de pura víctima alienada. Algunas pueden «elegir» la prostitución como una manera de ganarse la vida en un mundo regido por las lógicas patriarcales, de clase y de «raza», como otras «eligen» el matrimonio. En todo caso, la actividad en el campo del sexo constituye el medio de subsistencia de muchas mujeres en el mundo: en ese sentido, hablaré de «trabajo de sexo» y lo abordaré como una actividad económica —aunque no se reduzca solamente a eso—.

3 Hablaré aquí del trabajo sexual realizado por personas de sexo femenino en provecho de clientes de sexo masculino, dejando voluntariamente de lado la cuestión de las personas transexuales y de hombres que «trabajan» en este campo, para no complicar excesivamente este análisis. ¿Pertenecen las y los transexuales y los prostitutos (de sexo masculino) a la clase de las mujeres? La respuesta a este interrogante requeriría un desarrollo demasiado largo. De la misma manera se plantea el problema de la pertenencia de clase de sexo —es decir, ¿cuál es el género?— de las mujeres soldadas, bandidas o guerrilleras. Se notará que este tipo de «mujeres» nunca llegan a ser unos «hombres» iguales a los demás, estando entre otras cosas notablemente más expuestas que sus homólogos masculinos al hostigamiento y a la violencia sexual (Task Force US Army 2004).

Dimensionar todas las consecuencias de una definición verdaderamente materialista y no «biologista» de las clases de sexo constituye un esfuerzo

La explosión de los «hombres en armas»

Para los hombres⁴, las oportunidades de acceder a las armas y así obtener beneficios económicos directos son cada vez más numerosas. Primero, porque la producción y circulación de armas en el mundo aumenta (Michel 1995). Segundo, porque el sector se encuentra el pleno desarrollo —a la vez que un buen número de opciones laborales alternativas ha desaparecido o su retribución resulta miserable comparada con la que se obtiene en los empleos de las armas—.

En efecto, en los países del Sur y del antiguo Este, decenas de guerras y de conflictos de «baja intensidad» se eternizan, a pesar —o más bien gracias— al respaldo de la ayuda humanitaria⁵. Todo tipo de bandas armadas proliferan en estos conflictos: tropas gubernamentales, grupos opositores, destacamentos extranjeros que se supone son fuerzas de paz, mercenarios, paramilitares, bandas desmovilizadas pero todavía armadas... La situación es particularmente grave en aquellos lugares del planeta donde la ONU ha realizado sus principales intervenciones de «mantenimiento de la paz», como en Sudán y Kosovo —y podríamos multiplicar los ejemplos—. La antigua URSS ofrece una imagen sumamente cruda, una especie de condensado de las consecuencias de la instalación del nuevo orden neoliberal; desde la intervención en Afganistán hasta la actual guerra en Chechenia, hombres en armas de todo tipo pululan en la mayor confusión, como telón de fondo de una crisis económica gravísima y de un deterioro social extremo.

central, aún inacabado, del análisis feminista, y aquí excede mis propósitos. Sobre las diferentes formas de conceptualizar los lazos entre sexo, género y sexualidad, véase Mathieu (1991).

- 4 Insisto sobre el hecho de que en este capítulo, con el fin de no entorpecer la comprensión, hablo de hombres y de mujeres, pero se trata de conceptos sociológicos definidos no por la biología, sino por *relaciones sociales* de poder. Por esto, hablo de soldados en masculino y de prostitutas en femenino, aunque existan «mujeres biológicas» entre los «hombres en armas» y «hombres biológicos» entre las «mujeres de servicios».

- 5 Véase también, Pérouse de Monclos (2001), y sobre la ideología «humanitaria», Hours (1998).

En el Norte, la juventud de los sectores populares tampoco tiene mayor elección. Así, se estima que en Estados Unidos se perdieron en diez años casi 900.000 puestos de trabajo, principalmente industriales, desde la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio con México y Canadá en 1994 (Klein 2004). Hoy, más de dos millones de personas, principalmente jóvenes varones afros y latinos se encuentran detrás de las rejas (eventualmente, después de haber «probado suerte» en el sector informal con un cuchillo o con un arma de fuego como única herramienta), mientras que, al empezar el segundo milenio, en dos años, las cárceles reclutaron a 200.000 guardias adicionales⁶. Simultáneamente, los costos de inscripción en las universidades públicas aumentaron más del 50% después de 1990; muchos estudiantes, hombres y mujeres, se han visto en la obligación de ingresar al ejército para financiar sus estudios, capacitarse o simplemente sobrevivir, en particular entre la población afro y latina. Entrar al ejército también es una manera de intentar obtener una permanencia legal en Estados Unidos; el ejército cuenta con alrededor de 120.000 soldados de origen latino de ambos sexos (Cevallos 2004).

Los empleadores de los hombres en armas son múltiples, y se combinan aquí los sectores público y privado. En efecto, al concentrarse de nuevo en sus funciones represivas⁷, los Estados desarrollan nuevos cuerpos policíacos y de seguridad pública, a la vez que favorecen la creación de cuerpos de seguridad privados con los que subcontratan una parte importante de los mercados. Las empresas de mercenarios y los grupos de seguridad privada se multiplican e internacionalizan, y muchos de sus trabajadores son migrantes —o descendientes de migrantes—; tales empresas suelen enviar al personal hacia lugares donde hay buenas posibilidades de remuneración. La larga ocupación norteamericana en Iraq lo ilustra: en junio del 2004, se estimaba en más de 45.000 personas al personal de las sociedades de seguridad privadas que se encontraba en Iraq;

6 Según Naomi Klein (2004), en el año 2000 habían 270.317 guardias de cárceles en Estados Unidos; dos años después, ascendían a 476.000.

7 Véanse Petras (2001); Davis (2006) y Wacquant (1999).

al finalizar el año, esa cifra ascendía a 125.000 (Rayment 2004). En el verano del 2007, Estados Unidos reivindicaba la presencia de 160.000 soldadas y soldados «regulares» en el lugar (AFP, Reuters y DPA 2007), mientras que en otoño, las compañías mercenarias causaban nuevamente varios escándalos⁸.

Aun en tiempos de paz y en países «estables», guardias, vigilantes, serenos, cadeneros y «sacaborrachos», más o menos informales, se multiplican en la medida en que aumenta el desempleo y se ensancha la brecha entre ricos y pobres. En la franja menos formal del mercado de trabajo (drogas, armas, prostitución, lavado de dinero, protección política), ladrones, traficantes y mafiosos reclutan a los jóvenes proletarios. Finalmente, no puede menospreciarse las organizaciones armadas que florecen debido a la manipulación de los extremismos religiosos por diferentes actores políticos. Estas organizaciones, aunque no ofrezcan un verdadero «trabajo» a sus integrantes, se convierten en su principal fuente de apoyo material y moral. En particular, aunque numéricamente sean poco significativas, algunas de estas juegan un papel político y económico de primer orden —volveremos sobre el tema—.

Demanda y oferta de «mujeres de servicios»

Tanto por razones de espacio como en favor de la claridad del análisis, me concentraré aquí en las mujeres que se encuentran en el «mercado del sexo», a sabiendas de que existen numerosos pasadizos entre el servicio doméstico y el «servicio» sexual, tal y como lo demuestran los trabajos de Laura Oso (2003), para España, y de Nasima Moujoud (2007), para Francia. Por ejemplo, puede tratarse de las mismas mujeres, en etapas sucesivas de sus vidas o en horarios diferentes del día. Además, la disponibilidad total que es a menudo exigida en la domesticidad, el encierro entre cuatro paredes y la gran diferencia económica y de estatus entre empleadores y empleadas favorecen frecuentemente el acoso sexual por

8 Sobre la muy poderosa sociedad de mercenarios *Blackwater*, muy activa en Iraq, responsable de decenas de asesinatos calificados como «accidentes» y que codicia el mercado de la seguridad privada en Estados Unidos, véase Wolf (2007).

parte de los patrones. La violencia sexual de algunos empleadores, sobre todo si conlleva a un embarazo no deseado y a un despido, empuja también a una parte de las trabajadoras domésticas hacia la prostitución. Finalmente, aunque sea difícil de diferenciarlos de los matrimonios «clásicos» en el «*continuum* del intercambio económico-sexual» descrito por Tabet⁹, los matrimonios transnacionales arreglados, que están en plena expansión —como lo muestra el desarrollo del fenómeno de las *mail order brides* (novias que se consiguen por internet), por ejemplo—, evidencian el lazo profundo que une al trabajo doméstico con el trabajo sexual.

Desde la Segunda Guerra Mundial, el mercado hasta entonces relativamente artesanal del sexo se ha convertido en una poderosa industria de masas, organizada a escala internacional y con numerosos «subproductos» —comparable en más de un aspecto con Mac Donald's— (Chaker 2002). Sus dos grandes ramas son la prostitución y la pornografía. Sabemos que es particularmente difícil obtener datos fiables en materia de trabajo del sexo, y no solamente porque el fenómeno no se deja cuantificar fácilmente; asimismo, porque las cifras están atrapadas en poderosas lógicas políticas y represivas. Vemos, sin embargo, que existe una tendencia creciente en numerosos Gobiernos del Norte a agitar el «espectro de la trata», para criminalizar la migración de las mujeres y de sus posibles «aliadas» y «aliados» (Guillemaut 2007). Ahora bien, pese a lo anterior, y para intentar hacer visible este vasto mercado de trabajo que generalmente es subestimado, decidí presentar cifras; estas deben ser tomadas con extrema precaución, en vista especialmente de que muchos de los datos cuantitativos vienen de grupos e instituciones de tendencia abolicionista y pueden ser estimaciones altas, o sea, sobreestimaciones. Así, la *Coalition Against Trafficking in Women* estima que entre 400 y 500 mil mujeres se prostituyen en Filipinas; 650 mil en Indonesia; 10 millones en India; 1 millón en Estados Unidos, entre 50 y 70 mil en Italia, 30 mil en Países Bajos y entre 60 y 200 mil en Alemania (Coalition Against Trafficking in Women 2003). Por el lado de la pornografía, esta tomó impulso

9 Véase su obra central acerca del tema, Tabet (2004).

en los años cincuenta con el lanzamiento de la revista *Playboy*, y se ha convertido en una verdadera industria internacional. Su vertiginosa expansión en los últimos diez años se apoya en el desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación, en particular el video, internet y la telefonía digital (Eriksson 2004).

En el contexto de las relaciones sociales de sexo tal y como existen hoy en día y acorde con el «sistema político de la heterosexualidad» descrito por Monique Wittig (2001), la existencia misma de los hombres en armas crea una demanda de trabajo en el campo del sexo, para la cual se apela muy mayoritariamente a mujeres. El trabajo innovador de Christelle Taraud (2003) revela que, desde el siglo XIX, el ejército colonial francés creó unos «burdeles militares de campaña» para controlar la «sexualidad» de sus hombres en el Magreb. Pero fue a partir de la Segunda Guerra Mundial cuando los estados mayores de los diferentes ejércitos «occidentales» —incluyendo Japón— comenzaron a organizar las cosas en grande. Cynthia Enloe explica cómo cerca de las bases militares norteamericanas en Gran Bretaña, las relaciones amorosas entre las jóvenes inglesas blancas y los soldados estadounidenses negros, asiáticos y latinos, al principio de la guerra, provocaron un escándalo, lo que obligó al estado mayor estadounidense a prohibir lo que llamaban la «fraternización» de sus tropas con la población civil —aunque fuera de un país aliado— y a organizar la llegada ya fuera de esposas, ya de prostitutas, para los soldados (Enloe 1989, 2000). Una estimación cuantitativa de estas prácticas es proporcionada por Martin Rhodine, quien evalúa que los ejércitos alemanes y japoneses encerraron entre 100.000 y 200.000 coreanas en unos «burdeles de consuelo», mientras que el ejército norteamericano habría movilizado alrededor de 70 mil prostitutas japonesas, británicas y soviéticas, principalmente (Rhodine 2003). Posteriormente, como lo demuestra Enloe de forma muy convincente, la instalación de soldados del ejército estadounidense en Vietnam, Tailandia y Filipinas hizo despegar la industria de la prostitución en la región. Rhodine estima que más de 18 mil prostitutas coreanas estarían hoy «al servicio» de alrededor de 43 mil militares estadounidenses acantonados en Corea del Sur. Hoy,

numerosos ejércitos incluyen oficialmente en sus presupuestos una suma destinada a satisfacer las «necesidades sexuales» de su personal de sexo masculino. En el caso de México, Mercedes Olivera anota que, a la vez que se reducen los presupuestos sociales,

[lo que a su vez] ha incrementado el trabajo de las mujeres [...], mientras se aumentan los gastos militares que, en Chiapas, incluyen un rubro especial llamado «galletas de los soldados» con el que sostienen la red de prostitución internacional, para satisfacer las «necesidades» sexuales de los soldados, beneficiando a los empresarios y funcionarios corruptos que manejan el negocio. (Olivera 2005, 110)

Los hombres en armas no solamente crean una demanda en el mercado de trabajo del sexo, también crean una parte de la *oferta* de la mano de obra. El mecanismo más extremo consiste en violar masivamente, cuando no sistemáticamente, a las mujeres durante los conflictos. Esto permite «prepararlas» para otros malos tratos, pero sobre todo aislarlas y marginarlas socialmente, ya que a menudo ellas serán rechazadas por su gente y serán víctimas de ostracismo. Más generalmente, al matar a los hombres o al separar a las familias, se crean grandes cantidades de viudas y de mujeres solas —muchas veces sin recursos y con numerosas bocas para alimentar, en el contexto de una economía devastada—, lo que empuja a un número importante de ellas hacia la prostitución.

Finalmente, y en un terreno en apariencia más banal, los soldados en días de permiso flirtean con las jóvenes trabajadoras domésticas, con quienes comparten frecuentemente orígenes étnicos y de clase. Basta que una de ellas quede embarazada y que el joven desaparezca asustado o trasladado; la joven probablemente perderá al mismo tiempo su «honor» y su trabajo. Si es migrante, si se encuentra lejos de su familia y si no tiene amistades sólidas, es bastante probable que llegue al mercado de la sexualidad tarificada.

No todas las mujeres en la industria del sexo trabajan para hombres en armas: muchos hombres están armados solamente de sus privilegios de sexo, edad, riqueza y «raza». Pero, como se ha dicho, la globalización neoliberal ensancha la brecha entre mujeres y hombres en términos de riqueza material, por un lado, y entre

países del Norte y del Sur, por el otro. Sobre todo, pone gradualmente en contacto directo a estos hombres y mujeres que se hallan en situaciones cada vez más desiguales. En tiempos de guerra, este contacto se produce por medio de la intervención humanitaria y de los mecanismos de asilo y refugio, ya sea con la llegada de trabajadores humanitarios en los campos de refugiadas/os del Sur, o bien a través del exilio de Sur a Norte, o del campo para la ciudad; en tiempos de paz, se da por el doble movimiento de la migración y el turismo. En efecto, como se ha visto, en el programa neoliberal, los desplazamientos de las personas están estrictamente regulados: en un sentido, el turismo ilimitado; en el otro, el endurecimiento sin precedentes de las condiciones de migración, acompañado de poderosas presiones para la expatriación, ya sea para sobrevivir económicamente o para intentar escapar a las dictaduras o a la opresión patriarcal¹⁰.

Kosovo ilustra los tiempos de guerra neoliberal, donde se mezclan las demandas militar y «humanitaria» de prostitución:

[...] no menos de dos mil mujeres han sido reducidas allá a la esclavitud sexual [...] La policía de la ONU en Kosovo ha levantado una lista de los lugares de actividad. De 18 en 1999, pasaron a 200 en este año. Un tráfico de igual importancia se había iniciado en Serbia, la provincia vecina, con la llegada en 1995 de las fuerzas de paz [...] Solo la presencia de numerosos extranjeros con buenos ingresos puede explicar esta explosión del comercio sexual en ese país. [...] Esto autoriza a creer que el tráfico se ha desarrollado con el acuerdo, si no con la participación, de la OTAN. (Leclerc 2004)

Los Balcanes constituyen, también, el epicentro del análisis muy revelador de Chris Corrin, acerca del tráfico de mujeres en la Europa del Sureste (Corrin 2003). Las múltiples intervenciones de la ONU en África han dado pie igualmente a numerosas violencias sexuales: en julio del 2007, un contingente de 700 cascos azules que

¹⁰ Esto no significa en absoluto que los países a donde emigran estas personas sean particularmente democráticos o que las relaciones sociales de sexo sean singularmente igualitarias en estos países.

operaba en Costa de Marfil fue suspendido por fuertes sospechas de violaciones que habrían perpetrado algunos de ellos contra unas niñas de la región de Bouaké (*La Jornada* 2007).

Más generalmente y por otra parte, en numerosos países del Sur, la presencia de extranjeras/os que trabajan para las instituciones internacionales o alguna ONG juega un gran papel en la aparición de una demanda de mano de obra femenina, no solo para el sexo, sino también para el trabajo doméstico. Tal es el caso de Yemen, donde la antenna local del ACNUR ayuda caritativamente a «sus protegidas» a emplearse en la casa del personal expatriado de las ONG, hecho que desemboca a veces en matrimonios, y por ende permite eventualmente una posterior migración de las mujeres (Destremeau 2002).

En lo relativo a los tiempos de paz neoliberal —como se mencionó en el primer capítulo—, las condiciones de acceso a los países «más ricos» son cada vez más duras. Numerosas migrantes, empujadas a la ilegalidad y la clandestinidad, están obligadas a trabajar en el sector informal, lo que con demasiada frecuencia significa trabajo doméstico o sexual. Un reciente informe al Parlamento Europeo afirma que la inmensa mayoría de las personas introducidas clandestinamente en la Unión Europea lo son a fines de explotación sexual (Eriksson 2004). En el Sur, también, ilegalización de la migración a menudo rima con prostitución; así, a lo largo de las fronteras sur y norte de México, donde las centroamericanas tratan de cruzar, los burdeles se multiplican. Por otra parte, dado que la ilegalidad aumenta los costos de la migración, no es raro que las mujeres se vean obligadas al trabajo sexual antes o durante la migración para pagar el viaje y los papeles, sobre todo si se trata de migrantes que se desplazan «solas»¹¹. Es cierto que —como se ha subrayado en el capítulo 1— todas las migrantes no recurren a redes mafiosas, pero la misma política de los Estados de destino refuerza la necesidad de buscar tales redes para pasar las fronteras; además, esas mismas redes se convierten frecuentemente en

¹¹ Este concepto está desarrollado de una manera muy esclarecedora por Nasima Moujoud (2007).

importantes empleadoras, entre otros en el campo del sexo, eventualmente de manera forzada. Esto ha sido demostrado en los trabajos de muchas asociaciones que luchan contra la criminalización de las personas que se prostituyen, como Cabiria, en Francia¹². Esto nos remite también a los trabajos de Gail Pheterson acerca de los lazos entre estigmatización de las «putas» y restricción de la libertad de movimiento, económica y sexual de todas las mujeres; el problema no estriba en si las mujeres se prostituyen o no, sino en cuáles son las condiciones materiales y jurídicas que limitan sus aspiraciones a la autonomía¹³. En todo caso, las observaciones empíricas parecen indicar que la participación de las migrantes en la prostitución en numerosos países europeos sigue aumentando desde hace unos quince años¹⁴.

La otra gran modalidad de prostitución «en tiempos de paz» se relaciona con el turismo sexual. No se limita solamente a los países del Sur; se dirige también masivamente hacia ciertos barrios de Berlín, Hamburgo, Rotterdam y Amsterdam —ya que ahora la mayoría de las prostitutas de estas ciudades son «exóticas»—. Sin embargo, concierne fundamentalmente a los países del Sur, en particular la cuenca del Caribe, incluyendo Brasil y el Sureste asiático. La clientela es mayoritariamente masculina y proviene de los países del Norte, pero también de países del Sur ligeramente más ricos o simplemente de las clases o etnias dominantes en el seno del país mismo¹⁵.

El turismo sexual se ha convertido en una considerable fuente de ingresos para ciertos países. Así, un informe especial realizado por Lin Lean Lim y publicado por la OIT subrayaba la importancia del turismo sexual y de la prostitución en el Producto Interno Bruto de cuatro países del Sureste asiático: Malasia, Indonesia, Tailandia y Filipinas (Lean Lim 1998). Entre otros, el informe sugería a los Gobiernos de esos países imponer un gravamen en vista de los enormes beneficios de esta «industria». Este oportunismo

12 Véanse Guillemaut (2002) y Cabiria (2005).

13 Es muy recomendable leer al respecto el trabajo de Gail Pheterson (2001).

14 Véase Handman y Mossuz-Lavau (2005).

15 Es lo que señala, por ejemplo, para Tailandia, Kevin Bales (2000).

económico es fomentado por los efectos devastadores de las políticas de ajuste estructural. Pero no solo se trata de *remediar*, bien que mal, los efectos catastróficos de las políticas neoliberales, utilizando de manera provisoria los medios al alcance; además, el turismo es presentado muy seriamente como una *alternativa real de desarrollo*, como se verá en el capítulo III. Ahora bien, fomentar el turismo es favorecer casi inevitablemente uno de sus componentes más «dinámicos»: el turismo sexual. Las agencias de viajes que multiplican cínicamente los carteles de playas tropicales con mujeres y jóvenes «exóticas» son uno de sus eslabones, de la misma manera que lo son los taxistas que orientan a los y a veces a las turistas solos/as, o los/las empresarios/as dinámicos/as que abren bares y discotecas en las zonas hoteleras.

No es sorprendente por tanto que para algunos Gobiernos, destinar una parte de su población a la prostitución constituya una estrategia de desarrollo en sí, ya sea a través de la exportación de mujeres con fines de prostitución —eventualmente combinada con el trabajo doméstico—, ya sea por medio de una política de acogida muy complaciente al turismo sexual, cuando no mediante una combinación de las dos cosas. Aunque la cuenca del Caribe pueda ser ejemplo de esto, el caso más emblemático es el de Filipinas, donde cerca del 10% de la población vive en el extranjero, lo que convierte a este país en el primer exportador mundial de mano de obra. Pues bien, desde los años sesenta,

[...] los gobiernos sucesivos del país han adoptado una posición que busca favorecer y ampliar el movimiento de migración de nacionales al extranjero, por medio de una Política de Exportación de Trabajo (Labor Export Policy, LEP), que se inscribe en los Programas de Ajuste Estructural (PAS) del FMI, como condición para que los países puedan beneficiarse con sus empréstitos. La LEP y el PAS hacen parte de las políticas neoliberales de globalización. (Mozère 2002, 378)

Aunque frecuentemente poseen diplomas de estudios elevados, las migrantes filipinas se dedican mayoritariamente al servicio doméstico y al trabajo del sexo en los países del Golfo y del Norte.

En cuanto a la población filipina que se queda en el país, se le instruye para que reciba de la mejor manera al turismo de todo tipo, así como a los militares estacionados en el país y a los exmilitares nostálgicos de los bellos años pasados en la región y que regresan a menudo para montar ahí un «pequeño negocio» en la playa, con mucho alcohol y mujeres (Enloe 2000). Así, el ciclo se cierra: el ex hombre en armas-cliente se ha convertido en empleador de varias «mujeres de servicios» (para el sexo y para la limpieza) y, quizá, de otros hombres en armas (para la seguridad) en el marco del desarrollo del turismo, nuevo paradigma de las relaciones Norte-Sur.

Violencia y control neoliberal

Hasta ahora hemos constatado que los hombres en armas son una categoría de trabajadores en expansión, pero ahora propongo ir un poco más lejos en el análisis, para considerarlos como un actor político particularmente activo en la escena internacional de la globalización. El 11 de Septiembre del 2001 reveló y permitió fortalecer una de las dinámicas centrales subyacentes a la globalización: la coerción. Esta constituye, junto con la persuasión, la segunda pierna indispensable para la buena marcha del neoliberalismo. La coerción toma numerosas formas, más o menos intensas, dependiendo de los sectores sociales y de los países. En este caso voy a referirme a su forma más brutal: la guerra. Se verá cómo, por medio de la puesta en práctica de las doctrinas de «guerra de baja intensidad», los sectores dominantes operan una nueva fusión entre la guerra abierta y la guerra de baja intensidad —esto es, entre las técnicas de guerra, por un lado y, por el otro, de represión y de control social de los «tiempos de paz»—. Veremos que la violencia contra las mujeres, ejercida por un conjunto diverso de actores masculinos, en un ambiente de militarización social generalizada, es una de sus claves.

Guerra «abierta» y guerra «de baja intensidad»

La organización del neoliberalismo globalizado se acompaña de numerosas guerras «abiertas», internacionales, regionales y locales. Iraq, Kuwait, Darfur, Afganistán, Chechenia, Palestina,

Kurdistán, Somalia, Líbano, antigua Yugoslavia, Maldivas, Costa de Marfil, Ruanda, Sri Lanka... Guerras nacionalistas, «étnicas», religiosas, pero sobre todo guerras por los recursos energéticos, el agua y la biodiversidad. Es imposible hacer aquí una lista exhaustiva, pero sabemos que ningún continente está a salvo. En América Latina, las feministas denuncian explícitamente los lazos de estas guerras con la globalización neoliberal, como en Chiapas, México, donde se ha desarrollado la resistencia indígena del movimiento zapatista contra el avance del neoliberalismo: «Detrás de un discurso de democracia, estas guerras esconden el apoyo militar al neoliberalismo [...] Son la expresión máxima de la violencia imperialista y patriarcal» (Olivera 2005, 114).

Por oposición al conflicto militar abierto, las técnicas de guerra de «baja intensidad», que debemos recordar que fueron desarrolladas por la Organización del Ejército Secreto (OAS) y los militares franceses para impedir la independencia de Argelia (Robin 2004), apuntan, no tanto contra un enemigo militar, sino contra la población civil en su conjunto, contra las psiques individuales y contra el tejido social. Se trata de impedir que la población participe en la movilización política alternativa, se trata de desmoralizarla, de aterrorizarla y de fomentar la pasividad individual y colectiva. Entre estas técnicas de guerra que podemos definir como psicosociales, pueden distinguirse tres grandes ejes, como lo analizó a partir del ejemplo salvadoreño el psicólogo social Ignacio Martín-Baró¹⁶: primero, el control de la información y la desinformación; segundo, la polarización de la sociedad, su separación intencional en dos campos sistemáticamente opuestos y compartimentados mediante la creación del delito de asociación y por medio de la construcción del otro campo como «enemigo absoluto» y su satanización; y finalmente, la represión selectiva, combinada con el terror generalizado —y aquí la tortura juega un papel importante— (Martín-Baró 1990).

16 Ignacio Martín-Baró pagó estas reflexiones con su vida. Fue asesinado por el ejército salvadoreño en noviembre de 1989, junto a otros cinco colegas jesuitas de la Universidad Centroamericana (UCA) y dos mujeres, la madre y la hija, que realizaban el trabajo doméstico de los jesuitas.

Para resumir, como lo han mostrado los autores del libro *Afirmación y resistencia*, que comparan las experiencias guatemalteca, salvadoreña, chilena y argentina, la guerra de baja intensidad consiste en dividir, aislar, separar a la población que se opone y destruir el conjunto de las solidaridades sociales y de los lazos que obstaculizan la completa individualización de las personas que se encuentran entonces solas y particularmente impotentes ante el poder (Beristain y Riera 1993).

Ambas técnicas de guerra, «abierta» y «de baja intensidad», a menudo han sido combinadas en el pasado por numerosos Gobiernos. Sin embargo, desde el 11 de Septiembre del 2001, con la «guerra contra el terrorismo» impuesta por Estados Unidos, asistimos a la instalación de un estado de guerra proteiforme, generalizado y permanente, incluso en los países del Norte, que parece haberse convertido en la condición misma de la «paz» y cuyo final no se vislumbra. Llamaré aquí a esta nueva forma híbrida de guerra, «guerra anti/terrorista», para subrayar su doble cara paradójica. En efecto, por un lado se supone que el terrorismo es una forma de lucha que se opone a la guerra convencional; por el otro, la lucha actual contra el «terrorismo» toma unas formas que la asemejan más al terrorismo en sí que a la guerra convencional —en particular por las detenciones ilegales masivas, el uso igualmente masivo de la tortura, el no respeto a la población civil cuya muerte es apenas contabilizada como «daño colateral» y el empleo masivo de mercenarios—. Ahora bien, como lo veremos, esta guerra «anti/terrorista» juega un papel crucial en las nuevas modalidades de gestión, tanto de las relaciones internacionales como de la «seguridad interna», que son necesarias para el buen desarrollo del neoliberalismo.

***Polarización internacional y tentativa de manipulación
de las mujeres por los «hombres en armas»***

El endurecimiento de la polarización política y la satanización del «enemigo» están mediados hoy, en buena medida, por la crispación alrededor de una pretendida oposición irreductible entre Oriente y Occidente, ilustrada con los propósitos de Huntington acerca del

«choque de civilizaciones». Este eje de polarización se apoya sobre una larga historia de construcción, por parte de Occidente, de lo «oriental» como alteridad, como lo analiza Edward Said (1980) —o desde una perspectiva feminista y más actual por Fátima Mernissi (2003), entre otras—. Por su lado, los trabajos de Laura Nader por ejemplo muestran particularmente bien cómo las relaciones sociales de sexo constituyen un nudo central de la construcción —de hecho, recíproca— del «Oriente» y del «Occidente» (Nader 2006).

Diferentes discursos sobre las mujeres están siendo manipulados para «satanizar» el campo que es presentado como contrario. «El otro» es descrito entonces como quien trata a «sus» mujeres de manera particularmente inadecuada, lo que legitima todo tipo de agresiones. Gayatri Spivak es, sin duda, la analista principal de los «relatos de salvación» de las mujeres «morenas y negras» por hombres «blancos», utilizados hasta el cansancio para legitimar las conquistas coloniales (Spivak 1987). Para el periodo más claramente neoliberal, y para analizar las guerras llevadas a cabo por la coalición «occidental», Christine Delphy, en Francia, y Zillah Eisenstein, en Estados Unidos, han demostrado cómo George Bush intentaba utilizar una argumentación pseudofeminista para justificar la intervención norteamericana en Afganistán (Delphy 2002; Eisenstein 2004). Como lo evidencia Eisenstein, se trata ni más ni menos que de un «feminismo imperial», tan distante del feminismo como lo es la derecha de la izquierda. Muchas feministas radicales combaten desde hace mucho tiempo esta corriente «derechista», colonialista y racista¹⁷. No obstante, los principales grupos de «hombres en armas» retoman el tema de las mujeres y pretenden combatirse uno al otro en nombre de una «libertad» femenina vulgarmente caricaturizada e instrumentalizada —trátese de la «libertad» de ser «pudorosas» o de la «libertad» de ser «sexualmente liberadas»—¹⁸. Asimismo, también es necesario constatar que, a

17 Como lo demuestran por ejemplo dos artículos publicados a comienzos de los años ochenta: Amos y Parmar (1984) y Mohanty (1984).

18 Tanto el «pudor» como la «liberación sexual» han sido objeto de numerosas y acaloradas discusiones feministas, discusiones que lastimosamente no podemos desarrollar aquí. Sin embargo, hay que señalar que los análisis

pesar de su oposición aparente, «los enemigos oficiales» están, en realidad, íntimamente vinculados por las paradojas de la geopolítica petrolera y de los negocios. Los Gobiernos del Norte y sus aliados financian y agitan bajo cuerda a los «terroristas» —como se vio claramente, por ejemplo, en el caso de los talibanes, originalmente entrenados y financiados por los Estados Unidos— mientras que muchos grupos «antimperialistas» no dudan en usar las lógicas capitalistas para llevar a cabo su lucha.

Gracias a la guerra «anti/terrorista» los hombres en armas se refuerzan mutuamente en contra de las «mujeres de servicios» y de la población no armada y trabajadora en general. Esto, debido a que lejos de proteger a esta población o defender sus intereses, bajo el pretexto de la «amenaza terrorista» los Gobiernos de los países dominantes atizan las brasas de un estado de guerra y miedo permanente. Esta situación de tensión, de amenaza de guerra o de guerra efectiva, mezclada con técnicas de conflicto «de baja intensidad» generalizado, permite fortalecer los nacionalismos y los racismos, fomentar valores guerreristas-patriarcales y exigir de la población, más allá de las oposiciones de «raza», clase y sexo, la «unión sagrada» contra el «enemigo». De manera simultánea, sirve para justificar un control creciente de la población y una gestión muy policiaca de la mano de obra, en particular migrante, lo que divide

feministas critican con fuerza la falsa oposición en la cual las lógicas patriarcales tienden a encerrar estas dos actitudes para definirlas de manera absolutamente caricaturesca. Como lo mostró con lucidez Kate Millet en uno de los libros pioneros de la segunda ola del feminismo, la revolución sexual deseada por las feministas y *que aún no ha tenido lugar*, no tiene nada que ver con el uso de zapatos de tacón ni de pornografía sexista y heterosexual (Millet 1971). En cuanto al «pudor», a menudo ha sido reivindicado bajo la forma del celibato militante (como el de Madeleine Pelletier, quien fustigaba a las «feministas con escotes», y celebraba en 1922 el celibato como un «estado superior para las mujeres»), sin que signifique moralismo o rechazo de un ideal de libertad sexual y *global* de las mujeres. Entre las lesbianas, Sheila Jeffreys denunció ampliamente la «pseudo-revolución sexual» bajo el modelo masculino (gay) (Jeffreys 1996). Finalmente, en la vía abierta por Audre Lorde, muchas feministas, Afrodescendientes entre otras, han propuesto redefinir completamente el erotismo feminista (Lorde 2003).

todavía más a la población explotada. Así, permite a la vez desviar la atención en lo que se refiere a las transformaciones estructurales y el fortalecimiento de la explotación que impone la globalización, y desmoralizar la población para dificultar su resistencia.

Acá se vuelve interesante comprender cómo la manipulación del discurso acerca de los intereses de las mujeres sirve también para dividir las entre sí. En efecto, el movimiento feminista, por su fuerte dimensión pacifista, antimilitarista y de crítica radical del orden existente, podría constituir el centro de un reagrupamiento político opuesto a los «hombres en armas» de todo tipo. No obstante, por una parte este movimiento no solo es atacado —esto sucede en todos los países—, sino que además, se le vuelve difícil formar alianzas internacionales por causa de las sospechas lanzadas sobre las mujeres y en particular sobre las feministas «del Sur», quienes se estarían «occidentalizando»¹⁹ —o, por el contrario, se negarían a «desolidarizarse» con los países o grupos que se supone son sus «enemigos»—; así como sobre las mujeres y sobre todo las feministas «occidentales», que no serían más que una justificación de las guerras imperiales, a veces con su propio consentimiento.

La situación de las migrantes y sus hijas —y más ampliamente de las «minorías» étnicas— en esta configuración aparece como especialmente incómoda. Su «libertad», entendida de modo caricaturesco de ambos lados, se vuelve un elemento central en la construcción de fronteras étnicas y de proyectos políticos, precisamente en la medida en que podrían constituir el punto de conjunción y el pivote de alianzas internacionales de las mujeres —y de otros sectores dominados—. Podemos lanzar la hipótesis,

19 Gracias a la técnica de la «polarización» y a sus nuevas versiones, las feministas, incluso «occidentales», son presentadas siempre por sus adversarios, como «extranjeras» o «influenciadas» por lo extranjero (aquel extranjero que es considerado en el momento como el más amenazador y del cual desean diferenciarse). Así, en los años noventa, Judith Ezekiel mostró cómo los medios franceses presentaban a Francia como la sede de una cultura nacional de galantería y seducción entre los sexos, volviendo al feminismo —entiéndase: estadounidense— totalmente inútil. Las feministas francesas aparecían, en su descripción, como criaturas físicamente monstruosas y fundamentalmente extrañas al «espíritu nacional» (Ezekiel 1996).

por lo tanto, de que es importante separarlas, a la vez, de las otras mujeres —y de las personas dominadas— de los países y regiones donde residan, como de las otras mujeres —y de las personas dominadas— de los países y regiones de origen de sus madres y padres.

Así, vemos cómo la polarización fomentada por los «hombres en armas» del neoliberalismo tiende a negar a las mujeres en su conjunto la posibilidad de estar en desacuerdo con los gobiernos de «su» país, lo que las empuja a oponerse únicamente a los enemigos de estos Gobiernos, y de esta forma les impide la posibilidad de no alinearse; en una palabra, se trata de imposibilitarles toda acción política autónoma. Por cierto que la constitución de las mujeres en actrices políticas es un tema decisivo, en especial de las mujeres no privilegiadas del planeta, racializadas, proletarizadas y/o migrantes, quienes son a la vez las más explotadas para las tareas más bajas de la globalización, siendo a veces las críticas más vivas de dicha globalización y en otras circunstancias sus legitimadoras más eficaces —como se verá en el capítulo III—.

La minimización del papel político de la violencia contra las mujeres

Hemos empezado a comprender que la violencia de los «hombres en armas» contra las mujeres juega un papel fundamental en la globalización. Vamos a ver de qué manera la violencia aparentemente más «privada» contra las mujeres (como la violencia doméstica) se combina con la violencia de la guerra «anti/terrorista» para dibujar una nueva forma de coerción con un fuerte componente de género, particularmente eficaz para imponer la globalización.

Subrayemos primero que, aunque no existan estudios sistemáticos en los cuales apoyarse, ni a escala nacional ni menos todavía a escala mundial²⁰, un conjunto de indicios convergen para

²⁰ Recordemos que no fue sino hasta el 2003 que un país como Francia publicó los resultados de la primera encuesta nacional oficial sobre el fenómeno, lo que provocó fuertes resistencias. Acerca de la Encuesta Nacional sobre las Violencias Contra las Mujeres en Francia (ENVEFF), véase Jaspard et ál. (2003); también Chetcuti y Jaspard (2007), y sobre la polémica que ha rodeado la difusión de los resultados, véanse Equipe ENVEFF (2003);

dar la clara impresión de que la violencia contra las mujeres está aumentando con la extensión del neoliberalismo. Ciertamente, es muy difícil medirla. Sin embargo, es esclarecedor examinar conjuntamente varios fenómenos, aparentemente muy heterogéneos pero que sin embargo convergen para crear una situación altamente preocupante. Primero, tal como lo hemos visto, la multiplicación de los conflictos y las guerras obliga a muchas personas, mayoritariamente mujeres y niñas, a huir y pasar largos años en el exilio o en campamentos y refugios²¹, precisamente en una época en que muchos Estados van imponiendo políticas migratorias cada vez más desfavorables contra las migrantes y refugiadas²². Segundo, el aparente afianzamiento de las prácticas de abortos selectivos de fetos femeninos y de desatención a las niñas, conduce a la «ausencia» de más de cien millones de mujeres, solo en Asia (Sen 1990b). Finalmente, además de notar las violencias doméstica y sexual «habituales» en todas partes del mundo, podemos observar el desarrollo de prácticas de asesinatos en serie de mujeres pobres y racializadas, la mayor parte de las veces con torturas, en México²³

Romito (2003); Rosende, Perrin, Roux et ál., (2003) y De Koninck y Cantin (2004) (todo en la revista *NQF*) En lo que respecta al ocultamiento de la violencia contra las mujeres, véase Romito (2006).

²¹ La cuestión de la violencia sexual sufrida por muchísimas mujeres durante los conflictos, además de la violencia del desplazamiento forzado, comenzó a ser documentada y analizada seriamente desde hace una quincena de años, durante las guerras en la antigua Yugoslavia (véase principalmente Masson 1999). Demasiado a menudo aún, expone las mujeres y los grupos que rompen el silencio al respecto, a nuevas amenazas, represalias y violencias. Se puede pensar en especial en el caso de Guatemala (donde las violaciones sexuales masivas contra las mujeres indígenas Mayas quedaron largo tiempo negadas) y de Colombia (donde más de cuatro millones de personas, en su mayoría mujeres, son desplazadas por la guerra, lo que constituye un récord siniestro).

²² Véase Freedman (2008).

²³ Desde el inicio de la década los noventa, entre trescientas y cuatrocientas mujeres han sido asesinadas, a menudo después de violencias sexuales, o han desaparecido en Ciudad Juárez. Casi ningún autor de estos crímenes ha sido arrestado a pesar de la fuerte movilización del movimiento de mujeres y feminista mexicano, que ha tenido eco hasta en Naciones Unidas y la Oficina Federal de Investigación (FBI). Todas y todos han presionado,

y en América Central²⁴ —crímenes que hasta ahora han quedado impunes—.

Para explicar este (nuevo) despliegue de violencias contra las mujeres, a veces se trae a colación el endurecimiento de la crisis económica y del desempleo creado por la implementación de las reformas neoliberales; los hombres empobrecidos y frustrados se «desahogarían» contra sus esposas, sus hijas y las mujeres en general. Sin embargo, no existe ningún estudio sistemático que permita comprobar esta teoría. En cambio, la competencia económica entre hombres y mujeres en el mercado de trabajo parece ofrecer una mejor clave de lectura. Como ya lo había demostrado con fuerza Susan Faludi a principios de los años noventa, cuanto más importante deviene el papel económico y político de las mujeres, más tienden los medios de comunicación dominantes, la publicidad y la industria del entretenimiento a imponer una imagen extremadamente reductora de las mujeres, ingeniándoselas para presentarlas como unas criaturas puramente frívolas y sexuales que solo esperan a ser «consumidas» o desposadas (Faludi 1993). Esta tendencia, como hemos visto, se prolonga gracias a la industria del sexo, de la pornografía, del «entretenimiento» —¿pero quién se entretiene?— y del turismo de connotación sexual. En este mismo periodo, en numerosos países, ciertos hombres que se apoyan en lecturas especialmente conservadoras o reaccionarias de diferentes religiones —y que operan a título individual, pero también como legisladores— intentan restringir más o menos drásticamente la

en vano, al Gobierno mexicano para que ponga fin a esta situación de impunidad particularmente inquietante. Ciudad Juárez es, por otro lado, una ciudad emblemática del desarrollo de las maquiladoras tan típicas de la globalización, donde trabajan principalmente migrantes de otras regiones de México y de América Central —quienes son las principales víctimas de los asesinatos, siendo precisamente obreras jóvenes—. Para una encuesta bastante completa sobre el tema, véase Washington (2005).

- ²⁴ En Chiapas, Guatemala y El Salvador, los asesinatos y las desapariciones de mujeres son objeto de una preocupación creciente en diferentes organizaciones civiles, entre ellas, de derechos humanos, de mujeres y feministas. Varios programas de investigación en curso intentan definir y analizar estos «feminicidios».

libertad de movimiento de las mujeres (mediante leyes migratorias draconianas, entre otras) y su acceso al trabajo remunerado.

Así, sin menoscabar la importancia puntual de la «frustración masculina», hay que ir más lejos en el análisis para pensar el recrudescimiento o el despliegue de la violencia contra las mujeres, no como un simple «daño colateral» de la globalización sino, por el contrario, como uno de sus pilares. Ya mostré en otro trabajo cómo podría pensarse la existencia en tiempos de paz de una verdadera «guerra de baja intensidad» contra las mujeres, cuyos principales operadores son la violencia doméstica en particular y la violencia de género en general²⁵. Hago aquí la hipótesis que con el nuevo paradigma de la guerra «anti/terrorista» del neoliberalismo actual, luego del 11 de Septiembre del 2001, la violencia «clásica» contra las mujeres está cada vez más ligada a la violencia «anti/terrorista» de los «hombres en armas», quienes en el marco de la polarización y de la satanización del «enemigo» impiden particularmente el establecimiento de alianzas locales e internacionales entre mujeres, con lo que las forzan a aceptar unas transformaciones sociales que van claramente en contra de sus intereses. Los hombres violentos y los «hombres en armas» actuarían a la vez en su propio interés individual e inmediato, y también como agentes colectivos del neoliberalismo, en una especie de contribución privada y política simultánea, con el fin de asegurar la coerción necesaria para imponer la globalización a la mano de obra indispensable para el funcionamiento del sistema (en las casas, en los campos y en las fábricas): las mujeres.

Se debe resaltar que esta violencia múltiple y generalizada ofrece una notable economía de medios para un resultado máximo. En primer lugar, disuade de manera bastante eficaz el cuestionamiento por parte de las mujeres, tanto en el seno de la familia frente a las labores domésticas que se multiplican con la privatización de los servicios sociales, como en el mercado de trabajo frente a la

25 Me apoyo aquí, entre otros, en un trabajo anterior donde analizo las semejanzas y diferencias entre la violencia doméstica contra las mujeres y la tortura política: Falquet (1997b, 2002).

obligación de aceptar empleos «femeninos» cada vez más degradados. En segundo lugar, no hay necesidad de asumir ningún gasto suplementario para ponerla en acción, ya que numerosos hombres (padres, maridos, compañeros, desconocidos y «hombres en armas» de todo tipo en la calle, etcétera) se encargarán de ejercerla gratuitamente. Finalmente, porque es casi invisible, diluida en el tiempo y el espacio, porque se presenta como algo privado o como «accidental» y no suscita sino una débil reprobación pública —mucho menor, en general, que la represión contra las manifestaciones anti-G8 o el encarcelamiento de tal o cual sindicalista—. En este sentido, esta violencia es una parte integrante y muy determinante de la coerción mediante la cual la globalización es impuesta.



Para concluir este capítulo puede afirmarse, por lo tanto, que contrariamente a los discursos optimistas que intentan hacernos creer en una mejora global y continua de la situación y, en particular, de la suerte de las mujeres, se asiste en realidad a un endurecimiento de las relaciones sociales de sexo, aunado a un agravamiento de la situación material de la mayoría de las mujeres en el mundo. Llegar a esta conclusión es aún más inevitable cuando cruzamos la dimensión del género con las dimensiones de clase y de racismo, y cuando ponemos en el centro del análisis a mujeres que no son blancas ni económicamente privilegiadas. Desde luego, debemos recordar que las situaciones de las mujeres y de los hombres son infinitamente variadas, contrastadas y contradictorias. Para algunas personas incluso, la globalización puede ser portadora de diversas mejoras personales y profesionales: hemos analizado aquí solo una parte del mercado de trabajo y de la realidad social. No obstante, se trata de un lugar de observación particularmente revelador de las evoluciones económicas y políticas en curso.

Hemos visto que la globalización neoliberal reforzaba, dándole un carácter internacional, a la vieja pareja patriarcal unida por los lazos de la dialéctica, la de los hombres en armas y las «mujeres de servicios». Este «par fatal» es a la vez una realidad del mercado de

trabajo, una poderosa figura simbólica y la base de un doble actor político. Hemos visto que el actor «hombre en armas» parecía haber conquistado un lugar muy importante en la imposición del neoliberalismo. Las «mujeres de servicios», por su lado, están enfrentando muchas dificultades para constituirse en un actor político, frenadas por los mecanismos de polarización local e internacional de la nueva guerra «anti/terrorista», tanto como por la estigmatización y la precariedad de sus «empleos».

No obstante, por precarios y poco satisfactorios que sean estos «empleos», es poco probable que desaparezcan, y no constituyen ninguna supervivencia arcaica de modos de producción anteriores. En particular, no nos estamos enfrentando a un resurgimiento de la esclavitud, a pesar del nombre equívoco de esclavitud moderna que a veces es dado a algunas formas de trabajo doméstico, de explotación sexual o de reclutamiento militar forzado. Por el contrario, estos «empleos» constituyen una de las maneras más «modernas» y a todas luces actuales de generar considerables plusvalías en el modo de producción neoliberal. Por tanto, no se trata de constatar que la miseria y la falta de alternativas empujan a la población más empobrecida hacia «empleos» miserables que evocan tiempos pasados y están por desaparecer, sino que estos se hallan en el corazón de las lógicas neoliberales, tanto económicas como políticas, y tanto de acumulación como de coerción. En efecto, los «hombres en armas», responsables de guerras abiertas e instrumentos centrales de la nueva guerra «anti/terrorista», son un actor clave de la imposición del neoliberalismo a las mujeres en su conjunto, así como a toda la población civil «de servicio» y trabajadora, sea cual sea su sexo, su «raza» y su clase.

Ahora bien, no todo es violencia en el mundo neoliberal ni mucho menos. Veremos en el siguiente capítulo que la solicitud, la persuasión, la creación de legitimidad y de consenso están siendo movilizadas también para generar la transformación neoliberal del sistema.

CAPÍTULO III

«Desarrollo» y «participación» según las instituciones internacionales*

HASTA AHORA HE HABLADO sobre todo de la violencia del mercado de trabajo y de la de los «hombres en armas», que refuerzan la violencia «ordinaria» contra las mujeres, para explicar cómo la puesta en marcha de las nuevas tendencias de la división sexual, social e internacional del trabajo se ha hecho de manera *coercitiva*. Sin embargo, el neoliberalismo también posee una cara sonriente, un rostro consensual y seductor, que le confiere su fuerza. De esto hablaré aquí, mediante la observación de la acción de las instituciones internacionales creadas después de la Segunda Guerra Mundial, principalmente la ONU, el FMI y el Banco Mundial. Analizaré en especial el lugar destacado que las mujeres y el movimiento feminista ocupan en la articulación de las estrategias de *consenso* de las instituciones internacionales.

Desde los años noventa, tras la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento de la Unión Soviética, estas instituciones internacionales lograron desempeñar un papel considerable en el «acompañamiento» de la globalización, en coordinación con los

* Este artículo anteriormente fue publicado en una versión algo diferente, en francés, en Bisilliat (2003b); y en español, vease Falquet (2003).

Gobiernos del Norte y especialmente con el Gobierno estadounidense. Para lograr este cometido, tuvieron que reformular el antiguo proyecto de «desarrollo» de las décadas del sesenta, setenta y ochenta, dándole matices «ecológicos» y «de género».

Desarrollaré aquí la hipótesis según la cual, a través de la «participación al desarrollo», estas instituciones, encabezadas por la ONU, construyeron una verdadera estrategia de recuperación del *trabajo material* y de la *legitimidad moral* de los movimientos de mujeres y feminista, para imponer la globalización neoliberal bajo la bandera de un desarrollo «consensual». Como veremos, esta hipótesis proviene de las reflexiones de la corriente que se autodenominó «autónoma» del feminismo latinoamericano y del Caribe, el cual debate de manera activa sobre la «ONGización» y la institucionalización del movimiento desde su sexto encuentro continental, que tuvo lugar en 1993 en El Salvador².

Por cierto, es evidente que las tendencias que propongo analizar son complejas y no se debe hacer una lectura unívoca. La ONU dispone de una estrategia a largo plazo, además de que posee considerables recursos para llegar a sus fines —de eso hablaremos—. Sin embargo, los movimientos sociales y las ONG tienen un margen de autonomía de acción importante y elaboran activamente estrategias propias, lo que también se podría analizar.

De otro lado, es preciso señalar que, por razones de espacio, este será un análisis a muy grandes rasgos. Lo que aquí llamamos las ONG, en realidad se refiere a un conjunto de organizaciones muy diversas, cuyo papel y posicionamiento políticos se han modificado bastante con el tiempo. De igual manera, hablaremos de la ONU como un todo, sabiendo que en realidad se trata de un gigantesco

2 Desde 1981, el movimiento feminista de América Latina y el Caribe ha realizado once encuentros continentales, los cuales permiten entre otras cosas, tener cada dos o tres años un panorama del movimiento y de sus estrategias. Véanse en francés, Jules Falquet (1994, 1998a, 1999c). Además, Amalia Fisher (2005) y Nancy Saporta Sternbach et ál. (1992). Sobre la corriente autónoma en ocasión del Séptimo Encuentro Feminista Continental, véase Cicam (1997).

sistema que por supuesto tiene fuertes diferencias y contradicciones internas, como lo demuestra un número de la revista quebequense *Recherches Féministes*, el cual propone elementos para reflexionar a partir de las luchas altermundialistas (Druelle 2004). Por último, debemos recordar que la ONU atraviesa desde hace algunos años un complejo proceso de reformas. De cualquier forma, aún siendo reductor o simplificador, el presente análisis tiene como fin ayudar a pensar más allá del discurso adormecedor de la ONU benévola; les dejo a otras/os la tarea de matizar cuando sea necesario.

En primer lugar, mostraré cómo, frente a la «sociedad civil», la ONU logró volverse un actor central —casi imprescindible— que organiza una especie de «buena gobernanza mundial participativa», lo que también se podría leer como una sutil neutralización de los movimientos sociales. Así, veremos en primera instancia la forma como, por medio del tema del «desarrollo sostenible», la ONU ha conseguido posicionarse como la «benefactora responsable» de la humanidad. Examinaremos después cómo, en lo que respecta a las mujeres, la ONU ha sabido presentarse como «aliada», a la vez que ha sabido, en cierta medida, recuperar su movimiento para hacerlo funcional a la globalización neoliberal. Finalmente, analizaremos más detalladamente el funcionamiento de la «buena gobernanza mundial» de la ONU y su forma de «hacer participar» a la población alrededor de *sus* propias prioridades, con el ejemplo del turismo —cuyo fuerte componente sexual ya evoqué ampliamente—.

En segundo lugar, estudiaremos más de cerca otras instituciones internacionales con las que trabaja la ONU, en especial el Banco Mundial, el FMI y la Agencia Internacional para el Desarrollo —en adelante, AID—. La AID, en cuanto órgano oficial de la cooperación internacional estadounidense, es conceptualmente diferente de las instituciones internacionales, ya que depende directamente del Gobierno de Estados Unidos. Precisamente, en este caso conecta el actor estatal —acá, estadounidense— y las instituciones internacionales. Evocaremos primero la concepción ambientalista del Banco Mundial y tres ejemplos de proyectos de «desarrollo» en México. Abordaremos luego la cuestión de las políticas internacionales de población, su filosofía y su práctica, que

atacan directamente a las mujeres del Sur. Para terminar, estudiaremos el desarrollo de las políticas de microcréditos para mujeres, que ilustran de forma muy significativa las complicidades que existen entre las diferentes organizaciones internacionales y los Gobiernos occidentales para imponer una reestructuración global especialmente dañina para las mujeres.

**¿«Buena gobernanza» mundial
o neutralización de los movimientos
sociales? ¿Qué persigue la ONU?**

***El «desarrollo sostenible» y cómo la ONU
se ha vuelto «protectora» del medio ambiente***

Hace ya más de treinta años que la ONU trabaja activamente en torno a las relaciones entre desarrollo y medio ambiente, para oficializar poco a poco la noción de «desarrollo sostenible» en respuesta a las críticas al «crecimiento» formuladas entre otros por el movimiento ecologista. Aunque haya actuado en parte bajo la presión de los movimientos sociales y en un contexto internacional que de cualquier forma imponía cambios, veremos aquí cómo la ONU consiguió «tomar la delantera» en la «defensa» del medio ambiente en contra de los «intereses egoístas» que lo amenazan, y así capitalizar una indudable simpatía y legitimidad en este campo.

De la mano de la reflexión crítica de Ester Boserup ([1970] 1983) sobre el papel de las campesinas del Sur, los años setenta vieron nacer el interés de la ONU hacia los nuevos paradigmas sobre el desarrollo. En efecto, en 1972, la ONU organiza en Estocolmo una primera conferencia internacional sobre «el medio ambiente humano» («Human Environment») —las relaciones desarrollo humano/protección del medio ambiente—. Después de esta primera conferencia, la ONU prosigue sus esfuerzos en dos grandes vías complementarias. Por un lado, alimenta una reflexión «permanente» sobre desarrollo, financiando y realizando un conjunto de acciones concretas en el terreno. Por otra parte, se impone como organizadora de grandes conferencias decenales sobre medio ambiente y desarrollo, siendo sin duda la más conocida la de Río de

Janeiro (Cumbre de la Tierra, 1992), seguida en el verano del 2002 por la Conferencia de Río +10, en Johannesburgo.

Simultáneamente con la Conferencia de Estocolmo (1972), se publica el Informe Meadows sobre «Los límites del crecimiento», establecido a petición del Club de Roma. En una época en que se conceptualiza el crecimiento como una evolución exponencial permitida por el «progreso» y la tecnología, este informe señala que pronto e inevitablemente, la escasez de los recursos naturales fundamentales (agua, tierra, fuentes de energía) se volverá un obstáculo mayúsculo para el desarrollo. En este contexto, y con el brusco aumento de los precios del petróleo y el desarrollo de fuertes movimientos revolucionarios y sociales, en especial feminista y ecologista, todo el decenio está marcado por un profundo cuestionamiento a los paradigmas dominantes sobre la integración al desarrollo de las mujeres y del medio ambiente, cuestionamiento que sigue recorriendo los años ochenta³.

En el marco de sus actividades de seguimiento de la Conferencia de Estocolmo, la ONU promueve en 1983 la creación de una Comisión mundial para el medio ambiente y el desarrollo humano, simbólicamente encabezada por una mujer, la noruega Gro Harlem Bruntland. En 1987, dicha Comisión entrega su informe, llamado «Nuestro futuro común», el cual la Asamblea General de la ONU retoma como su nuevo paradigma para el desarrollo. Este informe es el primero en insistir en la necesidad del «desarrollo sostenible», definido como «un desarrollo que resuelva las necesidades del presente, sin mermar la posibilidad de que las futuras generaciones resuelvan las suyas» (World Commission for Environment and Development 1987). Desde aquella fecha, han surgido más de

3 En torno a los debates generales sobre mujeres y desarrollo, ampliamente documentados en otros trabajos, y en especial la sucesiva adopción de los paradigmas «Mujeres en el Desarrollo» (WID), «Mujeres y Desarrollo» (WAD), «Mujeres, Medio Ambiente y Desarrollo» (WED) y finalmente, «Género y Desarrollo» (GAD), recomendamos la presentación sintética de Degavre (2000) en la revista belga *Chronique Féministe*, así como la compilación de textos de Jeanne Bisilliat y Christine Verschuur (Bisilliat y Verschuur 2000).

setenta definiciones de «desarrollo sostenible». Sin embargo, la que propone el informe Bruntland —aunque muy poco precisa— sigue prevaleciendo hasta hoy en la mayoría de las instituciones internacionales, entre las cuales el FNUAP, el Club de Roma, la FAO, o el PNUE—. Por otra parte, el Informe Bruntland vincula con claridad pobreza, desigualdades sociales y deterioro ambiental, y demuestra cómo el mecanismo de la deuda externa obliga a los países del Sur a sobreexplotar sus recursos y a reducir sus gastos sociales. El informe tiene acentos progresistas, capaces de provocar una amplia adhesión. Por ejemplo, critica notablemente a la industria militar por adueñarse de recursos «que podrían ser utilizados de forma más productiva para reducir las amenazas sobre la seguridad provocadas por los conflictos en torno al medio ambiente y los resentimientos creados por la generalización de la pobreza» (World Commission for Environment and Development 1987).

Cuando en 1992, acontece la siguiente cumbre de la ONU, organizada en Río de Janeiro y presentada como la «Cumbre de la tierra»⁴, el contexto se presta para que la ONU aparezca como la única instancia realmente preocupada en forma «neutra» por la supervivencia de la humanidad, la cual en aquel entonces se descubre gravemente amenazada por el calentamiento del planeta, provocado por el efecto invernadero y por el deterioro de la capa de ozono. La ONU se propone entonces establecer una Agenda para el siglo XXI (más prosaicamente llamada *Agenda 21*), tomando simbólicamente las riendas del destino del planeta, con la tácita aprobación de la «opinión pública». De hecho, la ONU no escatimó esfuerzos para promover una importante participación de la «sociedad civil». Por ejemplo, en lo que a las mujeres se refiere —se asocia «espontáneamente» mujeres y protección de la «Naturaleza»—, el PNUE (organismo del sistema ONU) ha organizado con un año de anticipación una conferencia preparatoria de mujeres. Coorganizada por la Asamblea Global Mujeres y Medio Ambiente, la Conferencia de Miami reúne a más de 1.500 mujeres y feministas integrantes de di-

4 Su nombre exacto es: Conferencia sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo.

ferentes ONG que trabajan la cuestión del medio ambiente, quienes elaboran su propio programa de acción, la *Agenda 21 de las mujeres*. De tal suerte que, durante la Conferencia de las ONG, paralela a la conferencia oficial-gubernamental de Río, las mujeres participan con entusiasmo. Su carpa, «Planeta Fêmea», es indudablemente la más importante y la mejor organizada (Femmes y Changements 2002). Para muchas, esta es la oportunidad de poner en práctica, con una consumada destreza, varias estrategias de *lobbying* para hacer avanzar sus reivindicaciones. Al finalizar la Conferencia de Río, las propuestas de las mujeres se ven en parte reflejadas en la Declaración de las ONG, y sobre todo en la *Agenda 21*, producida por la Conferencia de los Estados, cuyo capítulo 24 trata específicamente de «la acción global para las mujeres hacia el desarrollo sostenible y equitativo» (Hemmati y Seliger 2001).

Desde aquella fecha, la ONU ha proseguido con celo sus actividades a favor del desarrollo sostenible y de la puesta en práctica de la «Declaración de Río». A lo largo del periodo organizó un conjunto de conferencias, también decenales, sobre una serie de temas (mujeres, población, hábitat, seguridad alimenticia, entre otros), que han contribuido, cada uno desde sus diferentes ángulos, a la actual definición del desarrollo sostenible. La concepción que hoy prevalece es que el desarrollo sostenible debe, además de enraizarse sólidamente en lo «local», descansar sobre tres pilares: económico, medioambiental y social. Dicho de otra forma: para ser sostenible, el desarrollo debe basarse en cierta «racionalidad» económica, debe tomar en cuenta la situación del medio ambiente y debe incluir la «equidad social», —entre otros, en lo que respecta a género—. Sobre todo, debe ser «participativo», para gozar de una verdadera legitimidad y permitir una buena «gobernanza» mundial. Este nuevo paradigma, retomado por el Banco Mundial y el FMI, y que está vinculado con la nueva realidad del mundo «unipolar», refleja el ideal de una especie de administración global que está bajo el mando de las instituciones internacionales. En todo lo que tiene que ver con el «desarrollo», la ONU desempeña un papel central, entre otros, mediante la convocatoria y organización de las grandes reuniones internacionales que definen las orientaciones generales en este terreno.

Cuando la ONU apadrina a las mujeres

Paralelamente a sus actividades de cara al medio ambiente y al desarrollo, la ONU también se ha interesado específicamente en las mujeres, creando progresivamente un sistema complejo y cada vez más ineludible de espacios internacionales de debate y «participación», cuyo punto cumbre son las conferencias mundiales sobre «La Mujer». Evocaremos en esta sección algunos aspectos de la creciente influencia —ideológica y práctica— de la ONU sobre el movimiento de mujeres y la reflexión feminista.

Ya desde 1975, la ONU organiza un «decenio de La Mujer», inaugurado con una conferencia internacional en México⁵, seguido por una conferencia intermedia a los cinco años realizada en Copenhague y clausurado con una tercera conferencia, en Nairobi en 1985. La cuarta conferencia, realizada en Pekín en 1995, cierra con broche de oro un segundo ciclo de diez años de intensas actividades de la ONU en torno a otros temas importantes para las mujeres: desarrollo sostenible (1992, Río, ya mencionado), derechos humanos (1993, Viena), población (1994, El Cairo). Durante esta última conferencia en especial, frente a la unión de diferentes Estados católicos y musulmanes en contra del derecho de las mujeres a disponer libremente de su cuerpo, la ONU consiguió aparecer como el principal «aliado» y «protector» de las mujeres. Finalmente, para medir los resultados de la puesta en práctica de la «Plataforma de Pekín», una evaluación al cabo de cinco años, llamada «Pekín +5», tuvo lugar en Nueva York en el 2000. Todas estas conferencias están enmarcadas en un conjunto de reuniones de preparación y de seguimiento, formando un denso calendario de actividades internacionales a las cuales la «sociedad civil» está fuertemente invitada a participar.

Algunas analistas, entre las cuales se cuentan numerosas feministas del Norte y del Sur, evaluaron la Plataforma de Pekín y las estrategias de acción que de esta se desprenden de manera bastante

5 De la cual sale, entre otros documentos, la famosa Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación hacia las Mujeres (CEDAW), de 1979.

positiva. Celebraron como una victoria del feminismo el hecho de haber conseguido introducir la «perspectiva de género» dentro la agenda de la ONU (Druelle 2004). Ciertamente, numerosos países crearon ministerios o secretarías de la Mujer, en aplicación de los compromisos contraídos en Pekín. En varias partes del mundo, se registraron cambios legislativos a favor de las mujeres y en numerosas instancias nacionales e internacionales se abrieron importantes —aunque insuficientes— líneas presupuestales para promover la «equidad de género». Para muchas feministas, la Plataforma de Pekín se ha vuelto una herramienta imprescindible que orienta sus reivindicaciones. Según su perspectiva, dicha plataforma es el feliz resultado de sus estrategias de *lobbying* para la adopción del paradigma del *mainstreaming*. Este término polisémico, de borrosa definición, se puede resumir por la inclusión de la «perspectiva de género» en el conjunto las políticas, y en especial en todo lo que se refiere al desarrollo y a su sostenibilidad —volveremos sobre este punto en el capítulo IV—.

Sin embargo, el fenómeno más interesante de analizar es la forma en que la ONU consiguió absorber poco a poco las actividades de las organizaciones de mujeres en sus propias conferencias. En efecto, en 1975 en México, algunas feministas habían llevado a cabo *por fuera de la conferencia* un conjunto de acciones para denunciar a esta como un intento de recuperación de su movimiento⁶. En 1995, por el contrario, el Foro de las ONG fue organizado por la misma ONU y muchas mujeres y grupos feministas participaron *desde adentro* para intentar ser escuchadas precisamente por la ONU y por los Gobiernos.

Podemos observar este fenómeno en conferencias de la ONU sobre otros temas; sin embargo, la Conferencia de Pekín ilustra de forma especialmente nítida la instalación del dispositivo «participativo» de la ONU. Efectivamente, en esta ocasión, se evidenció de manera explícita que la ONU encabezaba simultáneamente los

6 En Francia, el año internacional de La Mujer también provocó comentarios críticos, de los cuales dan fe unos letreros fotografiados en marchas que preguntaban irónicamente: «1975: año de la mujer, 1976: ¿año del perro?».

dos eventos: tanto la Conferencia oficial de los gobiernos como el Foro «paralelo» de las ONG; era claro, además, que había definido cuidadosamente los mecanismos destinados a enlazar y separar los dos eventos. Por ejemplo, el Foro de las ONG tenía lugar varios días antes de la Conferencia y a cuarenta kilómetros de esta. Para evitar cualquier interferencia fuera de control, el único canal de comunicación oficialmente previsto entre las dos instancias era un breve informe a la Conferencia gubernamental por parte de la presidenta del Foro de las ONG —que por cierto, había sido designada de antemano por la ONU—. Además, la mayor parte del trabajo fue realizado previamente durante un largo proceso preparatorio. La ONU deseaba que en cada país, las ONG (feministas, de mujeres y mixtas) se acercaran a los Gobiernos de turno, para establecer, de ser posible, un informe único sobre la situación de las mujeres y una sola serie de recomendaciones. Estaba previsto, incluso, promover la inclusión en las delegaciones gubernamentales de representantes de ONG (dejando los criterios a la arbitrariedad de cada Gobierno). Este sistema implicaba simultáneamente la pérdida de autonomía del movimiento feminista frente a sus respectivos Estados, y la minorización o dilución de sus posiciones en un consenso amplio con el Gobierno y las ONG no feministas que también estaban invitadas a «participar». Además, la ONU había definido de antemano los temas que los informes nacionales debían abordar y el tipo de indicadores a utilizar —principalmente cuantitativos— (Más allá de Pekín, caps., I, II y III, 1994). Finalmente, la ONU, a través de diversas instancias, ponía importantes financiamientos a disposición de las ONG o de consultoras particulares —a menudo provenientes del movimiento feminista— para la elaboración de los informes y para permitir a mujeres del mundo entero viajar hasta Pekín.

El debate de las feministas latinoamericanas y del Caribe sobre la ONGización de su movimiento —que empieza durante su sexto encuentro de 1993 en El Salvador, justo durante el proceso de preparación de Pekín, y prosigue con fuerza una vez apagadas las luces de la Conferencia de la ONU durante su siguiente encuentro en Chile, en 1996— permite entender mejor los efectos de esta política (Falquet 1998a). El encuentro de Chile constituye probablemente el

punto culminante de la crítica realizada por la corriente «feminista autónoma»⁷, crítica que continuó, aunque de forma menos apasionada, durante el Octavo Encuentro, en 1999, en República Dominicana⁸. De hecho, hoy en día, y a pesar de las diferencias que existen de un país a otro, el movimiento feminista parece haberse transformado en un conjunto de ONG profesionalizadas que trabajan en el marco de la «perspectiva de género» en coordinación con instancias gubernamentales, consultoras especializadas y centros de investigación universitarios, o para-universitarios, siendo el conjunto fuertemente dependiente de financiamientos externos.

Agrupando las reflexiones críticas de la corriente «autónoma» de estos últimos años —Bedregal et ál. (1993), Cañas ([2001] 2003), Cicam (1997), Gargallo (2004), Gaviola y González (2001), Mujeres Creando (1998), Pisano y Lidid (1993) y Varias locas del mundo (1999), entre otras—, se puede resumir el análisis de la siguiente manera. Primero, la inflación de los financiamientos internacionales para cuestiones «de género» ha fomentado, por un lado, luchas sororificas entre los grupos y personas para tener acceso a estos recursos, y por otro, la concentración del poder y la reducción del movimiento a un pequeño número de grandes centros e influyentes ONG que captan la mayor parte de dichos financiamientos. Simultáneamente, para obtener estos fondos, los grupos tienen que dar pruebas de su «capacidad», profesionalizándose en forma acelerada, contratando contadoras y expertas «en género», en detrimento de una militancia política escogida y voluntaria. El movimiento se transforma en una suma de organizaciones que se cristalizan en instituciones cada vez más burocratizadas, dando

7 El debate sobre la «autonomía» del movimiento, uno de los ejes recurrentes de los cuestionamientos internos, se desplazó de la cuestión de la autonomía frente a los partidos políticos hacia la cuestión del financiamiento y de la influencia ideológica del Norte o de las instituciones internacionales.

8 Sin dejar de participar en los encuentros feministas latinoamericanos y del Caribe, la corriente «feminista autónoma», que se perfila con claridad después del Séptimo Encuentro de Chile, en 1996, ha realizado dos encuentros específicos, en 1998 en Bolivia y en 2001 en Uruguay, para profundizar sus posiciones.

lugar al fenómeno de la «ONGización». El movimiento feminista se acerca a las instituciones gubernamentales, universitarias e internacionales, mientras que su componente utópico o radical está siendo marginado. Se trata ahora de «proponer» ya no de soñar, y mucho menos de protestar. Para obtener mayor eficiencia, las ONG se agrupan en redes internacionales especializadas para concentrarse en la participación a los eventos internacionales, de este modo van perdiendo en buena medida sus raíces locales y su trabajo cotidiano. La propuesta feminista global se atomiza en una serie de temas fragmentados y desconectados unos de otros. La visión de transformación completa se ha transformado en una serie de reivindicaciones de arreglos y mejorías parciales, una lista de propuestas legislativas abstractas y de microproyectos locales para mediatizar la creciente miseria de las mujeres. Se observa el mismo fenómeno cuando se analiza cómo aparecen los «temas» del feminismo regional, y cómo se transforman por oleadas al ritmo de las conferencias de la ONU y de las prioridades de financiamiento de las agencias de cooperación internacional del Norte. Así sucede con temas «vedette» desde el principio de los noventa, tales como el «poder local» de las mujeres y su «participación política»: el poder era precisamente uno de los dos temas principales que los informes preparatorios latinoamericanos y caribeños para Pekín tenían que abordar. Por cierto, cada año cambian las prioridades: medio ambiente, derechos humanos, vivienda. Incluso la manera de nombrar los temas varía según el antojo de las agencias financiadoras; para llegar a una suerte de consenso en las declaraciones internacionales y responder a las expectativas de las fuentes de financiamiento, la lucha para el aborto libre y gratuito se vuelve «esfuerzo hacia la maternidad voluntaria», el cuestionamiento de la heterosexualidad como institución política se convierte en lucha por la tolerancia de múltiples «preferencias sexuales». Finalmente, la alocada ronda de conferencias y reuniones de la ONU a lo largo y ancho del planeta absorbe el tiempo y la energía de las mujeres y de los grupos feministas, lo que provoca cada vez considerables gastos que solo pueden ser encarados gracias al financiamiento internacional. Aparece algo así como una élite feminista que va a la

mayoría de las conferencias y fácilmente se transforman en «expertas en género», recibiendo honorarios bastante atractivos y muy bienvenidos en estos tiempos de fuerte desempleo en la región, mientras que la militancia «callejera» disminuye y las mujeres comunes y corrientes se alejan del movimiento.

En pocas palabras, el análisis feminista autónomo latinoamericano y caribeño denuncia la ONGización del movimiento feminista bajo el efecto de los financiamientos y de los discursos de las instituciones internacionales. Critica su despolitización y pérdida de autonomía conceptual y organizativa —y por tanto, de su radicalidad y su potencialidad transformadora—.

Mecanismos de participación y creación de «agenda»: el caso del turismo

Ya hemos visto que el turismo constituye prácticamente la única alternativa de «desarrollo» que las instituciones internacionales recomiendan o imponen a muchos países del Sur empobrecidos por la globalización. El turismo tiene muy dudosas consecuencias, en especial para las mujeres. Implica generalmente la desposesión de las poblaciones locales y la pérdida de tierras agrícolas cultivadas, y conlleva también la intrusión a menudo brutal de la economía monetaria y de usos y costumbres diferentes, a la vez que la folclorización de las culturas autóctonas⁹. Para las mujeres, el turismo trae muy pocos beneficios; generalmente no son inversionistas, ni obtienen los mejores empleos. A lo sumo logran tener algunos empleos de servicio de baja categoría y mal

9 El papel de las mujeres en la reproducción cultural varía según los lugares y las épocas. Véase al respecto el trabajo de la antropóloga francesa Nicole-Claude Mathieu sobre la división sexual del trabajo «cultural» (Mathieu 1985). Generalmente, las mujeres tienen la obligación social de «preservar» la cultura del grupo, mientras que los hombres se benefician primero de los aspectos «positivos» del contacto: a menudo son los primeros en acceder a los medios de transporte, empleos e ingresos, etc... Muchas veces, las mujeres que quisieran seguir sus pasos son sancionadas, lo que aumenta la «brecha» entre los sexos. Este punto obviamente merecería un desarrollo mucho más detallado, que rebasa las posibilidades de este trabajo. Sobre este tema véase el capítulo V de este libro.

remunerados (guía turística, recepcionista o empleada de limpieza en los grandes hoteles). A menudo, tienen que enfrentar la violencia sexual de los turistas de sexo masculino, al constituir uno de los atractivos fundamentales de las soleadas playas promocionadas por los afiches turísticos en donde el sexismo compite con el racismo —son ejemplos bastante impactantes la promoción del turismo en Cuba o en República Dominicana—. La subida de los precios provocada por el turismo, el empobrecimiento que supone el despojo de sus recursos tradicionales (pesca, agricultura) y la incitación activa por parte de los turistas y de las agencias de turismo provoca casi inevitablemente el desarrollo de la prostitución, primero in situ, y luego posiblemente en el marco de la migración.

Por eso analizaremos con especial interés cómo la ONU promueve el desarrollo del turismo, ya evocado en el capítulo II. Veremos sobre todo de qué manera la estrategia de la ONU hacia las ONG le permite crear de la nada temas y prioridades. En otros términos, cómo la ONU fabrica y orienta la agenda internacional del «desarrollo» hacia actividades particularmente perjudiciales para las mujeres.

Hace ya tiempo que la ONU promueve el acercamiento y la participación de las ONG a sus propias estructuras. Encontramos una entusiasta descripción de este esfuerzo en un manual destinado a promover la participación de las mujeres en la Conferencia de Johannesburgo, titulado *The stakeholder toolkit* y editado por Minu Hemmati y Kerstin Seliger, respectivamente consultora independiente e «interna» del Foro de las Naciones Unidas para el Desarrollo —en adelante, UNED— (Hemmati y Seliger 2001). El principal instrumento de esta política es el Consejo Económico y Social —en adelante, Ecosoc— de la ONU. Desde 1968, las ONG que así lo desean pueden solicitar un estatus consultivo de cara al Ecosoc o a otras instancias de «menor rango» del sistema de la ONU (FAO, OIT, etc.). Sin embargo, la gran apertura a las ONG acontece en 1996, cuando la ONU decide crear un nuevo estatus consultivo más flexible, y sobre todo cuando, valiéndose de la experiencia adquirida con el Ecosoc, se propone examinar la cuestión de la participación de las ONG en

todas las áreas de trabajo de la ONU¹⁰. Un subgrupo ad hoc de ONG es formado para estudiar la cuestión y hacer propuestas. Paralelamente, desde 1996, a petición del Foro de la UNED, las ONG acreditadas en la ONU han obtenido un espacio de «diálogo» —importante, dado que tiene que ver con desarrollo— durante las reuniones de la Comisión para el Desarrollo Sostenible —en adelante, CSD—¹¹ de la ONU.

Sobre todo, es la puesta en práctica concreta de este dispositivo la que revela plenamente su alcance: el primer verdadero «diálogo» sobre «desarrollo sostenible» tiene lugar en 1998 sobre el tema... de la industria. Vale la pena analizar el lenguaje con el que la experiencia es narrada:

[...] dos elementos aumentaron las probabilidades de éxito.

Primero, el hecho de que la Cámara internacional del comercio tomaba parte como miembro del comité de las ONG de la CSD¹² y por tanto estaba perfectamente enterada de los preparativos de las ONG. Segundo, el hecho de que relaciones extremadamente cercanas se establecieron entre varias personas representantes de las ONG y las y los representantes de la industria. Eso permitió que existiera un nivel de confianza que hizo contrapeso a cualquier molestia que hubieran podido ocasionar los miembros más extremos de cada sector. (Hemmati y Seliger 2001, 47)

Se ve aquí que, curiosamente, la Cámara Internacional de Comercio participa en la reuniones de las ONG, y se aprecia cómo la «fraternización» entre sectores a priori más bien adversos (aquí las

10 Originalmente existían solo dos estatus consultivos (categorías I y II), con requisitos bastante complicados que cumplir. En 1996, además de la creación de un tercer estatus, la decisión 1996/297 prevé que la Asamblea General de la ONU examine la cuestión de la participación de las ONG *en todas sus áreas de actividades*.

11 Hay que notar que existen varias instancias encargadas del desarrollo en la ONU: la CSD es tan solo una de ellas; se trata de una experiencia que podría decirse es «piloto», cuyo futuro no está plenamente asegurado.

12 «Steering committee» de las ONG, según su nombre en inglés.

ONG y la industria), es a la vez medio y meta de este diálogo fomentado por la ONU.

Después de este primer éxito, la nueva dirección de la CSD, encabezada por el Ministro del Medio Ambiente de Nueva Zelanda, lanza el diálogo de 1999 sobre el tema del turismo:

Decidió que estarían implicados cuatro «grupos mayores» este año: las ONG (coordinadas por el Comité de las ONG de la CSD), el comercio y la industria (World Travel, el Consejo del Turismo y la Asociación Internacional de Hoteles y Restaurantes), los sindicatos (la Confederación Internacional de los Sindicatos Libres) y las autoridades locales (el Consejo Internacional para las Iniciativas Medioambientales Locales). (Hemmati y Seliger 2001, 47)

Anotemos que, detrás del término «grupos mayores», solo algunas estructuras de las ONG y de otros sectores —y no necesariamente los más «progresistas»— están invitadas a dialogar, sin que se sepa claramente por qué son consideradas como representativas. El documento prosigue:

El tema del turismo era problemático para las ONG, en la medida en que no se trata de un capítulo de la Agenda 21 [de Río]. El Comité de las ONG de la CSD, que no poseía ningún Caucus trabajando sobre el tema, realizó una acción masiva de búsqueda y convocatoria hacia las ONG trabajando en el tema del turismo. Hizo un envío de correo a más de 300 organizaciones. (Hemmati y Seliger 2001, 47)

De esta manera, aunque las ONG no trabajen sobre un tema, la ONU se encarga de incitarlas a hacerlo según sus propias prioridades. Y es así como el turismo se ha vuelto una de las prioridades del «desarrollo». Turismo «sostenible», por cierto, pero la definición de este término adolece de gran vaguedad.

Sin volver a mencionar el tema del turismo sexual, la observación de las políticas de cooperación de los Gobiernos del Norte muestra que este toma a menudo un cariz neocolonial. La política de cooperación española hacia el continente americano, por

ejemplo, constituye un impactante ejemplo de esto¹³. En Guatemala, donde su acción es especialmente importante, la cooperación española promueve, entre otros, dos grandes ejes de trabajo: mujeres y turismo. En lo que a mujeres se refiere, España apoya la creación de una suerte de Secretaría de la Mujer, con el modelo de su propio Instituto de la Mujer, e impulsa una serie de capacitaciones sobre «género» (AFED 2001). En lo que al segundo eje se refiere, financia la capacitación de la población local, especialmente a la población indígena, en las profesiones pero sobre todo en los trabajos de segunda categoría del turismo, a la vez que restaura las iglesias y edificios de la época colonial, mientras que las empresas privadas españolas realizan importantes inversiones en las infraestructuras hoteleras del país. Más abajo volveremos sobre el asunto del turismo en América Latina, tema que está estrechamente vinculado con otros proyectos, especialmente en las regiones indígenas.

Para resumir lo que demostré hasta aquí, primero hay que recordar que el proceso de transformación de los movimientos sociales en ONG posee sus lógicas internas. Sin embargo, es interesante ver que simultáneamente, es el resultado de una política deliberada de la ONU para provocar la creación de «contrapartes», de una «sociedad civil» —mucho menos amenazadora que un movimiento social, político o revolucionario— que la ayude en la misión que se autoatribuyó, es decir, acompañar a la puesta en marcha de la globalización neoliberal. En este proceso de organizar una administración mundial global, asistimos a una burocratización generalizada, que acerca la gigantesca administración de la ONU con el tejido asociativo, lo que a todas luces constituye una asociación bastante desigual. Las ONG se vuelven poco a poco las «subcontratistas» bastante creativas, experimentadas y

13 Véanse especialmente los documentos de evaluación de las acciones de cooperación del Gobierno español, realizados por el Ministerio de Asuntos Exteriores, entre otros: *Fortalecimiento municipal en Flores, Guatemala* (39 pp.), *Programa de cooperación hispano-peruano* (46 pp.), *Programa de subvenciones y ayudas a ONG en Haití, República Dominicana y Filipinas* (59 pp.).

baratas¹⁴ que ejecutan, experimentan y renuevan constantemente las políticas internacionales de la ONU. De esta manera, la ONU recoge un conjunto impresionante de informaciones sobre la situación, los grupos y los movimientos en cada país, así como sobre las problemáticas y las alternativas posibles. Los datos estadísticos y políticos que de esta manera recupera y trata según sus perspectivas propias le brindan no solo una información de mucho valor, sino además la posibilidad de transmitir estas informaciones bajo la forma que le convenga para «crear opinión» —volveré sobre este tema en el capítulo IV—.

Está claro entonces que la ONU consiguió constituirse en un actor central que determina las orientaciones teóricas y las acciones prácticas de «desarrollo». Ciertamente, podría leerse este proceso como una victoria de los movimientos sociales, los cuales habrían logrado poco a poco presionar para que sus preocupaciones sean incorporadas a las políticas internacionales de la ONU, o bien como una suerte de alianza entre los sectores más «razonables», en contra de la catástrofe medioambiental, de las guerras y de la miseria, para el bien de las mayorías. Esta lectura tiene ciertas bases objetivas. Sin embargo, también se puede analizar este proceso como una derrota, una recuperación y neutralización de las voces más críticas —entre otras, aquellas provenientes del movimiento feminista—. De hecho, en el meollo de las nuevas estrategias de las instituciones internacionales, encontramos a las mujeres. Son las primeras afectadas por la pobreza y la deterioración del medio ambiente que implica este «desarrollo», y son también quienes realizan la mayor parte de las propuestas concretas de solución o quienes proponen alternativas. Su gran sed de participación, su responsabilidad hacia las generaciones venideras, su sentido práctico y su inmensa ca-

14 Un análisis de las condiciones de trabajo en las ONG —que no podemos hacer aquí— mostraría, por un lado, las preocupantes infracciones al derecho laboral que prevalecen en casi todas partes, justificadas por el carácter supuestamente «militante» del trabajo. Por otro lado, evidenciaría la remuneración desmedida de algunas personas, que raya en el intento de corrupción.

pacidad para trabajar a precios bajísimos o gratuitamente constituyen una disposición social que la ONU no piensa desaprovechar.

El «desarrollo» neoliberal de las instituciones internacionales

Hemos visto de qué manera la ONU entiende y fomenta la «participación» de la población mundial al «desarrollo» a través de las ONG. Ahora es preciso insertar esta reflexión en su contexto global, es decir, entender la forma en que las instituciones internacionales trabajan de la mano con los Gobiernos occidentales —y sobre todo el estadounidense— para apoyar el avance del neoliberalismo. Recordemos que en 1999, los Estados Unidos proveían 1.170 millones de dólares al presupuesto de la ONU, es decir 5,5 veces más que su segundo contribuyente (Ucrania), 13 veces más que el tercero (la Federación Rusa) y 49 veces más que un país como Francia (Hemmati y Seliger 2001). Para trazar un paralelo con la técnica del torturador «bueno» y de los torturadores «malos», podríamos decir que el FMI y el Banco Mundial tienen aquí el papel de verdugos, mientras que la ONU da una imagen de compasión para con «sus» pobres. Esta distribución perversa es complementada por la intervención discreta pero muy eficiente de la AID, agencia de cooperación del Gobierno estadounidense, que vuelve a levantar con créditos a las/los pacientes que se desmayan.

Concepciones del Banco Mundial sobre medio ambiente, ecoturismo y biodiversidad

Si bien es cierto que el FMI y el Banco Mundial se han unido a las voces que hoy pregonan el «desarrollo sostenible», existen formas muy diferentes de concebirlo. Detengámonos aquí en la concepción del Banco Mundial en torno al medio ambiente y en algunos proyectos de «desarrollo» neoliberales.

Podemos distinguir cinco grandes concepciones de las relaciones entre desarrollo y medio ambiente. La más antigua, que irónicamente es común al capitalismo salvaje y al socialismo planificado, se origina en la época de la Ilustración: la *economía de frontera* considera que la «naturaleza» existe para que la usen

los seres humanos, quienes pueden modificarla y manipularla a su antojo. La «naturaleza salvaje», a menudo asimilada a lo «femenino», se ve como opuesta a la cultura y debe ser domada. Constituye un «vacío» en el cual botar, por ejemplo, los residuos y desechos de la actividad económica y de consumo. La *ecología económica* aparece como una forma de «reparar» los daños causados por esta primera concepción y poner límites a las actividades «peligrosas» para el medio ambiente. Visibiliza el valor económico de un conjunto de servicios vinculados con el medio ambiente y demuestra que su deterioro es un resultado directo del proceso productivo. El paradigma de la *administración de recursos* aparece como un eslabón más, al afirmar que los recursos naturales son la base material del desarrollo actual y futuro. Para decirlo en términos muy actuales, la pérdida de biodiversidad hipoteca las posibilidades de crecimiento. En esta perspectiva, la creación de parques naturales, por ejemplo, permite constituir reservas de recursos genéticos, a la vez que ayuda a la regulación del clima. Más que querer imponer «tecnologías limpias», este paradigma introduce la noción de «quien contamina, paga», como una forma de incorporar los costos sociales del deterioro del medio ambiente a las lógicas económicas. De hecho, esta perspectiva propone incluir todos los tipos de capital (humano, financiero y de infraestructura), así como los recursos biofísicos, en las contabilidades nacionales, en las decisiones de inversión y en los cálculos de productividad, así como y sobre todo en las políticas de planificación y de desarrollo.

A estas tres perspectivas que solamente quieren hacer arreglos superficiales a la organización capitalista de la producción, se oponen dos concepciones bastante diferentes. El *ecodesarrollo* propone reestructurar las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, haciendo que las actividades humanas sean compatibles con los ecosistemas. El desarrollo pasa entonces a ser una forma de administrar estas nuevas relaciones entre el medio ambiente y la población. La visión de sistemas económicos cerrados da lugar a un análisis respecto a la economía biofísica, abierta. También se trata de prevenir la contaminación en sus diferentes formas y de

reorientar el desarrollo hacia una mayor integración de las políticas económicas, sociales y ecológicas. Finalmente, la *ecología profunda* subraya los aspectos espirituales y sociales de las relaciones con la naturaleza. Propone una democracia participativa, conjugada con igualdad social, libertad, ecología, feminismo, pacifismo y preservación de la vida «natural». Concibe a los seres humanos como parte integrante de la naturaleza e insiste en la necesidad de un autocontrol demográfico. También promueve la diversidad, tanto biológica como cultural, así como una economía que no solo esté orientada hacia el crecimiento, sino también hacia una mejor distribución de las riquezas, combinando el uso de tecnologías de bajo impacto ambiental y de tecnologías tradicionales. Se puede agregar a esta corriente la ecología radical o libertaria de Bookchin (1989) y la ecología feminista, corrientes que a su vez incluyen varias tendencias del Sur y del Norte¹⁵.

El debate en las instituciones internacionales se ubica principalmente entre la tercera y la cuarta concepción: lejos de cualquier visión ecofeminista, lo que el FMI y el Banco Mundial llaman «ecodesarrollo» o «desarrollo sostenible» es en realidad un programa de «mejor» administración de los recursos, así como lo explica la economista mexicana Laura Frade (1999). De hecho, se trata sobre todo de darle un nuevo respiro al capitalismo, bajo el nombre de «capitalismo verde». Por ejemplo, el FMI y el Banco Mundial promueven efectivamente «reservas naturales», a través del mecanismo del «cambio de deuda por naturaleza», entre otros. Sin embargo, al examinar estas políticas con más detenimiento, se observa que estas reservas, al pasar bajo el control de los países del Norte, toman la doble apariencia de un «jardín de Edén» preservado para desarrollar el «ecoturismo» (cuya demanda por parte de Occidente va creciendo), y de amplios «bancos de germoplasma» in situ, que las industrias agroalimentarias, farmacéuticas y militares estudian con mucho interés para patentar por cuenta propia la biodiversidad y extraer de esta la materia prima necesaria para

15 Véase por ejemplo Vásquez (1998); y sobre el ecofeminismo y sus contradicciones, en especial, Mies y Shiva (1998).

desarrollar en beneficio propio una serie de Organismos Genéticamente Modificados (OGM). El desarrollo de patentes sobre la vida, en especial sobre las semillas, tiene consecuencias directas para las mujeres. De hecho, al no tener recursos financieros suficientes para comprar sus semillas en el mercado, más que los varones son generalmente las campesinas quienes recurren a las semillas «caseras», que van seleccionando de sus propias cosechas año tras año e intercambian por fuera del circuito capitalista. De tal modo que son los conocimientos acumulados por las comunidades campesinas o indígenas, y muchas veces, por las mujeres de estas comunidades, los que están siendo así expropiados por las multinacionales (Shiva 1996). Y por otra parte, las mujeres tendrán cada vez más dificultades para comprar las nuevas semillas y tener acceso a los insumos, cada vez más costosos (Femmes et Changements 2002). Por otra parte, las «reservas» de biodiversidad están mayoritariamente ubicadas en territorios de poblaciones autóctonas. Cuando existen proyectos de desarrollo vinculados con las reservas, que asocian a la población local, generalmente a las mujeres se les deja de lado. Y la mayoría de las veces, las poblaciones locales se ven sencillamente expulsadas de la zona, lo que significa una serie de problemas especialmente graves para las mujeres, de quienes se sabe que generalmente son las más apegadas a su «hogar» o lo que así llaman¹⁶.

Dos ejemplos emblematizan la concepción del «desarrollo» típica del Banco Mundial para América Latina. Primero, el de la Reserva Integral de la Biósfera de Montes Azules (Ribma), en Chiapas, que constituye precisamente el corazón del levantamiento indígena neozapatista dado a conocer públicamente en 1994, precisamente cuando entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá. El Gobierno mexicano

¹⁶ No podemos aquí desarrollar este punto, pero el hecho es que, por su socialización —y no por naturaleza—, las mujeres son generalmente quienes más sufren a raíz de cualquier desplazamiento, porque son a la vez responsables de mantener el tejido social y familiar, y encargadas de la gestión de los recursos de proximidad; obligarlas a dejar su medio tiene entonces consecuencias más profundas para las mujeres que para los hombres.

había creado esta reserva en 1978, con el apoyo de las instituciones internacionales y de los Gobiernos occidentales. Esta región, conocida como «el desierto de los lacandones», se consideraba en aquel entonces como casi deshabitada, exceptuando, ciertamente, la población indígena lacandona, la que «entró en contacto» con la sociedad nacional tan solo en los años cuarenta, y unas cuantas empresas madereras que explotaban las maderas tropicales, haciendo uso de mano de obra indígena mantenida en situación cercana a la esclavitud¹⁷. Simultáneamente, el Gobierno utilizó la zona por mucho tiempo como «válvula de escape», mandando centenares de familias campesinas sin tierra del resto del país, con la promesa de obtener tierras. Durante los ochenta, también fue zona de refugio para centenares de familias campesinas indígenas que escaparon de la servidumbre por deudas, que vivían en los latifundios de la región y fundaron en la Selva Lacandona comunidades «libres» con la esperanza de una vida mejor (Leyva y Franco 1996), de igual forma como lo hicieron en la misma época ciertas poblaciones indígenas del vecino Guatemala, hacia las regiones «desiertas » del Petén, del otro lado de la frontera (Le Bot 2003). En este periodo, primero de forma clandestina y luego, públicamente, a partir de 1994, parte de la Selva Lacandona sirvió de base al desarrollo del movimiento zapatista. Se trata de una zona de selva tropical húmeda de inmensa riqueza genética, y además llena de petróleo de la mejor calidad (*arabian light*). Con estos datos en mente, es que se debe analizar la instalación del ejército federal y la apertura, después de muchos años, de una carretera que bordea la frontera con Guatemala, y también reflexionar sobre la nueva insistencia gubernamental e internacional (especialmente desde el Banco Mundial y la AID) en torno a la «protección de la reserva». Por un lado, se trata obviamente de una medida contrainsurgente para cercar al ejército zapatista. Por otro, la carretera es muy útil para la futura explotación petrolera¹⁸, el acceso a la «biodiversidad»

17 Una versión literaria de las condiciones de trabajo en esta región desde el comienzo del siglo xx la ofrece el famoso escritor y revolucionario B. Traven (2004).

18 La privatización de la compañía Petróleos Mexicanos (Pemex) provoca

y para el desarrollo del turismo «verde» y arqueológico, presentado como una respuesta a la miseria de la región. Durante estos últimos años, el Gobierno ha estado intentando expulsar a las poblaciones indígenas instaladas dentro de la reserva, acusándolas de cortar árboles, aunque la razón verdadera es que mucha gente es zapatista y se opone a estos proyectos de «valorización» de la Selva (Tranjera 2002).

El segundo ejemplo tiene que ver con el conjunto de la región mesoamericana, sacudida por varios movimientos revolucionarios desde los años ochenta: se trata del Plan Puebla Panamá —en adelante, PPP—. Aunque su aplicación haya sido retrasada por una fuerte resistencia popular, este megaproyecto de «desarrollo» para el sur de México y Centroamérica, promovido por los Estados Unidos y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), entre otros, es muy ilustrativo¹⁹. Lanzado en toda la región en la primavera 2001, el PPP se articula con el Plan Colombia, extendido y ampliado recientemente en Plan Andino, que tiene los mismos padrinos y que combina un eje antidroga, un eje militar y un eje de «desarrollo». La meta oficial del PPP es reducir la pobreza, ofreciéndole trabajo a la población de los seis Estados «subdesarrollados» del sur de México y de Centroamérica (Moro 2002). Se trata en realidad de controlar toda la región, fundamentalmente indígena y campesina, que constituye una inmensa reserva de biodiversidad, de tierras fértiles y de agua, riqueza especialmente importante para quienes prevén dentro de unos años una sequía sin precedentes en el sur de Estados Unidos y al norte de México. Desde hace algunos años, el Banco Mundial financia un amplio programa de investigación sobre las poblaciones indígenas de la zona, que incluye el uso tradicional de las plantas de la región. Algunas personas incluso están preocupadas por el hecho de que la población indígena «es genéticamente muy interesante para la investigación, dado que su genoma es muy puro. Cualquier laboratorio puede llegar y realizar una serie de acti-

muchos apetitos, siendo la compañía francesa Elf una de las interesadas.

¹⁹ Puede verse, entre otros: Coordinadora regional de los Altos de la sociedad civil en resistencia (2001) y Morita (2001).

vidades, oficialmente para brindarles una mejor cobertura de salud, y llevarse su genoma para reproducirlo o patentarlo.» (Avilés 2002). El PPP también prevé la construcción de una densa red de infraestructuras de transporte (autopistas, vías férreas y puertos), y de ser posible, el famoso «canal seco», destinado a sustituir el canal de Panamá para transportar rápidamente las mercancías hacia el continente asiático, principal mercado del siglo XXI. Simultáneamente, dichas mercancías podrían ser producidas a bajo costo en la misma región, donde el Plan prevé la implantación de una nueva franja de «zonas francas» y maquiladoras, que permitiría mantener en su lugar a la población local para evitar su migración hacia el Norte. Finalmente, el turismo de la «ruta Maya» ya empezó a tomar auge, aunque la zona no esté aún plenamente «pacificada».

***Políticas de población: ¿quién controla
la fecundidad de las mujeres?***

Hemos visto que, desde hace tiempo, la ONU se propone ayudar a las mujeres en su lucha para el acceso a la educación y en el control de su fecundidad —todas las investigaciones empíricas lo han comprobado: mientras más escolarizadas las mujeres, menos hijas/os tienen—. Examinemos más detenidamente la historia de tanta solicitud.

El Consejo de población, creado en 1950 por el millonario Rockefeller, fue uno de los primeros en forjar el concepto de «sobrepoblación» y en presentarlo como una amenaza para el desarrollo, concepto que fue retomado desde 1962 por la ONU, que lo declaró «problema mundial número uno». En 1969, el presidente del Banco Mundial, Mc Namara²⁰ sugirió centralizar las políticas

²⁰ Robert Mc Namara, expresidente de la Ford Motor Company, pasa a ser secretario de Defensa de Kennedy, en 1961, y luego presidente del Banco Mundial, en 1968. Para reestructurar esta institución, introdujo obligaciones del Banco Mundial sobre el mercado internacional, lo que provocó un aumento considerable de las reservas monetarias del Banco. A la vez, modificó el sistema de remuneración de las/los empleadas/os del Banco, basando dicha remuneración en la cantidad de fondos que cada quien lograba prestar a los Gobiernos del Tercer Mundo.

de población de la ONU: apareció entonces el FNUAP (Ströbl [1991] 1994). En 1972, el Informe Bruntland dejaba entender que el aumento de la población mundial producía necesariamente un impacto negativo sobre el medio ambiente. En 1973, George Bush (padre), entonces representante de los Estados Unidos ante la ONU, declaraba: «Hoy, ya no se puede decir que el problema del crecimiento de la población sea una cuestión privada. Requiere de la atención de los dirigentes nacionales e internacionales.» (Hume 1993). A iniciativa de los países industrializados, la ONU organizó su Primera Conferencia Mundial sobre Población en 1974, en Bucarest. En 1975, la Conferencia de México sobre la Mujer no olvidó evidenciar un vínculo entre la escolarización de las mujeres, sus prácticas matrimoniales y sus comportamientos de fecundidad²¹. Y mientras que en Bucarest, la mayoría de los países del Sur se oponían a los planes de la ONU, considerándolos como un reflejo de los intereses del imperialismo norteamericano, en 1984, durante la Segunda Conferencia de la ONU sobre población, en México, ya casi todos se habían convencido de la necesidad de reducir su crecimiento demográfico (Más allá de Pekín 1994). Como hemos visto, en su siguiente conferencia de 1994, en El Cairo, la ONU incluso consiguió presentarse como el gran aliado de las mujeres frente a los integrismos católico, protestante y musulmán, defendiendo su acceso a la anticoncepción. Pero... ¿se trata realmente de «liberar» a las mujeres, o más bien de limitar su «peligrosa» fecundidad?

Al examinar más de cerca la generosa preocupación de la ONU hacia las mujeres, ampliamente respaldada por el FMI y el Banco Mundial, dicha generosidad cambia de rostro. Efectivamente, la noción ambigua de «sobrepoblación», fuertemente criticada por las feministas del Sur, esconde una teoría racista, sexista y profundamente perversa, que presenta a las mujeres latinas, indígenas, negras, árabes y asiáticas como «demasiado prolíficas» y por lo tanto culpables de su propia pobreza, responsables del hambre en

21 Una de las condiciones impuestas por Estados Unidos para firmar con México el TLC era precisamente la reducción de la fecundidad de las mexicanas.

el mundo y de la presión sobre el medio ambiente. La feminista alemana Ingrid Ströbl, quien pagó con cárcel sus análisis, denunció con vigor las políticas internacionales de población en cuanto «selección» eugenista²² que pasa en primer lugar por el estricto control de los cuerpos de las mujeres autorizadas o no a reproducirse²³. Aunque haya sido ampliamente demostrado que el principal problema medioambiental del planeta se enraiza en los esquemas de producción y de consumo de los países del Norte, quienes con 20% de la población mundial, consumen 85% de los recursos y producen 80% de los desechos contaminantes, como lo subraya la ecofeminista Maria Mies (Mies y Shiva 1998), de hecho, más que de eliminar la pobreza, parecería que se trata de eliminar a las y los pobres —por lo cual las políticas de control de la fecundidad de las mujeres constituyen una cuestión central—.

Pero, ¿de dónde provienen estas políticas? Ciertamente, el movimiento feminista, que en el mundo entero ha convertido en una de sus prioridades el acceso de las mujeres al control de su propia fecundidad, puede sentirse de alguna manera respaldado por instancias como el FNUAP, quien ha retomado parte de sus análisis. Sin embargo, una instancia clave al respecto es la AID. Las (auto)atribuciones de la AID, en lo que a anticoncepción se refiere, son inmensas (AID 1990). Primero, la AID financia la investigación internacional sobre anticoncepción, concentrándose en los

22 El eugenismo consiste en querer interferir en la procreación humana para «mejorar» el «producto». Significa por ejemplo prohibir la procreación a ciertas personas, favorecer u obligar a otras a tener mucha descendencia, y decidir sobre la vida o muerte de fetos o bebés, según criterios de «calidad» (salud, «belleza», «raza», sexo, etc.).

23 Ingrid Ströbl fue encarcelada por ser supuestamente integrante del grupo feminista alemán Rote Zora, que reivindicó varios atentados contra multinacionales farmacéuticas y de turismo sexual. Fue liberada finalmente por falta total de pruebas. Su uso del término «selección» evoca la «selección» practicada por los nazis cuando llegaban los trenes de población judía a los campos de exterminación, o diariamente cuando «revisaban» la población de los campos. Se «seleccionaba» a las personas que serían conducidas de una vez a las cámaras de gas, y las que tendrían que trabajar aún, antes de ser asesinadas. Véase Ströbl ([1991] 1994).

anticonceptivos baratos y de largo plazo, destinados a contener la fecundidad de las mujeres pobres del Sur, desde el Norplant que dura cinco años, hasta la «vacuna anticonceptiva», que sería permanente y equivaldría a la esterilización mecánica²⁴. En segundo lugar, la AID financia la traducción y la publicación en decenas de idiomas de los resultados de sus experimentos, en «tamaño real», sobre las mujeres del Sur, y la distribución de dichas publicaciones, en especial a quienes deciden sobre la política demográfica, como los Gobiernos. La AID también promueve la formación de unidades de investigación demográficas en cada país, dando las computadoras, los programas informáticos y la capacitación adecuada en estadísticas demográficas. Por otra parte, la AID centraliza los pedidos de anticonceptivos a escala nacional y a veces regional; incluso ha encargado la cuestión de su transporte y almacenamiento a una empresa llamada «Matrix Internacional». Finalmente, la AID capacita el personal de salud pública en muchos países y le provee los anticonceptivos que considera adecuados para que los difunda entre las mujeres. A veces, además, la AID surte a las farmacias privadas, como por ejemplo en El Salvador, donde prácticamente existe solo una marca de anticonceptivos hormonales. De tal suerte que en lo que a anticonceptivos se refiere, la única cosa de la que la AID no se encarga, es de la producción, la cual es mayoritariamente realizada por laboratorios norteamericanos y europeos.

Sin embargo, las actuaciones concretas de la AID en el continente latinoamericano y en el Caribe han sido denunciadas en varias ocasiones²⁵. A menudo acusada de ser una suerte de cobertura de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en una región en la que la influencia norteamericana muchas veces tomó rasgos bastante brutales, la AID también ha sido denunciada numerosas veces por fomentar la esterilización de las mujeres por medio de engaño, y en especial de las mujeres negras e indígenas. Sin embargo, el punto

24 Recordemos que la esterilización no es ningún método anticonceptivo, sino una práctica definitiva y por tanto se inscribe en otro nivel —sobre todo cuando es forzada o realizada sin el consentimiento plenamente informado de la persona—.

25 Sobre El Salvador, véanse por ejemplo Cuenca (1992) y Rosa (1993).

más impactante de todo esto es que haya sido precisamente la AID la agencia encargada por la ONU para coordinar los preparativos del Foro de las ONG de la Conferencia de Pekín para la región latinoamericana y del Caribe. Ya habiendo empezado los preparativos de Pekín, en noviembre de 1993, durante el Sexto Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, dos feministas de Brasil dieron a conocer públicamente su indignación frente a tal intromisión de la AID en su movimiento (Falquet 1994). Se trata precisamente de uno de los detonadores de la ya mencionada polémica sobre la institucionalización que atraviesa el movimiento feminista de la región desde los años noventa²⁶.

La trampa del «microcrédito»

Para finalizar, el considerable desarrollo de las políticas de microcréditos para las mujeres termina de ilustrar la colusión entre los intereses privados, el FMI, el Banco Mundial, la ONU y la AID. Esta política se enmarca en la «lucha contra la pobreza», la cual, en su forma discursiva, se volvió una verdadera cruzada moral... James Wolfensohn, el muy cristiano director del Banco Mundial entre 1995 y 2005, declaraba que cada día iba a su oficina «pensando que estaba haciendo el trabajo de Dios»²⁷. De hecho, muchas organizaciones feministas luchan para desarrollar estos microcréditos. Sin embargo, como vamos a ver, se trata de una trampa.

Si bien el mecanismo de la deuda ha sido ampliamente denunciado como un factor que agrava las desigualdades Norte-Sur, las políticas de microcréditos para las mujeres siguen provocando un marcado entusiasmo. Sin embargo, se trata tan solo del derecho (o del deber) que tienen las mujeres a endeudarse, a la vez que de una manera de incorporar en los circuitos bancarios del Norte los

²⁶ Obviamente, existen otros debates y líneas divisorias en el movimiento feminista de la región. Para un análisis del periodo comprendido entre el I y el V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, véase, por ejemplo, la interesante síntesis de Saporta Sternbach et ál. (1992).

²⁷ James D. Wolfensohn, citado por Sarah Anderson (2001, 63), directora del programa de economía mundial del Institute for Policy Studies de Washington. Sarah Anderson es citada a su vez por Bruno Lautier (2001, 169).

inmensos «yacimientos de ahorro» del Sur, a menudo en manos de mujeres. Se trata de «movilizar este ahorro, de hacerlo servir para financiar la economía, de orientarlo hacia los proyectos [...] más rentables» (Lelart y Lespes 1985).

Nos apoyaremos aquí en el apasionante trabajo de la feminista belga Hedwige Peemans Pouillet sobre el Grameen Bank, fundado en 1983 en Bangladesh por Mohammad Yunus, profesor de economía diplomado en Estados Unidos, y que constituye el principal modelo de las iniciativas de microcrédito para las mujeres. Ella explica de qué manera

el proyecto de lucha en contra del «empobrecimiento», endeudando a todos los pobres (lo que en la traducción del lenguaje de los bancos significa: dándoles acceso al crédito) ha sido objeto de una promoción jamás vista. Además de la ayuda brindada desde el principio por el Banco Central de Bangladesh, Yunus pudo contar, en 1981-1982, con un fondo de 800.000 dólares atribuido por la Fundación Ford, y con 3,4 millones de dólares dados por el FIDA. Ahora bien, el apoyo ideológico es aún más importante. El presidente Clinton opina que habría que dar el premio Nobel al fundador del Grameen Bank. Ganó en Bélgica (en 1993) el Premio Internacional del Rey Baudouin para el desarrollo, ganó la más alta distinción de la Unesco, y ha recibido distinciones de muchos otros organismos [...] [El presidente Clinton] anunció que el gobierno norteamericano se comprometía a apoyarlo, entre otros, a través de la USAID. [...] El Banco Mundial y el FMI apoyan activamente todas las iniciativas del tipo del Grameen Bank. (Peemans 2000, 61)

ONU, FMI, Banco Mundial y AID: volvemos a encontrar aquí a todos los «benefactores» de las mujeres, unidos detrás de Washington, en donde tuvo lugar, en 1997, la Cumbre del microcrédito, encabezada por Hillary Clinton, entre otros.

Peemans Pouillet explica a continuación que las instituciones internacionales llevaban un buen tiempo preparándose en lo que a microcréditos se refiere, apuntando especialmente a las organizaciones de mujeres: la ONU había inscrito este tema para la Tercera Conferencia Mundial sobre las Mujeres en 1985, en Nairobi. El

Instituto Nacional de Investigación y Capacitación de Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (INSTRAW) empezó, posteriormente, a dar a conocer los resultados de investigaciones y a organizar seminarios sobre el tema. En 1989, el Banco Mundial creaba a su vez un grupo de trabajo sobre mujeres y crédito. Finalmente, buena parte del informe preparatorio del PNUD para la Conferencia de Pekín denunciaba las desigualdades y discriminaciones hacia las mujeres, afirmando que si las mujeres seguían siendo pobres, era porque no tenían suficiente acceso al crédito. De tal suerte que después de Pekín, el escándalo mayor ya no era el *empobrecimiento* específico de las mujeres por causa del ajuste estructural, sino el hecho que unas costumbres sexistas o unas exigencias burocráticas inadaptadas impedían a las mujeres pobres tener acceso al crédito.

Siguiendo el análisis de Peemans Poulet, hay que resaltar, primero, que en muchos países las mujeres organizan entre ellas toda clase de formas de préstamo y no son, por tanto, ningunas víctimas pasivas que esperan a ser salvadas por los bancos. Luego, si no está comprobado que las mujeres se enriquezcan gracias al microcrédito, está claro en cambio que en Bangladesh por ejemplo, mientras que las mujeres de base e incluso las presidentas de los grupos de crédito son voluntarias, la mayoría de las 11.000 personas empleadas y sobre todo en los niveles de más alta jerarquía, de la Grameen Bank, son varones. En cuanto a los intereses de los préstamos exigidos por la Grameen Bank, pueden alcanzar hasta el 20%, es decir, superiores a los que piden los bancos clásicos y bastante superiores a la tasa cero que generalmente se usa para la circulación monetaria informal en la mayoría de los sistemas tradicionales, tales como las *tontinas*²⁸ por ejemplo. De hecho, precisamente, una de las metas principales de las iniciativas del tipo del

²⁸ Las tontinas son un mecanismo de ahorro y crédito sin interés, típicamente africano pero que existe en muchas partes bajo varias denominaciones, y a menudo en manos de mujeres. Un grupo de personas de confianza se reúnen cada X tiempo y aportan determinada cantidad de dinero. Cada vez, generalmente por turno, una persona se lleva todo el dinero, disponiendo así de una suma consecuente que talvez, sola, no hubiera podido ahorrar.

Grameen Bank es captar para el mercado capitalista el inmenso «tesoro escondido» que constituyen dichos sistemas económicos tradicionales, los cuales descansan ampliamente en las mujeres.

Peemans Pouillet también evoca las condiciones de atribución de dichos créditos, que a veces implican obligaciones bastante penosas, como por ejemplo repetir los dieciséis lemas del Banco:

Disciplina, unidad, valor, trabajo, son las bases de nuestra vida. [...] Haremos todo lo posible para tener una familia pequeña. Gastaremos poco, cuidaremos de nuestra salud. Cuidaremos de la limpieza de nuestros hijos y del medio ambiente. Construiremos y usaremos letrinas... (Peemans 2000, 65)

Obviamente, no todos los programas de microcréditos son tan chocantes. Sin embargo, la angustia de tener que reponer la deuda por todos los medios solo empeora las cargas materiales y morales múltiples que ya pesan sobre las mujeres.

De otro lado, estudios de caso más detallados demuestran que la cuestión del dinero no siempre es el obstáculo principal para que las mujeres puedan trabajar y obtener ingresos. Un interesante trabajo de Penelope Roberts ([1988] 2001) sobre las mujeres rurales de África del Oeste demuestra que el principal problema para las pequeñas empresas femeninas son las reglas sociales que les impiden tener acceso a suficiente mano de obra. Reducir todas las dificultades económicas de las mujeres a problemas puramente económicos es, pues, un tramposo atajo.

Peemans Pouillet nos recuerda por otra parte que los sistemas de protección social europeos se construyeron a partir del siglo XIX con base en modelos mutualistas, los cuales, de forma parecida a los actuales sistemas tradicionales del Sur, no implican ahorro individual ni tasas de interés. El proyecto de Yunus, exactamente inverso, ataca directamente a la protección social, por medio del crédito con tasa de interés:

Con base en un estudio hecho sobre la gente que pide dinero prestado, si el 25% de la gente sigue siendo pobre, es por razones de salud. Por esta razón, Yunus lanzó seguros de salud, de jubilación, de educación... [...] Yunus quiere reemplazar la protección social

por mecanismos de mercado. Para lograr esto, tomó como blanco a las mujeres pobres de los países más pobres. (Peemans 2000, 64)

Peemans Pouillet subraya que Yunus tiene en la mira —y goza de excelentes condiciones para llevar a cabo su proyecto— las operaciones de privatización de los bienes y servicios en Bangladesh, y de las telecomunicaciones, entre otros. También es un notable empresario en el campo de la piscicultura, que emplea principalmente a mujeres y niñas/os. La piscicultura en piscinas artificiales ha sido muy criticada por los grupos ambientalistas, ya que a menudo lleva a la salinización de los suelos y a la destrucción de los manglares que protegen las regiones costeras —el tsunami destruyó especialmente las costas asiáticas donde estas zonas protectoras habían sido destruidas—.

Peemans Pouillet concluye con meridiana claridad:

Hace algunos años, la problemática del empobrecimiento de las mujeres era una cuestión central para las feministas, mientras que las mujeres despertaban poco interés entre las ONG. Hoy en día, muchas ONG se preocupan por las mujeres, pero la pobreza de esas mujeres no está siendo analizada como un proceso, es decir, como el resultado de relaciones de género y de una relación capital/trabajo. [...] Los operadores de microcréditos presentan la pobreza de las mujeres como un «estado natural», y su propia intervención como un puente hacia un «estado de cultura» en donde las mujeres, que continuamente hay que «controlar, formar, iniciar», tendrían por fin alguna influencia sobre sus propias vidas. En realidad, la situación es exactamente inversa. Los países en desarrollo y las mujeres populares de esos países se empobrecen con los programas de ajuste estructural y el salvajismo de la globalización. Ahora se supone que ellas deben pagar, incluso endeudándose, por bienes de los cuales disponían «naturalmente», o por servicios que eran o deberían estar disponibles gratuitamente para el conjunto de la población. (Peemans 2000, 65)

Por ejemplo, en vez de abrir hospitales gratuitos, los Gobiernos prefieren privatizar el sistema de salud y prestar a las mujeres

cantidades microscópicas de dinero para montar proyectos «productivos» que son barridos en la primera crisis, pero que supuestamente les permiten sacar un dinerito... que gastan inmediatamente en medicina para sus familias. Este mecanismo lleva las mujeres a realizar más trabajo, a la vez que las empobrece de forma casi sistemática, mientras que las clínicas y los laboratorios farmacéuticos prosperan proporcionalmente.



Así, podemos ver que detrás de la meta aparente de «ayudar» a las mujeres, las más empobrecidas por el modelo de desarrollo dominante, el microcrédito, presentado como panacea por el FMI, el Banco Mundial y la ONU, no solo no produce los beneficios anunciados para las mujeres, sino que empeora su situación y permite el reforzamiento del modelo neoliberal que tanto daño les hace. El microendeudamiento de las mujeres permite, por así decir, matar dos pájaros de un tiro: le permite al Norte seguir enriqueciéndose a costa del Sur, a la vez que empeora la situación de las mujeres y contribuye a borrar los orígenes reales de su opresión-explotación. Por medio de un verdadero fenómeno de «inversión generalizada de sentido», todas las realidades se deforman y revierten: los hambreadores se vuelven redentores de la humanidad y las armas del sistema neoliberal, racista y patriarcal se presentan como manos extendidas hacia las mujeres empobrecidas del Sur.

Vistas así las cosas, no se puede considerar que la acción de las instituciones internacionales sea una victoria del movimiento feminista, el cual hubiera conseguido llevar su causa a las arenas internacionales, ni tampoco que esta acción haya constituido una «red de protección» que compense, aunque sea parcialmente, los desastres causados por las políticas neoliberales impuestas por el FMI, el Banco Mundial, los Gobiernos del Norte y las multinacionales. Al exacto opuesto de la imagen que consiguieron forjarse, las instituciones internacionales no son un actor benévolo o neutro de la globalización. Al contrario, están íntimamente vinculadas con

los Gobiernos del Norte y con los intereses de las multinacionales. Así como lo explica Silvia Federici:

Millones de personas [de mujeres], en África, Asia y América Latina, no se habrían vuelto dependientes de la economía mundial para su supervivencia, si no hubieran perdido todo sus medios de subsistencia a raíz de una guerra o de un ajuste estructural. (Federici 2002, 47)

Las políticas aplicadas por las instituciones internacionales y sus estrategias tienen como meta acompañar activamente, por medio de la persuasión, la extensión de la globalización neoliberal. Es más, tales estrategias de persuasión, al dirigirse especialmente a las mujeres y a sus movimientos, sobre todo a sus tendencias más contestatarias, constituyen la pieza maestra del dispositivo. En efecto, con la promesa de volver el «desarrollo» «sostenible» y «con perspectiva de género», su objetivo es incorporar a las mujeres y al movimiento feminista al proceso, es decir, ponerlas «al servicio» de la globalización. Esto es lo que Federici (2002), en pocas pero muy certeras palabras, ha descrito como la creación de un pequeño capitalismo popular sostenido básicamente por las mujeres. De tal suerte que las instituciones internacionales se arropan en la legitimidad moral del movimiento de mujeres, y sobre todo, aprovechan la energía de las mujeres, que de tanto haber sido invisibilizada, hoy parece inagotable. Tal como escribe Bruno Lautier (2006) de forma un poco diferente, la bomba «aspiradora-expulsora» del capitalismo consume así sus últimos recursos y canibaliza sus últimas víctimas para compensar el fin de las energías fósiles y el agotamiento de las fuerzas de producción clásicas.

Conseguir darles a las «víctimas» la impresión que todo esto les beneficia, e incluso que se trata de una victoria suya, es una hazaña que fuerza el respeto. Veremos a continuación como la batalla de los conceptos y de las cifras es clave para tal fin.

CAPÍTULO IV

Disección de un consenso programado para el fracaso: cifras, conceptos y estrategias del «desarrollo» neoliberal*

A todas las «beneficiarias» de los proyectos de «desarrollo»

APROVECHANDO LA GENUINA Y legítima voluntad que tienen las mujeres de participar en la definición y en la puesta en práctica de un desarrollo verdadero, las instituciones internacionales han elaborado una amplia estrategia de recuperación e instrumentalización de los movimientos feminista y de mujeres. Es necesario repetir que este fenómeno no es unívoco: las mujeres, las feministas, las ONG del desarrollo y las muy numerosas especialistas de género que batallan desde hace cuarenta años para que las mujeres sean tomadas en cuenta en el desarrollo no son todas ingenuas ni cómplices de esta instrumentalización. Por el contrario, muchas de ellas actúan con sinceridad, eficacia y con una asombrosa perseverancia. Sus luchas han modificado realmente el curso de los acontecimientos: sin su intervención, los reglamentos nacionales e internacionales, las políticas públicas y los proyectos de desarrollo

* Este capítulo fue publicado, en una forma ligeramente diferente, en Falquet (2003c).

serían probablemente aún más desfavorables para las mujeres². Dependiendo de la situación de cada continente y de las realidades locales, el hecho de apoyarse en las instituciones internacionales permitió oponerse a Gobiernos recalcitrantes o legitimar socialmente ciertas reivindicaciones —y esto es verdad tanto para África como para Francia o El Salvador—.

Los efectos negativos del «desarrollo» son, sin embargo, considerables. Intentaré mostrar aquí que no son el azar, la falta de tiempo o la mala suerte, sino justamente los límites intrínsecos a los paradigmas del «desarrollo», los que han impedido una transformación real y aun más, una verdadera transformación. Más concretamente, analizaré aquí las grandes campañas internacionales «a favor de las mujeres», lanzadas en la Conferencia de Pekín, en 1995, en particular el «*mainstreaming* de género» ('la integración en la «corriente principal»'), el empoderamiento y los microcréditos para las mujeres, así como los más recientes conceptos de «lucha contra la pobreza», contra la corrupción y por la «buena gobernanza». Demostraré que, si bien parecieron conquistas, estas campañas son en realidad la cobertura de un fracaso programado y un sutil medio para profundizar exitosamente la globalización neoliberal. En efecto, la batalla de las cifras y los conceptos, aunque se libra a la sordina, tiene un papel crucial en la instalación y el mantenimiento de la hegemonía del neoliberalismo.

Analizaré, primero, los orígenes y los fundamentos ideológicos del *mainstreaming* y del empoderamiento recetados a las mujeres. Luego, presentaré algunos indicadores del desarrollo y subrayaré ciertos avances en la consideración del «género», así como los vacíos que persisten en este campo. Finalmente, abordaré las implicaciones que tienen la lucha contra la pobreza y la corrupción, ambos caballos de batalla del Banco Mundial, y pondré de re-

2 Existe una abundante bibliografía, en inglés, sobre el tema. En francés, las obras dirigidas por Jeanne Bisilliat, Christine Verschuur y Fenneke Reysoo son una buena introducción a la complejidad de los debates y de las acciones realizadas en el terreno del «género y desarrollo». Véanse Jeanne Bisilliat y Christine Verschuur (2000, 2001). Además, Christine Verschuur y Fenneke Reysoo (2002, 2003, 2005).

lieve los efectos de la «participación» de la «sociedad civil» en el «desarrollo».

Orígenes y lógicas del empoderamiento y del *mainstreaming*

Aunque sus orígenes sean más antiguos, los conceptos de empoderamiento y de *mainstreaming* —como la ola del «micro-crédito» para las mujeres que expliqué en el capítulo III— recibieron su verdadera consagración en 1995, durante la Conferencia de Pekín sobre «La Mujer», organizada por la ONU. Los resultados de esta conferencia y la adopción de estos «paradigmas» fueron celebrados, a la vez, como una victoria del movimiento feminista y como un avance considerable para las mujeres. Sin embargo, en ambos casos, la realidad es más compleja.

Efectivamente, con relación al movimiento feminista, la Conferencia de Pekín no fue el resultado de un proceso autónomo del movimiento feminista. Por el contrario, como se ha visto, todo el evento fue organizado por la ONU, una institución muy mayoritariamente dirigida por hombres que, sin lugar a dudas, no pertenecen al movimiento feminista. Indudablemente, numerosas feministas batallaron con firmeza en esta conferencia para hacer escuchar sus propuestas. De hecho, la ONU había organizado esta conferencia como la culminación de un proceso «participativo», con el fin de fomentar un acercamiento entre feministas, ONG de mujeres, ONG mixtas e instancias gubernamentales ad hoc, en cada país. Ahora bien, al parecer, muchas de las feministas presentes en Pekín no tenían ningún mandato colectivo del movimiento feminista de su país, sino tan solo el de sus ONG y de sus redes³. Aún más, en algunos países, los temas de la conferencia y los

3 Esta noción de «mandato» es, por otro lado, históricamente extraña al feminismo. La cuestión de la representatividad y de los mecanismos de toma de decisión en el movimiento feminista —como en muchos otros— merecería una discusión mucho más larga. Sin embargo, después del VII Encuentro Feminista Continental en 1996, en Chile, quedó claro que las ONG y las diversas redes existentes no representan al conjunto del movimiento latinoamericano y caribeño (véase Falquet 1998a).

mecanismos de participación fueron criticados por estar muy alejados de los problemas concretos de las mujeres y las prioridades del movimiento feminista local (Más allá de Pekín 1994). El caso de América Latina es paradigmático, como lo vimos en el capítulo anterior, ya que desde el VI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe de 1993 en El Salvador, una corriente «autónoma» denunciaba la intromisión de la AID en la preparación del Foro de las ONG. En síntesis, no podemos decir que la Conferencia de Pekín sea una de las acciones propias del movimiento. Ahora bien, hecha esta aclaración, examinemos los resultados que produjo para las mujeres: empoderamiento, *mainstreaming* y microcréditos.

Empoderamiento: ¿de qué poder hablamos?

En su párrafo 13, la Declaración de Pekín presenta el empoderamiento de las mujeres como una estrategia clave del desarrollo:

El empoderamiento de las mujeres y su plena participación en condiciones de igualdad en todas las esferas de la sociedad, incluyendo la participación en los procesos de decisión y el acceso al poder, son fundamentales para el logro de la igualdad, el desarrollo y la paz. (Declaración de Pekín 1995)

Sin embargo, el término empoderamiento (‘tomar/recibir/ganar poder’) es utilizado de forma tan general que a menudo pierde sentido. Es más, no existe ningún consenso claro acerca de su significado.

Las primeras referencias al empoderamiento se encuentran en las luchas radicales del movimiento negro estadounidense de los años sesenta, con el *Black Power*, y en el trabajo comunitario de «concientización» inspirado por Paulo Freire en Brasil, y posteriormente en muchos países del Sur (Madrigal et ál., 2000). La noción, que aparece junto con el empuje del «feminismo de los sectores populares» de los años ochenta⁴, ha sido reapropiada y reinterpretada por algunas ONG y redes latinoamericanas y caribeñas. Según otra

⁴ Para una presentación en francés de las corrientes del feminismo latinoamericano y del Caribe, véase principalmente Falquet (1997a, 1998a).

exponente del empoderamiento, Naila Kabeer, la palabra refleja la capacidad y la voluntad de las excluidas y los excluidos de definir, «desde la base», las prioridades del desarrollo (Kabeer 1994). De este modo, constituiría incluso un aporte significativo de las «feministas del Sur» —y la red Alternativas para el Desarrollo con las Mujeres para una Nueva era (en adelante, DAWN) sería un ejemplo particularmente significativo de esto— (Madrigal et ál., 2000). Sin embargo, para matizar tal carácter específicamente feminista y del Sur, es necesario recordar que el proyecto DAWN fue concebido en Bangalore (India), en agosto de 1984, y que

[...] una serie de debates tuvo lugar en el Foro de las ONG de la Conferencia de la ONU por el Decenio de las Mujeres (Nairobi, julio de 1985). [...] El financiamiento fue otorgado por la *Fundación Ford*. El lugar de trabajo y la infraestructura fueron ofrecidos por el *Population Council* [institución de la ONU]. (DAWN [1985] 1992, 14)⁵

Lo que significa que las instituciones internacionales y las fundaciones donantes algo tienen que ver con la creación de esta red.

En su sentido actual, el empoderamiento se opone más a los análisis que presentan a las mujeres como estando en situación de «no poder», los cuales son considerados como demasiado estáticos y victimistas, para focalizar su atención en las luchas de resistencia, de subversión y de transformación progresiva de la situación actual. Concretamente, el empoderamiento de las mujeres se lograría cuando ellas obtengan un mejor control sobre los recursos materiales y no materiales. El empoderamiento elevaría, a la vez, su «autoestima». El poder que estas mujeres ganarían sería un poder «diferente», un «poder-capacidad» o un «poder hacer». Ahora bien, esta perspectiva presenta, de entrada, dos dificultades: la primera, la idea de poder que la fundamenta; la segunda, más prosaicamente, el asunto relativo al acceso a los recursos materiales.

En efecto, este concepto supone que el poder es algo que puede multiplicarse y compartirse sin mayor dificultad, y no una relación de fuerzas que se ejerce necesariamente en detrimento de

5 Las cursivas son mías.

alguien. Dicho de otro modo, no se trata de un poder entendido como «juego de suma cero» (si yo gano, tú pierdes), como lo analizaban Marx o Weber, sino de un poder que podría describirse con Foucault como un «juego de suma positiva» (igualmente llamado «ganador-ganador») (López 2000). Este deslizamiento generalizado hacia unas concepciones foucaultianas y posmodernas, que se observa en parte del feminismo, se combina aquí con una suerte de naturalismo idealista que supone que las mujeres hacen, necesariamente, un «buen uso» (femenino y, por lo tanto, altruista y bienhechor) del poder. Ahora bien, los ejemplos de Margaret Thatcher en Gran Bretaña o de las soldadas estadounidenses torturando a prisioneros de guerra en Abu Ghraib (Iraq) han mostrado de sobra que las cosas no son tan simples. Por lo demás, queda por demostrar que la noción de poder en que descansa el empoderamiento corresponde verdaderamente a una realidad empírica —¿será realmente posible una repartición más equitativa del poder y de los recursos, sin modificar la posición de las y los sectores dominantes?—. Es posible que sea el caso en algunos campos, pero no en otros, donde las resistencias son manifiestas, y esto es precisamente lo que se constata en el plano material: parece difícil que las mujeres logren obtener una parte mayor de los recursos y de las riquezas, manteniendo «las cosas tal cual son». La brutal oposición que muchos hombres manifiestan cuando se trata de contratar a las mujeres en las mismas condiciones que ellos o de autorizarles un acceso pleno a la herencia, por ejemplo, son indicios muy claros de esta dificultad.

Es por esta razón que el empoderamiento, tal y como ha sido preconizado, no se parece a una toma de poder colectiva por parte de las mujeres —presentada cada vez más como algo obsoleto⁶— sino que a una concesión desde arriba de ciertas parcelas de poder. Para convencerse de ello, es suficiente ver cómo mide el empoderamiento el PNUD —una institución que, por lo demás, lo impulsa insistentemente—. En efecto, su «Índice de Potenciación de Género» (IPG),

6 Véase, por ejemplo, James (1999).

me dos, y solo dos, datos particularmente cuestionables: la proporción de mujeres parlamentarias y la proporción de mujeres «profesionales» y especialistas. La primera reduce el poder a su simple expresión parlamentaria, con el fin de legitimarlo a la vez que descarta otras medidas de poderes más cotidianos o situados en otras esferas (sindicatos, asociaciones, hogares...). La segunda presenta todavía más defectos. De entrada, no toma en cuenta de ninguna manera las diferencias de salario y de estatus que existen entre mujeres y hombres, incluso en profesiones equivalentes. Además, postula que la obtención de mejores ingresos es suficiente para obtener más poder.

El carácter muy individualista de la estrategia del empoderamiento, tal y como es predominantemente practicada en la actualidad, también puede ser fácilmente criticada. Sin entrar en los detalles, señalemos que descansa generalmente en una noción de autonomía puramente individual que es problemática. La «autonomía» es presentada hoy día, como el resultado de una dinámica psicológica en la que se vinculan identidad y poder en un trabajo de individualización y de elevación de la «autoestima». En los trabajos de Nancy Fraser (1997), se encuentran interesantes análisis sobre los lazos entre estos nuevos conceptos de identidad y autoestima, y el desarrollo de los «nuevos movimientos sociales identitarios» o «culturales» —de lo que hablaremos en el capítulo v—. Lo cierto es que hoy estamos lejos de los «grupos de toma de conciencia» del movimiento feminista, que apuntaban hacia un análisis colectivo de la opresión y explotación de las mujeres.

Para resumir, aunque pueda ser «jalado» en unos sentidos más o menos transformadores, después de Pekín, el empoderamiento de las mujeres parece orientarse hacia unas estrategias individualistas y funciona de arriba hacia abajo (*top-down*) por parte de las instituciones internacionales, las cuales no están pensando en ceder el control, en última instancia, en esta dinámica (Madrigal et ál., 2000).

Mainstreaming: ¿integrarse en la corriente principal del «desarrollo»?

La noción de *mainstreaming*, que significa ‘integración a la corriente principal’ —en este caso del desarrollo— parece menos problemática en primera instancia. En efecto, muchas veces los proyectos de desarrollo concernientes a las mujeres han sido puntuales, marginales, de tamaño muy modesto, comparándolos con los grandes proyectos «generales» en los que las necesidades y los intereses de las mujeres no eran jamás tomados en cuenta y que, por consiguiente, también podían serles a menudo totalmente desfavorables. Un caso típico es el proyecto de la «revolución verde» para una agricultura «moderna», a gran escala, de riego y destinada a la exportación, que debía proporcionarles mejores ingresos monetarios a las familias campesinas. En la mayoría de los casos, estos proyectos han sido realizados casi exclusivamente por hombres para su propio beneficio, ¡incluso a veces adueñándose de tierras anteriormente cultivadas por mujeres y utilizando el agua que ellas necesitaban! A las mujeres, luego se les ofrece... un microproyecto de huerta colectiva para el comedor de la escuela. Frente a tales proyectos de «desarrollo», casi caricaturescos, la idea del *mainstreaming* parece bastante razonable. Se trata simplemente de introducir una perspectiva de género en el conjunto de proyectos de desarrollo, es decir, de prever lo que cada proyecto podría aportar a las mujeres y a los hombres, de suerte que el proyecto no beneficie más a unos en detrimento de las otras, sino que, por el contrario, permita una mayor justicia en las relaciones sociales entre mujeres y hombres (López y Alcalde 1999).

Para ser eficaz, el *mainstreaming* debe intervenir en todas las etapas de los proyectos, desde su concepción hasta su evaluación, y obviamente en su realización. Por eso, es necesario que unas mujeres/personas formadas en la perspectiva de género participen en el conjunto del proceso, así como en las agencias financieras, en las ONG y, lógicamente, sobre el terreno. Esto supone que las mujeres destinatarias de los proyectos deseen o estén en capacidad de formular sus necesidades, sus estrategias y sus críticas en el lenguaje propio de las agencias financieras, único lenguaje reconocido como

legítimo. Supone, igualmente, que los hombres se presten al ejercicio, en todas sus etapas. Ahora bien, si estas disposiciones fueran aplicadas plenamente, muchas cosas deberían ser cuestionadas. Por ejemplo, las agencias de cooperación deberían reorientar profundamente sus presupuestos y proyectos. Las agencias y las ONG intermediarias no solo deberían incluir a numerosas mujeres en puestos de decisión en todas sus estructuras, sino también escuchar con seriedad a las llamadas «beneficiarias», sus propuestas o exigencias. Por lo demás, para planificar y evaluar los proyectos, debería disponerse de metodologías y de herramientas «sensibles al género»; pero estas están todavía muy poco desarrolladas, como se verá después. Por parte de los países «donadores», un estudio llevado a cabo por la Association Femmes et Développement —Asociación Mujeres y Desarrollo, en adelante, AFED— acerca de la inclusión de la perspectiva de género en la cooperación para el desarrollo, en cuatro países europeos, demuestra que estamos muy lejos de una real aplicación de la Plataforma de Pekín en este sentido, particularmente en Francia (AFED 2001).

Más allá de las dificultades prácticas para la aplicación del *mainstreaming*, hay que resaltar dos críticas más profundas. La primera es que estas políticas amenazan la existencia de los proyectos específicamente destinados a las mujeres —proyectos que pueden compararse con las medidas de «acción afirmativa» tomadas en favor de varios grupos minorizados u oprimidos— (Fraser 1997). A menos de que pueda probarse que las desigualdades han desaparecido o, mejor aún, que las causas de las desigualdades han sido suprimidas, es muy prematuro suspender tales medidas. En lugar de mejorar este tipo de acciones específicas, reflexionando sobre sus límites, existe ahora la fuerte tentación de abandonarlas por completo, a pesar de que tengan elementos positivos. Por ejemplo, la escala más reducida de este tipo de proyectos, que ha sido muchas veces criticada, posee en ocasiones la ventaja de necesitar menos recursos y ofrecer menos posibilidades para la corrupción y los gastos suntuarios, al tiempo que puede adaptarse mejor al carácter a menudo local de la preocupaciones de las mujeres y permitirles un mejor control de lo que se está haciendo.

Esto nos lleva a otra gran línea de crítica. Como dijimos, el *mainstreaming* significa ‘integración a la corriente principal del desarrollo’. Pero, ¿cuál es esta corriente principal? No solamente no está identificada, sino que, sobre todo, casi no es objeto de análisis. Sin embargo, no solo el movimiento feminista ha criticado ampliamente los diferentes paradigmas de desarrollo que han ido apareciendo, sino que en la inmensa mayoría de los casos, aún se está a la espera de ver los resultados positivos de estos proyectos de desarrollo, tanto para las mujeres como para los hombres. Hoy, hasta el FMI reconoce haber cometido errores, y las cifras del PNUD y del Banco Mundial muestran que la pobreza ha aumentado considerablemente en el mundo, en particular ahí donde las recetas del «desarrollo» neoliberal han sido aplicadas. Como lo señala la activista y analista feminista Ochy Curiel:

En el movimiento de las mujeres negras, he visto con angustia cómo, en estos últimos años, hemos entrado en la lógica de las políticas neoliberales. Actualmente, el mismísimo Banco Mundial distribuye financiamientos para proyectos de «desarrollo» a nuestro favor. ¡Es ese mismo Banco Mundial que, con el FMI y con el apoyo de la ONU, define las políticas que conducen a la mayoría de la población del planeta a la miseria, en particular a las mujeres negras! (Curiel 2002, 93)

Así, resulta sorprendente que un sector de las feministas se alegre de que las mujeres hayan sido integradas de manera tan poco crítica en esta «corriente principal» y que el *mainstreaming* pueda, de algún modo, significar una aprobación tácita del paradigma neoliberal dominante del «desarrollo».

Los indicadores del desarrollo

Para las instituciones internacionales, como también para las ONG, el trabajo sobre el desarrollo exige primero establecer un diagnóstico; luego, planificar los proyectos, ejecutarlos y, finalmente, evaluar los resultados. Para tales efectos, los trabajos cuantitativos y monográficos sobre experiencias locales, indispensables para hacer los seguimientos, son cada vez más estandarizados, en

aras de alcanzar una mayor «eficiencia». Adicionalmente, en la medida en que los proyectos también son cada vez más estandarizados y son aplicados simultáneamente en diferentes regiones del mundo, ha aparecido una voluntad muy marcada de disponer de «indicadores» cuantitativos, con el fin de poder efectuar comparaciones sincrónicas, diacrónicas e internacionales.

La elección de lo que va a medirse y de lo que será dejado en la sombra es una cuestión política mayor, como lo explica la economista Fatiha Talahite (2010). Las feministas han insistido bastante sobre la invisibilidad de la mayor parte de las actividades femeninas, en la falta de estadísticas desagregadas por sexo, inclusive en cuestiones elementales como la educación o el trabajo asalariado —sin hablar de la indisponibilidad de datos sistemáticos sobre el trabajo doméstico (duración, naturaleza, valor...)—. Desde los años setenta, sin embargo, han habido avances. A punta de créditos y del envío de expertas y expertos, computadoras y *software* especializados, la mayor parte de los países han sido dotados de instancias ad hoc: departamentos demográficos, divisiones administrativas en las oficinas de la contabilidad nacional, nuevas técnicas de censo, etcétera⁷. No obstante, los avances no son uniformes. En muchos campos, no se dispone todavía de series suficientemente largas en el tiempo para poder medir eventuales progresiones de tal o cual fenómeno. Los métodos de recolección de informaciones son de una fiabilidad desigual según el país y el tipo de información que se intenta recabar⁸, en particular cuando son encuestadores de sexo masculino los que se dirigen exclusivamente a informantes del mismo sexo —considerándolos como jefes

7 Para el caso de México, véase el impresionante trabajo de Mathieu Caulier (2009).

8 Las personas, grupos, organismos o países que proveen la información pueden introducir allí datos maquillados para satisfacer sus propios fines. No solamente algunos hombres pueden minimizar el trabajo real de las mujeres en las encuestas sobre los ingresos familiares, sino que también algunas ONG, ministerios o países pueden minimizar ciertas catástrofes (Long Island, Chernobyl) para preservar su imagen internacional o, al contrario, inflar las cifras para recibir una ayuda mayor.

de familia aun cuando no sea el caso— para obtener información concerniente a mujeres⁹.

Suponiendo que se resuelvan estas cuestiones «técnicas», quedan otros interrogantes directamente políticos. En primer lugar, ¿cuáles son realmente las intenciones de quienes ordenan la investigación? Como nos recuerda Lautier (2002, 144): «definir y contar a los pobres puede tener otros fines que ayudarlos; definir, clasificar y contar sirvió más que nada en la historia para disciplinar, enrolar, fiscalizar, y hasta exterminar». No pocas veces la gente se niega de frente o sutilmente a ser contada y analizada; por ejemplo, grupos aliados a los movimientos revolucionarios (El Salvador, Guatemala, poblaciones indígenas zapatistas...), o sectores tradicionalmente esquivos a los poderes públicos (cierta gente desempleada, personas viviendo en la calle, poblaciones nómadas). En esta línea de pensamiento, un gran número de ONG, incluyendo al movimiento de mujeres de América Latina y el Caribe, se cuestionan acerca de las «informaciones» que les son requeridas y que ellas brindan a bajo costo a sus financiadores —entre estos, las instituciones internacionales— en el marco de la «participación», ya referida en el capítulo III y sobre la que volveré luego.

Finalmente, es notorio que desde hace ya varios años, las cifras ofrecidas por el Banco Mundial, el PNUD y el FMI se han convertido en autoridad en la mayor parte de los campos. Hasta las personas y los grupos que se oponen a las políticas de estas instituciones se encuentran en la situación paradójica de tener que utilizar, para ejercer

9 No detallaremos aquí cómo la opresión de las mujeres influye en la recolección de datos, pero las dificultades específicas son numerosas. En muchas regiones, las mujeres no se expresan bien en la lengua oficial del país. A menudo, se supone que no deben hablar con hombres desconocidos (encuestadores). Simultáneamente, puede ser difícil hallar mujeres encuestadoras suficientemente formadas que puedan desplazarse libremente, por ejemplo en zonas rurales. Por otra parte, la abundante literatura producida en este campo muestra también que las mujeres pueden tener dificultades para formular sus necesidades en el lenguaje «claro» exigido por las instituciones. Finalmente, en muchos casos los datos deberían ser recogidos de manera colectiva y participativa, lo que plantea otros problemas metodológicos y de costos (Thais y Ransom 2001).

sus críticas, las cifras recibidas por estas mismas instituciones, como lo subraya James Petras (2001). Se ha creado progresivamente un cuasi monopolio de las informaciones y cifras legítimas en manos de las instituciones internacionales, informaciones que sirven a estas instituciones, a la vez «juez y parte» de la globalización, para elaborar un discurso oficial muy difícil de atacar. La discusión metodológica que sigue debe, por lo tanto, ser leída con gran prudencia en cuanto a la fiabilidad y a la pertinencia de las cifras presentadas.

Los Índices de Desarrollo Humano y de Género del PNUD

El PNUD es probablemente la primera institución internacional que ha cuestionado la visión puramente económica del desarrollo que prevalecía hasta principios de los años noventa, apoyándose principalmente en los trabajos de Amartya Sen, que presentaba el «desarrollo humano» como una capacidad o una libertad (Sen 1990a). El PNUD propuso, por lo tanto, cambiar el Producto Interno Bruto —en adelante, PIB— por un indicador del desarrollo más cualitativo, el Índice de Desarrollo Humano —en adelante, IDH—, cuyo valor puede variar de 0 a 1; en 1995, Nigeria alcanzaba el 0,207 y Canadá el 0,950 (Villota 1999). Se compone de la media de tres variables ponderadas por un coeficiente:

- esperanza de vida al nacer,
- grado de educación media¹⁰,
- PIB por persona¹¹.

Aunque este índice representa un avance considerable con relación al PIB, deben subrayarse sus numerosas debilidades, que detalla un trabajo muy documentado de Paloma de Villota. La primera, común a todos los índices nacionales, es que invisibiliza las disparidades regionales, de género y étnicas, que pueden ser

¹⁰ Este se descompone en, primero, la tasa de alfabetización de adultos/os, que corresponde a los dos tercios del índice y, segundo, la tasa de inscripción en primaria, secundaria y superior, correspondiente al último tercio (en lugar del tradicional «número promedio de años de escolarización»).

¹¹ Ajustado de manera que refleje la utilidad marginal de la renta, expresada en Paridad del Poder Adquisitivo —en adelante, PPA— a fin de minimizar las distorsiones provocadas por las variaciones de las tasas de cambio.

considerables. De tal forma, el sur de Brasil posee un IDH comparable al de Luxemburgo (el lugar 27 en el rango mundial, en 1995), mientras que el norte del país se sitúa entre Bolivia y Gabón, respectivamente lugares 113 y 114 del rango mundial. Asimismo, la población blanca de Estados Unidos poseía en 1995 el mejor IDH del mundo, mientras que la población negra ocupaba el rango 27 y la población hispana el 32. Finalmente, las cifras de 1993 para Estados Unidos mostraban que los hombres negros tenían un IDH similar al de Bulgaria; las mujeres negras similar al de Grecia; en tanto que las mujeres blancas poseían un IDH superior a la media japonesa; por ese entonces Japón tenía el IDH más alto del mundo (Villota 1999).

Cuando se analiza por separado cada componente del IDH, cada uno merece un debate. Sin embargo, es sobre todo el componente «renta», el que es problemático. Un cálculo bastante complejo permite una comparación internacional del poder adquisitivo al ponderar de manera decreciente la utilidad marginal de la renta¹². Pero estos datos se basan exclusivamente en la economía «visible», por lo tanto ignoran a la vez la economía «informal» y, sobre todo, la economía no monetaria. El trabajo realizado gratuitamente por las mujeres en el hogar o en la comunidad, que no es contabilizado, genera sin embargo un suplemento de bienestar considerable. El informe de 1996 del PNUD reconocía, por lo demás, la necesidad de realizar esfuerzos para mejorar el IDH, en particular para contabilizar el trabajo no remunerado de las mujeres.

Para medir las desigualdades de género en el desarrollo y el bienestar, el PNUD ha creado un Indicador de Desarrollo relativo al Género —en adelante, IDG—. Se calcula casi de la misma manera

12 Se establece un nivel de renta mínima equivalente al promedio mundial del PIB por habitante, en dólares y en PPA (esta renta mínima es de USD 5,12). Para obtener el IDH se contabiliza la renta hasta ese nivel, pero cuando la renta es superior, su crecimiento es ponderado de manera que refleje la disminución de su utilidad marginal. En otros términos, para alcanzar un nivel de vida envidiable, se considera que más allá de los USD 5,12, todo dólar suplementario es de menor importancia: tener USD 5120 no permite vivir mil veces mejor que de tener 5,12. Por tanto, un país no necesita tener por persona una «renta» particularmente elevada para alcanzar un alto IDH.

que el IDH, solo que se le agrega el grado de desigualdad entre mujeres y hombres. En lo que concierne al primer componente del índice, la esperanza de vida al nacer, la «ventaja biológica» de las mujeres les da un promedio mundial de cinco años de esperanza de vida más que los hombres (esto, si se supone que las demás condiciones entre hombres y mujeres, incluyendo el acceso a la alimentación y a los cuidados de salud, son iguales). En cuanto al segundo componente, una de las dificultades para calcularlo es que el analfabetismo juvenil no es tomado en cuenta, pese a que suele ser muy diferente según los sexos y según las zonas, urbanas o rurales. Por último, el tercer componente, como se ha visto, tiene grandes problemas, ya que toma en cuenta solo la renta monetaria proveniente de actividades remuneradas. Si bien numerosas economistas han propuesto modelos «sensibles al género» y han trabajado abundantemente el problema de la contabilización del trabajo doméstico de las mujeres¹³, el PNUD no ha resuelto todavía las dificultades.

Algunos indicadores de desarrollo con enfoque de género

Bajo la presión de las organizaciones de mujeres, la mayor parte de las instituciones han creado algunos indicadores capaces de medir los efectos del desarrollo según el género. No obstante, la dificultad para obtener ciertas cifras, el costo de su recolección y la complejidad de todo este conjunto de indicadores son muchas veces un obstáculo para su utilización. Además, las resistencias internas dentro de cada organización conducen frecuentemente a descartar estos indicadores, cuando apenas acaban de ser elaborados.

Asimismo, en lo que respecta al desarrollo sostenible, la CSD de la ONU trabaja desde 1997 en la elaboración de indicadores del «desarrollo sostenible» (Femmes et Changements 2002). Originalmente, esta comisión había lanzado un programa para probar 134 indicadores en veinte países del Sur y del Norte. No obstante, la lista fue reducida en el año 2000 a 59. Entre los indicadores «desechados», por lo menos 7 eran particularmente importantes

¹³ Véanse, por ejemplo, los panoramas de Alexander y Baden (2001) y Benería (2001).

desde el punto de vista del género¹⁴. Si la CSD previó desagregar por sexo varios indicadores¹⁵, el *único* indicador específicamente relativo al género que se ha mantenido es el que mide el «ratio salario femenino/salario masculino».

En lo concerniente a los indicadores por país de la ONU (*Common country assessments indicators*), la situación es apenas mejor. En efecto, solo tres de sus indicadores son «sensibles al género»: el ratio muchachas/muchachos inscritos en la enseñanza secundaria, la participación de las mujeres en el empleo no agrícola y el número de curules obtenidos por las mujeres en los parlamentos nacionales. Estos indicadores, fáciles de comprender y relativamente fáciles de obtener, presentan defectos importantes. En primer lugar, el mero dato de la inscripción en las escuelas no significa necesariamente continuidad en los estudios. Luego, el indicador relativo al trabajo no mide el ratio de los salarios efectivamente percibidos, lo que demostraría una diferencia sin duda muy grande entre los sexos; tampoco mide la calidad ni la seguridad de los empleos de mujeres y hombres. Y finalmente, la participación política de las mujeres está reducida a su más simple expresión, es decir, dejando de lado su participación en los diferentes niveles de gobierno, los partidos políticos, los sindicatos o las ONG, entre otros.

Por su lado, la OCDE, mediante su departamento de ayuda al desarrollo, ha establecido una lista de 24 indicadores centrales, sobre la base de una lista global de 40, de los cuales la mayor parte están diferenciados por sexo. Sin embargo, tan solo dos indicadores están específicamente referidos al género: el ratio niñas/niños en la enseñanza primaria y el ratio analfabetismo femenino/masculino.

14 Particularmente, un índice de mortalidad materna, un índice de pobreza separado por sexos, un coeficiente de inscripción de niñas y niños en las escuelas, una tasa de migración neta por sexo y el número de mujeres por 100 hombres sobre el mercado de trabajo.

15 Tasa de desempleo, porcentaje de personas por debajo de la línea de pobreza, porcentaje de personas que tienen acceso al sistema de salud, vacunación contra enfermedades infantiles, tasa de uso de anticonceptivos, tasa de analfabetismo en adultos y personas con estudios primarios o secundarios terminados.

A título de comparación, la Unifem, división especializada de la ONU para las mujeres, propuso medir aspectos más precisos, como la importancia de la violencia contra las mujeres, el porcentaje y la evolución del ratio de salarios femeninos/masculinos por sector de actividad; del ratio mujeres/hombres en los niveles de dirección; del ratio mujeres/hombres en el mercado de trabajo asalariado y en el sector del trabajo no asalariado, la evolución del número de mujeres en el sector patronal y entre los «trabajadores por cuenta propia», el tiempo pasado en trabajos de cuidado no remunerados, así como el nivel de contaminación por el VIH.

Finalmente, diferentes estructuras especializadas han trabajado en la elaboración de indicadores sensibles al género en diversos aspectos del desarrollo sostenible (Coral y Ransom 2001). Así, la Comisión Económica para América Latina —en adelante, Cepal—, organismo de la ONU, la Organización de las Mujeres para el Medio Ambiente y el Desarrollo —por sus siglas en inglés Women's Environment and Development Organization, en adelante, WEDO—, y la Ethiopian Gender Conservation Strategy —en adelante, EGCS— proponen una serie de indicadores sobre la participación de las mujeres en las decisiones sobre el desarrollo, que incluyen entre otros el número de mujeres que encabezan organizaciones ambientales (ONG y OG) y el grado de participación comunitaria (información, preparación, utilización de instrumentos participativos). Con respecto al agua, la Cepal, la WEDO y World's Women 2000 —esta última organización depende de la ONU— propusieron medir no solo el acceso de las mujeres al agua, sino también la comodidad de ese acceso (en particular, el tiempo necesitado para la recolección), e incluir los datos sobre la participación de las mujeres en las decisiones acerca de los proyectos de agua, tanto en las comunidades involucradas como en las agencias de cooperación. En cuanto a los bosques, la WEDO y la EGCS juzgan importante medir la participación de las mujeres en las ONG que trabajan en el tema forestal, así como en el tipo de proyectos «de género» aplicados por esas mismas ONG. Igualmente, en lo referente a la tierra, tanto la Cepal como la WEDO insisten en la necesidad de medir no solamente el acceso de las mujeres a la

tierra, sino también los créditos que reciben. En fin —se podrían multiplicar los ejemplos—, también en el campo de la energía, considerado poco sensible al género, la Cepal, la WEDO y la EGCS proponen tres series de indicadores que incluyen medidas diferenciadas a propósito de las fuentes de energía (por ejemplo: cantidad/ utilización de estufas de gas) y también medidas del acceso de las mujeres a las diferentes fuentes de energía y de su participación en la planificación y puesta en práctica de los programas energéticos.

Como se ve, la paleta de los indicadores es variada. Sin embargo, la situación de las mujeres en comparación con la de los hombres sigue muy poco y desigualmente medida y las principales instituciones ofrecen muy pocas cifras —generalmente poco pertinentes— en estos campos, mientras que los instrumentos más innovadores son todavía subutilizados.

Intervenciones políticas directas: «lucha contra la pobreza», discursos de la «participación» y «buena gobernanza»

Desde 1990, la lucha contra la pobreza ha sido promovida como objetivo prioritario del Banco Mundial (Banco Mundial 1990). Detrás de la apariencia aparentemente ética y consensuada de este objetivo se dibuja un conjunto de dispositivos políticos inquietantes: la creación de pobres «merecedores» en detrimento de los sistemas de protección social generalizada, el reordenamiento del campo político y la cooptación de los movimientos sociales. Veamos cómo funcionan estos dispositivos y cómo afectan a las mujeres.

Medición de la pobreza y creación de pobres ilegítimos

Es sabido que la mayoría de los pobres en el mundo son mujeres. Pero, ¿cómo ha sido medida esta pobreza? Numerosos problemas se presentan aquí. Aunque el Banco Mundial (2000) haya reconocido finalmente que la pobreza es un fenómeno multidimensional que no puede reducirse a una dimensión puramente material, continúa midiéndola exclusivamente en términos monetarios, con lo que privilegia un indicador simple destinado a impactar en las con-

ciencias y a imponerse como referencia. Así, el Banco Mundial ha popularizado la noción de «línea de pobreza»¹⁶, a menudo establecida en dos dólares por persona y por día, aunque más comúnmente en un dólar por día. Ahora bien, el hecho de concentrarse en un índice único permite desechar otros sistemas de medida más pertinentes, en particular, esos índices que harían aparecer diferentes grados de pobreza según el sexo, la etnia y la clase, cuya importancia política es obvia, o unos índices sobre el incremento de la riqueza, lo que complementaría útilmente las curvas de empobrecimiento de la mayoría de la población mundial. La determinación del umbral de pobreza impone, igualmente, dudas y preguntas: por ejemplo, fijarlo relativamente bajo permitiría poder hacer pasar rápidamente «del otro lado» a una gran cantidad de «pobres» y presentar así unos éxitos inmediatos. Si, por otra parte, como lo subraya Lautier (2002), existen entre las/los «pobres» dos grupos, uno muy por debajo de la «línea» y el otro casi alcanzándola, sería bueno concentrar los esfuerzos sobre la gente menos pobre, con el fin de obtener con un gasto mínimo una mejoría espectacular del índice, ¿o sería más ético luchar primero por mejorar la situación de las personas más pobres entre la gente pobre?

Sobre todo, como también señala Lautier, el hecho de «apuntar» únicamente a ciertos grupos de personas pobres (en este caso, «las más vulnerables»), permite presentar directa o indirectamente al resto de la población como «privilegiada», cuando más bien se trata de sectores que han logrado defender una parte de sus derechos sociales. Al hacer aparecer el conjunto de personas que están por encima de la línea de pobreza —fijada de manera completamente arbitraria, hay que repetirlo— como «privilegiadas», se las excluye simbólica y prácticamente del campo de las personas susceptibles de exigir una protección. Esto permite obviar todo debate sobre la

16 Para este cálculo, el Banco Mundial se basa en el índice de Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) ya mencionado. Bruno Lautier subraya su opacidad y señala que como consecuencia de un cambio en su modo de cálculo en 1993, la proporción de pobres en China fue bruscamente alterada del 9% al 29%, con lo que en un solo día aumentó en un quinto la pobreza mundial (Lautier 2002).

protección social. Es así como las instituciones internacionales, en el marco de esta lucha contra la pobreza, ofrecen unos argumentos y un trasfondo ideológico a quienes impulsan el desmantelamiento y la privatización de los sistemas colectivos y públicos de protección social (salud, jubilación, etc.). El ya mencionado Amartya Sen, teórico de las *capabilities* e inspirador de esas acciones «pioneras» del PNUD de los años noventa, destinadas a «enseñar a los pobres a desempeñarse por sí mismos» y a quien se le concedió el premio Nobel en 1998, se ha convertido en una de las garantías intelectuales del Banco Mundial en la materia. Otro más es Mohammed Yunus, fundador de la Grameen Bank e igualmente merecedor del Nobel en el 2006, gran crítico de los servicios públicos e inspirador de los microcréditos para las mujeres, cuyas premisas y efectos hemos comentado abundantemente. Peor aún: el empobrecimiento específico de las mujeres es completamente borrado por el efecto neutralizador del concepto «línea de pobreza».

***La lucha contra la corrupción como mecanismo
para intervenir en el campo político***

Aunque, por estatutos, el Banco Mundial no tiene derecho a realizar intervenciones políticas directas en los diferentes países del mundo, esas intervenciones son inherentes a su acción —y esto desde su creación—. Además, desde la segunda mitad de los años noventa, el Banco Mundial se ha atrevido a reivindicar y ejercer abiertamente un papel político directo. Lo atestiguan, en particular, su informe de 1997 sobre la cuestión del Estado, que insiste en la necesidad de luchar contra la corrupción (Lautier 2002), o las declaraciones realizadas en 1999 por su presidente, Wolfensohn, que afirmaban que la primera condición de un crecimiento sostenido y un retroceso de la pobreza era precisamente la lucha contra la corrupción.

Más allá de la corrupción propiamente dicha, lo que el Banco Mundial estigmatiza es más bien un conjunto de prácticas clientelistas, que en ocasiones son prácticamente presentadas como un elemento de la idiosincrasia del Sur, y otras veces descritas como un residuo del populismo y una forma inapropiada de «gestión».

Ahora bien, estos sistemas clientelistas no solamente resultan ser en ocasiones un mecanismo del que muchos «pobres» (Briquet y Sawicki 1998) y sobre todo mujeres pueden sacar algún provecho, sino que esos sistemas salen fortalecidos —y modificados— por la «lucha contra la corrupción» del Banco Mundial. Como lo explica Lautier (2001, 174):

[...] la democratización formal ha acentuado este carácter racional [del clientelismo], porque pone a competir a varios distribuidores eventuales de favores [...] El modo de intervención del BM contra la pobreza ha cambiado las formas del clientelismo: para los pobres ya no se trata ahora, principalmente, de recibir unos subsidios directos, sino de lograr ser clasificados como poblaciones que son objetivo de dichas políticas. [...] La descentralización, por supuesto, refuerza el nuevo clientelismo, pero lo enmascara al tiempo que lo legitima, ya que se engalana con los atuendos de la «participación de la sociedad civil».

Y los efectos de la intervención no se detienen ahí. El clientelismo no solo es legitimado y ampliado, sino que se organiza de manera más duradera en la medida en que los recursos, ahora externos, parecen virtualmente ilimitados. Además, esto modifica profundamente el campo político, como también lo señala Lautier (2001, 174):

De golpe, se amplía considerablemente el campo político, puesto que ya no son tanto los recursos propios (adquiridos o no por la corrupción o las prebendas) del político los que son redistribuidos, sino unos recursos externos. La posición política —que ya no se deja percibir como tal, sino como una posición técnica o asociativa— se convierte en uno de los dos recursos principales en la marcha hacia el poder. El otro, son los pobres en sí mismos.

Tal y como lo analiza Lautier con lucidez, detrás de su posición aparentemente técnica y asociativa, una buena parte de las ONG han sido lanzadas hacia un nuevo papel político y se han convertido en una pieza central del proceso de transformación del clientelismo tradicional en la explotación de la pobreza y en

el clientelismo alrededor de las ONG más ricas¹⁷. Esta reflexión permite entender mejor las críticas del feminismo autónomo a la «ONGización» de su movimiento. Para las instituciones internacionales, solo queda encuadrar estas ONG de manera adecuada; es a lo que tiende el último dispositivo, el de la «participación» y de la «buena gobernanza».

«Participación» y «buena gobernanza»: un medio para cooptar los movimientos sociales

El discurso del Banco Mundial sobre la pobreza está íntimamente ligado con el de la «buena gobernanza». Para obtener créditos del Banco Mundial o del FMI, los países tienen que elaborar un «Documento de estrategia de lucha contra la pobreza», consultado con la «sociedad civil». Globalmente, la mayor parte de la ayuda internacional está cada vez más condicionada a la realización de esfuerzos de «descentralización» y en aras de «hacer participar» a la «sociedad civil». Como ya lo vimos en el capítulo III, este llamado a la «participación» es presentado como una victoria de los movimientos sociales que exigen mayor democracia, en particular los movimientos de las mujeres y feministas, y de manera general los movimientos de grupos marginados o excluidos (indígenas, campesinado o poblaciones negras, por ejemplo, en América Latina). Esta estrategia «participativa» se conjuga con discursos optimistas sobre la ampliación de la ciudadanía, los contra-poderes, la resistencia o la democracia local, entre otros. Sin embargo, esta nueva política constituye sobre todo, por lo visto, un intento para contener y recuperar el descontento contra el nuevo orden mundial neoliberal que revelan las luchas nacionales e internacionales masivas y espectaculares, que el Banco Mundial, el FMI y la ONU no

17 Recordemos que las ONG son extremadamente diversas. Muchas cosas que no podemos debatir aquí han sido ya escritas sobre estas, sus relaciones con los movimientos sociales, sus transformaciones y la evolución de su papel político. Lo que debe ser señalado en este punto del análisis es su aparición como actores importantes de la globalización, con un nuevo papel, en el punto intermedio entre los actores de la «sociedad civil» y el actor «instituciones internacionales».

podían ignorar por más tiempo, desde Seattle hasta los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre, pasando por las reflexiones de una parte de los movimientos feministas, entre otras la Marcha Mundial de las Mujeres, y las acciones de movimientos como el zapatista (EZLN), en México, o el MST, en Brasil, sobre los que volveré en el capítulo v.



Acabo de presentar las herramientas ideológicas y las estrategias que las instituciones internacionales utilizan para llevar a buen fin su «misión» autoasignada de hacer participar a la población y, en particular, a las mujeres, en la puesta en práctica del «desarrollo» neoliberal. Estas herramientas han sido recuperadas de una parte del arsenal crítico y de las reivindicaciones desarrolladas por los movimientos sociales progresistas, como el movimiento negro, la teología de la liberación y la educación popular, así como el movimiento de mujeres y el feminista. En ese sentido, podría pensarse que se trata de un verdadero avance. Pero el análisis concreto de su accionar muestra que las cosas son bien diferentes y que esas herramientas, sutilmente distorsionadas, son redirigidas contra los pobres y sobre todo contra las mujeres. Los conceptos, pasados por el tamiz de las instituciones internacionales, y los paquetes de cifras y datos que producen estas mismas instituciones constituyen peligrosas armas de legitimación en la lucha por la hegemonía neoliberal. Y se constata aquí nuevamente que la instrumentalización de las mujeres y de sus movimientos es una poderosa estrategia en la instalación de la globalización neoliberal. La cara consensual de la globalización no es menos cruel que su cara coercitiva y sus resultados sobre la vida de las mujeres de carne y hueso no son menos negativos.

¿Entonces, toda esperanza ha desaparecido? Claro que no. Numerosos movimientos sociales, viejos y nuevos, intentan oponerse al avance neoliberal. Algunos, es sabido, son reaccionarios. Otros —sobre todo después del Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo organizado por el

movimiento zapatista en México, en 1996, de las luchas de Seattle y, finalmente, de los foros sociales mundiales— se proponen luchar «por un mundo en donde quepan todos los mundos». Tales movimientos, al unir sus fuerzas con otros movimientos «progresistas» que luchan desde hace tiempo por unas transformaciones sociales profundas y en los cuales la participación de las mujeres es particularmente importante, constituyen un frente innovador y prometedor que analizaré en detalle en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V

Tres preguntas a los movimientos sociales «progresistas»*

A las comandantes Ramona, Ana María y a Ligia-Lorena

HASTA EL MOMENTO HE insistido en el análisis de la globalización neoliberal «todopoderosa», que arrolla a las mujeres con su violencia (*es un monstruo grande y pisa fuerte...*) o las hipnotiza con llamados hipócritas destinados a acelerar su propia ruina (*...toda la pobre inocencia de la gente*, como canta Mercedes Sosa). Sin embargo, también he presentado a lo largo de este libro a mujeres muy activas en diversos campos. De hecho, precisamente porque constituyen una gigantesca fuerza de trabajo —indispensable en la casa, en el campo y en las fábricas, así como en el barrio o en el sindicato— y, además, porque resultan ser unas analistas refinadas capaces de elaborar críticas consistentes, las multinacionales, los Estados, las instituciones internacionales y los hombres

* Este capítulo retoma en gran parte un artículo titulado «Trois questions aux mouvements sociaux «progressistes». Apports de la théorie féministe à l'analyse des mouvements sociaux». Véase Falquet (2005). Agradezco calurosamente a Ochy Curiel por las largas discusiones que tuvimos sobre las cuestiones de la identidad y por sus valiosos comentarios sobre este trabajo.

a título privado intentan «recuperarlas» y ponerlas a trabajar para su propio provecho.

Es por tanto que concluiré el análisis de la situación de las mujeres en la globalización con una reflexión sobre la participación *activa* de las mujeres en los movimientos de resistencia y de oposición, para esto me concentraré en las mujeres que luchan de manera frontal y colectiva contra la extensión del neoliberalismo. Más precisamente, me interesaré en las mujeres que luchan dentro de los movimientos sociales más «progresistas» (aquellos que en otras épocas hubiéramos definido como «revolucionarios») y, más particularmente, en varios movimientos nacidos en América Latina y el Caribe, que se oponen de manera explícita —aunque no sea este su primer objetivo— y pionera al neoliberalismo (o al viejo «capitalismo imperialista»).

Hablaré específicamente de varios importantes movimientos que comenzaron en los años setenta u ochenta y que pueden catalogarse, simplificando enormemente, en las dos grandes categorías descritas por Nancy Fraser (1997): movimientos por la justicia «redistributiva» y movimientos por el «reconocimiento». En lo que respecta al primer grupo, donde se encuentran los movimientos que adoptan de manera más explícita el objetivo antineoliberal (anticapitalista), analizaré primero a la guerrilla salvadoreña del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional —en adelante, FMLN—, que ha cristalizado desde los años setenta uno de los principales proyectos revolucionarios y antimperialistas latinoamericanos y que se desplegó durante doce años de guerra civil revolucionaria, entre 1981 y 1992. Me remitiré, también, al movimiento (neo)zapatista mexicano, analizando el caso del EZLN que ha impulsado la reorganización de parte de la izquierda y de la juventud europeas, lo que conformó las primeras bases de los movimientos anti y alter mundialista desde 1994. Finalmente, incluiré brevemente algunas reflexiones sobre el MST, el cual apareció en Brasil a principios de los años ochenta, y que es una referencia sumamente importante en la lucha campesina por la tierra además de ser un actor esencial en la lucha contra el neoliberalismo. Por el lado de los movimientos más centrados en las demandas de reco-

nocimiento², me detendré en el movimiento feminista latinoamericano y del Caribe y en sus diferentes componentes con tendencia a la crítica, específicamente en el movimiento feminista afro, indígena y en el movimiento lésbico.

Estos movimientos son, globalmente y como ya lo dije, «progresistas». La participación de las mujeres en estos es muy importante (por lo menos un tercio en el FMLN, el EZLN y el MST, y el 100% en los movimientos feministas, feminista negro y lésbico), y asimismo en cuanto al aspecto cualitativo, en especial porque realizan una serie de tareas invisibles pero determinantes. No obstante, lo que aquí deseo analizar son los «límites» de estos movimientos en el campo de la transformación de las relaciones sociales de sexo. Mi hipótesis central es que estos movimientos, por muy «progresistas» que sean, descansan en elementos no cuestionados —¿o talvez aprovechados a plena conciencia?— de opresión y explotación de las mujeres. Dicho de otro modo, para retomar las expresiones de Danièle Kergoat y de su equipo de investigación sobre la *Coordination infirmière* (Coordinación de Enfermeras) en Francia en las luchas de 1988-1989, estos movimientos sociales son profundamente *sexuados* y conviene analizarlos, tomando en cuenta esta dimensión fundamental de su funcionamiento (Kergoat et ál., 1992)³. En efecto, si se aspira realmente a un mundo diferente, que no sea neoliberal, es absolutamente necesario luchar por una transformación completa, no solo de las relaciones de clase y «raza», sino también de las relaciones sociales de sexo, las cuales constituyen una base determinante de esta globalización.

2 Sin embargo, y como Fraser misma lo hace, discuto en parte estas definiciones y esta dicotomía. Además, muchos de estos movimientos no se reconocen siquiera en esta clasificación. Así, al lado de su componente esencialista e identitario, el movimiento feminista, como el movimiento negro, ha tenido siempre una fuerte dimensión radical; ha luchado por la *liberación*, la justicia económica y la desaparición de las categorías reductoras de sexo o de «raza». Por su parte, el movimiento zapatista, que con generalidad se considera como un movimiento por la redistribución, en realidad es casi exclusivamente indígena y reclama el «reconocimiento» de las culturas indígenas, y a su vez lucha por la democratización del país en general.

3 Véase también Le Doaré (1991).

Ahora bien, para esto es preciso modificar algunos aspectos en los movimientos sociales que luchan por otro mundo. Así que para empezar a ubicar los problemas, plantearemos tres preguntas a los movimientos sociales «progresistas»: ¿Qué pasa con la *división sexual del trabajo* que reproducen en su interior? ¿Cuáles son los *tipos de familia* sobre los cuales estos movimientos se construyen y qué modelos de familias proponen de hecho para la sociedad?, y para aquellos que apuntan explícitamente hacia la defensa y la promoción de determinada «cultura» (una cuestión candente hoy), ¿En qué medida esa «cultura» es favorable a las mujeres? Estas tres preguntas son centrales, ya que la división sexual del trabajo, el modelo de familia y la «cultura», estrechamente ligados entre sí, son los principales soportes de las relaciones sociales de sexo patriarcales.

División sexual del trabajo y proceso de producción de una revolución

Para plantear la cuestión de la división sexual del trabajo en los movimientos sociales, tomaré el ejemplo de El Salvador, que es uno de los puntos de partida de mi reflexión (Falquet 1997a). De hecho, yo misma tardé mucho en explicarme por qué, a pesar de la muy importante participación de mujeres en el proyecto revolucionario y los profundos cambios provocados por más de veinte años de lucha armada, las relaciones sociales de sexo se habían transformado tan poco en el país.

El FMLN, organización marxista-leninista fuertemente influenciada por la Teología de la Liberación, fue fundado en 1980 para encabezar un proyecto revolucionario nacional. Por este motivo, es especialmente interesante su análisis; pues no solo ofrece unas características óptimas como movimiento social (fuerte participación, gran impacto social, larga duración), sino que además posee un modo de organización más denso que la mayoría de los movimientos sociales, así como un proyecto mucho más definido —la toma del poder central del Estado y la instalación de una alternativa global—. Pero su carácter revolucionario y la larga guerra civil (doce años) que desató han entorpecido la reflexión. En efecto, ¿cómo analizar serenamente un movimiento portador de esperanzas tan globales

—y señalar sus debilidades— sobre todo cuando la brutalidad excepcional de la guerra y de la represión fuerza de algún modo, si no a la simpatía, cuando menos al respeto?

Ahora bien, son precisamente el carácter revolucionario del proyecto del FMLN y los sacrificios que se han realizado por este ideal, los que justifican —¿o quizá obligan? — que se les analice con toda la lucidez posible y que se les «pida cuentas» por su fracaso en la transformación de las relaciones sociales de sexo, a pesar de haber anunciado el advenimiento de un «Hombre nuevo» y una «Mujer nueva». Retomaré aquí brevemente las conclusiones de una reflexión anterior sobre la división sexual del trabajo dentro del propio FMLN (Falquet 2003d).

Los discursos de la «participación»

La participación de las mujeres en el proyecto revolucionario era considerable: un tercio de las fuerzas político-militares (guerrillas) y, a menudo, la mayoría en las organizaciones civiles. Esta fuerte implicación no tenía nada de «natural»; las mujeres tuvieron que luchar, primero, para ganarse el «derecho» a participar, especialmente las mujeres de origen rural y popular y, luego, para hacer visible su participación. Su presencia y su compromiso fueron luego dados a conocer por el FMLN para ganarse la simpatía de la opinión pública nacional e internacional, y fueron presentados como un avance social y político, una victoria, una transformación objetiva de la situación de las mujeres —y el resto de su liberación se produciría con el triunfo de la revolución—. Esta línea de análisis ha prevalecido durante muchos años, apoyada en los intereses del FMLN y en la sensibilidad marxista clásica. Todos los testimonios de la época, publicados con la aprobación del FMLN, describen y ensalzan, exactamente como lo harán más tarde las instituciones internacionales en otros campos, esta *participación como un avance*⁴.

Es necesario esperar casi el final de la guerra para encontrar unos análisis un poco más críticos, producidos colectivamente

4 Véanse Alegría y Flakoll (1987), Carter y Loeb (1989), Guirola de Herrera (1983) y Thomson (1986).

por el movimiento feminista que se desarrolló vigorosamente entonces. El grupo Mujeres por la Dignidad y la Vida (conocido como Las Dignas), en el cual se encuentran varias excombatientes, se lanza a un análisis de las vivencias de las mujeres durante la guerra. Las Dignas trabajan, entre otros temas, sobre las implicaciones para las exguerrilleras de haber tenido que «abandonar» a sus hijas e hijos, dejarlos con otras personas para poder participar en la revolución (Mujeres por la Dignidad y la Vida 1993a). Paralelamente, realizan un proceso de terapia colectiva amplio entre exguerrilleras con la ayuda de psicólogas feministas. De aquí surge el libro *El dolor invisible de la guerra*, publicación que muestra cómo, durante toda la guerra, las mujeres tuvieron que asumir el trabajo de duelo y de sostén emocional de otras personas y cómo, simultáneamente, tuvieron que hacerse «fuertes» y «duras» para sobrevivir en los frentes de guerra y de cara a la represión (Garaízabal y Vásquez 1994). Estos análisis reflejan la participación de las mujeres en la guerra en su dimensión cotidiana y difícil. Muestran cómo muchas de ellas se sintieron desgarradas entre las obligaciones que les imponía su socialización femenina clásica y los «nuevos papeles» o las «nuevas identidades» que la lucha les obligaba a asumir. No obstante, ninguno de estos análisis —marxistas clásicos o más feministas— permitía entender qué pasó con estas «nuevas identidades», tan costosamente adquiridas, al finalizar la guerra. Explican todavía menos por qué las relaciones sociales de sexo cambiaron tan poco, pese a doce años de guerra y a veinte años de proceso revolucionario⁵. Por lo tanto, no es del lado de la «identidad» femenina o de los «papeles femeninos» donde hay que buscar las razones de este reducido cambio.

La división sexual del trabajo revolucionario

Para encontrar una explicación más satisfactoria, era necesario «desacralizar» el proceso revolucionario y quitarle a la guerra

5 Véase particularmente, por los primeros balances realizados aún «al calor de los hechos» y publicados tres años apenas después del fin del conflicto, Mujeres por la Dignidad y la Vida (1995) y Navas et ál. (1995).

su halo de periodo excepcional, para aplicarle los instrumentos sociológicos desarrollados en tiempos de paz⁶. Con todo el respeto que merece la lucha de las revolucionarias salvadoreñas, su coraje y su valor, debe recordarse que el proceso revolucionario no fue solo una gesta heroica; fue también un largo, paciente, complejo y contradictorio proceso de construcción de organización y de lucha. En otras palabras, se trató de un *trabajo* de producción de un proceso revolucionario, y es en cuanto tal que debe ser analizado.

El concepto de *división sexual del trabajo* nos ofrece para este tema una herramienta particularmente importante. Danièle Kergoat la define como

la forma de división del trabajo social que se deriva de las relaciones sociales de sexo, y que está histórica y socialmente construida. Tiene como características la asignación prioritaria de los hombres en la esfera productiva y la de las mujeres en la esfera reproductiva, así como, simultáneamente, la captación por parte de los hombres de las funciones que poseen un fuerte valor social agregado (políticas, religiosas, militares, etcétera). (Kergoat 2000, 36)

Además, «tiene dos principios organizadores: el principio de separación (hay trabajos de hombres y trabajos de mujeres) y el principio jerárquico (un trabajo de hombre “vale” más que un trabajo de mujer)» (Kergoat 2000, 36).

Observemos el proceso revolucionario salvadoreño y en particular el funcionamiento del FMLN desde este ángulo: ¿acaso la división sexual del trabajo en tiempos de paz no ha sido trasladada, casi intacta, a los frentes de guerra y a las organizaciones revolucionarias?

En primer lugar, respecto al *tipo de trabajo* realizado según el sexo y las *condiciones de trabajo*, se constatan numerosas semejanzas. Se nota, en primer lugar, una segregación de la mayor parte

6 En el capítulo II, cuando analizábamos el modelo de guerra «anti/terrorista», vimos las continuidades cada vez mayores que existen entre guerra y paz. Por esta razón, sería necesario integrar en una misma mirada y análisis las investigaciones sobre estos dos fenómenos.

de las mujeres en un número reducido de actividades: cocina⁷, salud, comunicación y educación. Tal como en la vida civil, las mujeres ocuparon mayoritariamente posiciones subordinadas, mientras que los hombres eran generalmente sus superiores. Así, las mujeres se encuentran en una situación de mayor precariedad que los hombres; su incorporación era más difícil y era, a menudo, parcial (por los celos del marido, porque hay niñas y niños a quienes hay que darles de comer); y cuando interrumpían su participación (por maternidad, más o menos voluntaria), perdían su rango militar. Por lo demás, sus «contratos» fueron siempre menos claros que los de sus camaradas masculinos (su pertenencia a la organización era muchas veces mediatizada y «privatizada» por lazos familiares o amorosos que las unían a los guerrilleros). Finalmente, al igual que en el trabajo en tiempos de paz, las mujeres tuvieron que enfrentar el acoso sexual, la violencia y la violación ejercidos por sus camaradas y superiores (Mujeres por la Dignidad y la Vida 1995).

En segundo lugar, en cuanto al *reconocimiento* y la *retribución* de su trabajo revolucionario, las semejanzas con los tiempos de paz también son muy notables. Las cualificaciones profesionales de las mujeres no eran reconocidas como tales, sino consideradas como parte de sus «dones naturales» (saber cocinar o cuidar a las/los heridas/os). Cuando algunas mujeres comenzaban a ocupar ciertas funciones, ellas perdían valor (así, cuando una mujer era nombrada jefe de un frente, el partido frecuentemente empezaba a acordarle menos atención a ese frente). En cambio, cuando una tarea se volvía más técnica, tendía a masculinizarse (ya desde 1980-1981, cuando las organizaciones dejaron de ser fundamentalmente políticas para convertirse en militares y las armas se volvieron primordiales⁸, ninguna mujer fue nunca más nombrada comandante). Como en la vida civil, las tareas realizadas por las mujeres fueron invisibilizadas o minimizadas. En ocasiones, ni

7 El 29% de las desmovilizadas afirman que su actividad durante la guerra era «cocinera» (Fundación 16 de Enero 1993). Véase, además, Falquet (2003c).

8 Sobre el crónico y estructural subequipamiento de las mujeres, particularmente en lo que se refiere al acceso a las armas, véase Tabet ([1979] 1998).

siquiera se consideraba que estas actividades fueran trabajo (ni las horas transcurridas al lado de las hamacas de las heridas/os, ni las mochilas cosidas en la oscuridad de la noche, ni el «dolor invisible» del duelo arriba mencionado, ni el apoyo emocional ni el placer sexual que brindaron a sus compañeros, en ocasiones sin ninguna reciprocidad). Las retribuciones, materiales y simbólicas, reflejaban el poco reconocimiento de su trabajo; las mujeres obtuvieron menos promociones que los hombres, fueron menos reconocidas y honradas como heroínas y recibieron menos apoyo de su organización para reinsertarse en la vida civil después de la guerra (en particular, en el «reencuentro» con sus hijas e hijos, en el acceso a la tierra y a los créditos, en las listas electorales del FMLN para las elecciones que fueron realizadas después de la guerra, donde obtuvieron menos lugares). Las mujeres además de ser poco retribuidas por su participación, fueron quienes a menudo financiaron la guerra: numerosas organizaciones de mujeres aportaban sus recursos materiales, humanos y financieros al FMLN —a veces con plena conciencia, a veces desviados por el partido sin acordarlo previamente con ellas— (Mujeres por la Dignidad y la Vida 1993b).

Y en tercer lugar, la mayor parte de las mujeres han sido *trabajadoras marginadas de la revolución* con respecto a sus compañeros. Les era generalmente exigido que «conciliaran» el trabajo revolucionario con las responsabilidades familiares —lo que muy raras veces se les exigió a los hombres—. Aunque se realizaron esfuerzos para descargar a algunas madres del cuidado de las/los hijas/os, estos fueron globalmente insuficientes y muchas veces «privatizados», en el sentido de que las/los niñas/os fueron dejados a cargo de las madres de las combatientes. Nadie pensó en aliviar, de manera sistemática, a las mujeres de la carga que implican los cuidados de las personas mayores o enfermas. A menudo, estas mujeres tuvieron que escoger entre sus relaciones afectivas o matrimoniales y su desarrollo político a medida que iban adquiriendo mayores responsabilidades; al contrario de los dirigentes masculinos, muchas mujeres comandantes vivieron muy solas, encontraban pocos hombres dispuestos a unas relaciones de pareja

que les permitiera a ellas incorporarse y participar de lleno en la lucha⁹. Por lo demás, las mujeres tuvieron menor protección ante los «riesgos laborales» —siendo que la represión y la tortura eran eminentemente sexuadas y el ejército se encarnizó adrede contra el cuerpo de las mujeres—¹⁰. Si bien más hombres que mujeres perdieron la vida en la lucha, en esa misma medida son mayoría las mujeres que quedaron viudas o huérfanas, con la carga de familias traumatizadas y sin recursos. Simultáneamente, fueron las mujeres (madres, esposas, hijas) quienes cargaron con el trabajo de ayudar a las personas presas, de buscar a la gente desaparecida y de luchar por los derechos humanos, en el marco de lo que nuevamente podríamos definir como una «privatización» de este trabajo.

Seguramente habría que desarrollar más el análisis de este ejemplo salvadoreño, para recordar que la situación de las mujeres y de los hombres variaba enormemente según los orígenes de clase y la pertenencia étnica, aunque esta última era relativamente homogénea (Falquet 1997a). Ahora bien, es evidente que un análisis en términos de división sexual del trabajo permite comprender lo «incomprensible»: si la situación de las mujeres salvadoreñas evolucionó tan poco, fue precisamente porque el movimiento social que pretendía la transformación se apoyaba en una división sexual del trabajo extremadamente tradicional.

9 Véase particularmente la entrevista a la comandante Rebeca Palacios elaborada por Marta Harnecker, en Harnecker (1994). Por otro lado, las relaciones lésbicas, extremadamente tabú, no parecen haber sido una alternativa para las militantes del FMLN.

10 Como lo ilustra, por ejemplo, el testimonio de María Julia Hernández, abogada responsable de Tutela Legal, del Arzobispado de San Salvador: «Lo que más me ha impresionado, me impresiona y me impresionará siempre: cómo la mujer es asesinada en el campo, cómo es ultrajada en lo más íntimo por ser mujer. Por ejemplo, mujeres a las que les fueron sacados sus hijos del vientre, o mujeres a las que les cortaban la cabeza y se la ponían en el vientre, u otras mujeres que fueron empaladas. Es decir que la represión contra las mujeres tiene como elemento ultrajar su feminidad. A todas aquellas que encontramos muertas, les habían cortado los senos, las habían violado sin importar su edad». Testimonio citado en Gargallo (1987).

Silencio sobre la opresión de las mujeres en la familia

Son pocos los movimientos sociales que reflexionan explícitamente sobre el tipo de modelos familiares que los sustentan y que promueven. Indudablemente, se trata de una institución compleja; la familia puede ser a la vez un lugar de opresión, de explotación y de violencia, así como un refugio contra una sociedad global racista y clasista, tal como lo demostraron numerosas feministas negras, entre otras¹¹. Pero, en todo caso, los diversos modelos familiares en que se basan las movilizaciones sociales, con la organización de las relaciones sociales de sexo que implican —en especial el «modo de producción doméstico» del que habla Christine Delphy (1998, 2001), las «relaciones de sexaje (*sexage*)» descritas por Colette Guillaumin ([1978] 1992) y el «régimen político de la heterosexualidad» definido por Monique Wittig (2001)— merecen ser visibilizados e interrogados, máxime teniendo en cuenta que en los movimientos rurales, campesinos e indígenas, la movilización simbólica y, sobre todo, material de la familia es una de las claves de su funcionamiento, cuando no directamente de su éxito.

Estructuras patriarcales en la «gran familia» revolucionaria

Los ejemplos del FMLN, en El Salvador, y del EZLN, en México, nos enseñan cómo ciertos modelos de familia y sus estructuras reales han sido utilizadas tanto para movilizar a la población como para reforzar las estructuras de la organización.

En El Salvador —como más recientemente en Chiapas y en numerosas guerras de liberación, y allí donde existen guerrillas populares—, cuando el ejército practicaba una política de tierra arrasada, al comienzo de los años ochenta, mucha gente huía con toda su familia para buscar la protección de la guerrilla. Muchas veces, todas las personas de la familia que estaban en condiciones de hacerlo terminaban por incorporarse al FMLN (Falquet 1996). Aun cuando la incorporación era el resultado de un proceso individual progresivo y largamente reflexionado, era frecuente que

11 Véanse Davis ([1981] 1983) y Barbara Smith ([1983] 2000).

personas cercanas entraran a su vez de manera progresiva a la organización, sobre todo en las zonas rurales y campesinas. No siempre era el hombre (marido o hijo mayor) quien «atraía» a toda su familia; muchas madres y compañeras estuvieron en el origen de la movilización (Alegoría y Flakoll 1987). Esta incorporación familiar es un método particularmente eficaz de reclutamiento y de consolidación de las «bases», pues es más difícil abandonar una organización donde milita una hermana, un padre, una esposa. Y para suavizar y reforzar a la vez la rigidez de las reglas militares y de las jerarquías, era útil poder movilizar, paralelamente, la autoridad paterna, materna o conyugal. En los partidos más pequeños del FMLN, así como muchas jóvenes reclutas no obedecían únicamente las órdenes de un jefe de batallón, sino también de un padre, de un tío o de un hermano mayor, muchas mujeres tenían en frente, al mismo tiempo, un marido y un jefe militar. Esta situación se asemeja bastante a la que se presenta actualmente en el EZLN.

De hecho, muchas organizaciones revolucionarias juegan con la idea de que son «una gran familia»; en El Salvador abundan los ejemplos. La mayor organización del FMLN, las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), utilizaba frecuentemente esta imagen; durante muchos años sus dos principales responsables, ya mayores, Marcial y Ana María, encarnaron el padre y la madre simbólicos de la organización. Ahora bien, no se trataba solo de una poderosa metáfora, sino también de una realidad material: en un frente de guerra, el grupo guerrillero se convierte en una unidad de producción, de consumo y de apoyo afectivo que sustituye a la familia. La organización alimenta, viste y protege. Si a esto se le agrega que, a causa de la misma guerra, mucha gente entraba a la organización bastante joven y en algunos casos huérfana o huérfano, se comprende toda la fuerza que pudo adquirir esta familia sustituta, a veces la única conocida.

Pero, ¿de qué familia se trata? En el caso de El Salvador, se estaba claramente frente a un modelo de familia que reproducía la división sexual del trabajo tradicional, a pesar de algunos intentos de instalar guarderías y de poner a los hombres ante el fogón. Se trataba de una familia que controlaba la fecundidad y hasta la

moralidad de «sus hijas»; que intentó regular, para su provecho, las uniones y las separaciones, favoreciendo la endogamia y guardando silencio sobre las violencias físicas, emocionales y sexuales ejercidas en su seno contra las mujeres. Y como en la vida civil, las mujeres y las organizaciones de mujeres que quisieron denunciar públicamente estas violencias en el interior de la familia revolucionaria tuvieron que enfrentar las peores dificultades y fueron acusadas de atentar contra el proyecto colectivo —como lo muestra el ejemplo de la Coordinadora Nacional de la Mujer Salvadoreña (Conamus), la primera organización de mujeres que luchó durante la guerra contra la violencia hacia las mujeres— (Falquet 1996).

Las indígenas zapatistas: ¿desestabilizando la familia patriarcal?

El movimiento zapatista se ubica en una perspectiva un poco diferente con relación a la familia, ya que desde sus inicios el EZLN da a conocer formalmente la *Ley revolucionaria de las mujeres*, elaborada por las indígenas zapatistas, que denuncia las «costumbres que no les gustan» y que no quieren conservar. El espíritu de esta ley podría cuestionar profundamente una parte de las estructuras familiares y comunitarias tradicionales (Falquet 1999a).

En efecto, en su primera versión esta ley indica, entre otras cosas, que las mujeres no pueden ser obligadas a casarse contra su voluntad, que tienen el derecho de decidir cuántas hijas e hijos quieren tener y que no pueden ser golpeadas ni por extraños ni por próximos. La ley agrega que tienen derecho a estudiar, trabajar y a recibir un salario justo¹². A primera vista, estas reivindicaciones no parecen exorbitantes. Sin embargo, si las mujeres escogieran libremente con quién casarse, o sencillamente no casarse, y cuántas hijas e hijos tener, las estructuras comunitarias y familiares sobre las que descansa la supervivencia de las comunidades indígenas podrían verse directamente amenazadas. Por ejemplo, las alianzas matrimoniales son capitales para el acceso a la tierra y la cohesión

¹² Véase en especial las dos primeras colecciones de textos sobre el movimiento zapatista desde una perspectiva feminista: Rojas (1994, 1995).

de los pueblos, mientras que la fecundidad de las mujeres está directamente ligada a la «resistencia demográfica» que los pueblos indígenas han manifestado desde hace más de 500 años contra todos los intentos de exterminio y de asimilación. Si las indígenas hablaran corrientemente el español y poseyeran cierto nivel académico que les permitiese trabajar dignamente fuera de sus comunidades, ¿cuántas de ellas continuarían transmitiendo su lengua a sus hijas e hijos y se quedarían en los pueblos?¹³.

Es evidente que entre la ley y su aplicación hay un mundo. Esta ley es muy poco conocida en las comunidades, aun zapatistas, y no existe ningún mecanismo de aplicación, de supervisión ni de sanción que la apoye¹⁴. Además, la formulación de una segunda ley de las mujeres, un año después y mucho más ambigua, que evoca por ejemplo la «naturaleza» de las mujeres y condena las relaciones sexuales fuera del sacrosanto marco del matrimonio y de la familia indígena «tradicional», muestra que las reivindicaciones de las indígenas son, a veces, ambivalentes¹⁵. Por lo demás, la represión gubernamental, que se agrega al racismo y al sexismo de la sociedad mestiza, aleja todavía más la posibilidad de que se aplique la ley de las mujeres en este contexto de guerra de «baja intensidad», de ocupación militar y de marginación del movimiento zapatista. Por otra parte, no podemos saber si el conjunto de las mujeres indígenas, que son muy diversas y poseen intereses variados, utilizaría necesariamente esta ley para convertirla en un instrumento de transformación radical de sus comunidades.

No obstante, la iniciativa de las mujeres zapatistas abre una brecha extremadamente importante. Muestra que es posible cuestionar públicamente las relaciones sociales de sexo, de manera colectiva y explícita, desde el interior de los movimientos sociales y desde el inicio. Y que no hay necesariamente que contentarse con

13 Bien sabemos, por otra parte, que, aún sin dominar el español, sin diplomas, sin documentos y en condiciones particularmente difíciles, numerosas mujeres indígenas emigran desde hace mucho tiempo a la ciudad o hacia Estados Unidos.

14 Véanse Rovira (1996) y Palomo y Lovera (1997).

15 Véanse Falquet (1999a) y Rojas (1996).

una denuncia abstracta y vaga del «machismo», sino que se puede atacar frontalmente una de las bases concretas de las relaciones de poder: las estructuras familiares realmente existentes sobre las cuales se construye el movimiento.

***MST, agricultura familiar y explotación
del trabajo de las mujeres***

El Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra, en Brasil, ilustra otra dimensión no problematizada de la familia (Falquet 1998b, 1999b). Más allá de sus espectaculares y valientes ocupaciones de tierras, el MST se dedica sobre todo a construir una alternativa campesina al modo de producción capitalista. En veinticinco años de lucha, buena parte de sus bases, es decir, más de cien mil personas, han logrado obtener tierras. El desafío mayor hoy en día para el movimiento es ponerlas a producir. Pero, precisamente, surge la pregunta: ¿con base en qué sistema de producción? Las orientaciones generales del movimiento son socialistas y la dirección del MST intenta promover el trabajo colectivo y los sistemas cooperativos. No obstante, en numerosos casos, una vez obtenidas las tierras, muchas personas prefieren trabajarlas de manera individual —o, más exactamente, familiar—. Con gran realismo, local y nacionalmente, el MST se encuentra promoviendo, en fin de cuentas, la pequeña agricultura familiar.

La pequeña producción familiar, en parte para el autoconsumo y en parte para el mercado local, es un modelo que ha demostrado su gran eficacia. Corresponde a las costumbres de la mayor parte de la población campesina (aun si los modelos familiares son muy variados y si a la par existen formas comunitarias de trabajo). Este sistema de producción descansa, como todo el mundo lo sabe, sobre la explotación del trabajo gratuito e invisible de las esposas, de las/los niñas/os y de otras/os parientes del «jefe de familia»¹⁶. Ahora bien, al apoyar efectivamente el MST a la pequeña producción fa-

¹⁶ Como lo han demostrado ampliamente para Francia, Barthez (1983) o Delphy (1998); y para Brasil, Brumer y Schuch Freire (1983-1984), Menasche y Salete Escher (1996) y Paulino (1987).

miliar, guarda silencio sobre la división familiar y por lo tanto sexual del trabajo que la sostiene (Falquet 1998b, 1999b). Para un movimiento que pretende una transformación social radical, esta ceguera sobre la explotación de las mujeres y, por ende, esa defensa de un modelo de familia patriarcal es sorprendente.

¿Qué culturas defender?

Acabo de analizar unos movimientos de orientación «redistributiva» y clasista que, se considera, pertenecen a una época más antigua. Veamos ahora qué pasa con los movimientos «culturales» o «identitarios», muchas veces presentados como característicos del periodo actual (Fraser 1997). Lo cierto es que la globalización neoliberal trae un conjunto de interrogantes alrededor de las identidades y las culturas, bajo la influencia de factores materiales (como el desarrollo de las migraciones y desplazamientos forzados o la mayor facilidad de comunicación) e ideológicos (avance del pensamiento posmoderno; cuestionamiento del universalismo masculino, blanco, burgués y heterosexual; influencia económica e ideológica de las organizaciones internacionales en la despolitización de los movimientos sociales y en su «identitarización», es decir: su transformación en movimientos reducidos a defender «identidades específicas»¹⁷. Pero desde el punto de vista de las relaciones sociales de sexo, ¿qué significa la defensa o la creación de las identidades culturales y de «comunidades imaginadas»¹⁸ por parte de diversos movimientos sociales?

Dilemas de las mujeres negras

Al igual que el movimiento negro del continente, la mayoría de los grupos de mujeres y de feministas afrolatinoamericanas y afrocaribeñas organizan su lucha contra el racismo en torno a dos pilares: evidenciar el racismo¹⁹, y, desde los años noventa, desarrollar

17 Para el análisis de este proceso en lo que respecta a los movimientos feministas y antirracistas, véase Curiel (2002).

18 Según la fórmula de Benedict Anderson ([1983] 2002).

19 El racismo es, en general, negado vigorosamente mediante una serie de mitos, como el de la «democracia racial», en Brasil, o la idea de que lo

«políticas de identidad»²⁰. Estos grupos de mujeres trabajan sobre la historia de la esclavitud y de la colonización e intentan visibilizar y legitimar las raíces africanas de las culturas que largamente han sido negadas en cada país. La preservación y el desarrollo de una cultura orgullosamente afro en lo que respecta a la indumentaria, los peinados, la comida, el arte y la religión se han vuelto estrategias importantes.

Esta «política de identidad» ha sido indudablemente exitosa. Ha desembocado en nuevos modos de nombrarse, como «Afrodescendientes», o a través de la politización del término «Negro-a». Visibilizando, a la vez, a las poblaciones negras y el racismo, esta postura ha permitido cuestionar tanto al Estado y sus políticas públicas como las actitudes de otros movimientos sociales. Ha legitimado manifestaciones culturales y religiosas por largo tiempo despreciadas, forzadas a la semiclandestinidad o directamente reprimidas, como el gagá en la República Dominicana (un equivalente del vudú haitiano) o la capoeira, danza de combate creada por la población negra y largo tiempo prohibida en Brasil. Desemboca en ocasiones en políticas de acción afirmativa y de cuotas (sobre todo en las universidades, como en Brasil). Más que nada, ha ofrecido a muchas mujeres y hombres la posibilidad de restaurar una autoestima personal y colectiva. «Lo negro es hermoso»: para las mujeres, esta afirmación ha sido de una importancia crucial. En efecto, la presión social para alcanzar la «belleza» las afecta particularmente porque se ven obligadas —no solamente para mantener su autoestima, pero también para encontrar trabajo («buena presencia exigida» significa en realidad blanca o de piel clara)—, a plegarse a unos estándares de belleza blanca imposibles de alcanzar (Curiel 2002).

No obstante, en este proceso de reconstrucción de una historia y de una cultura afro (a veces partiendo de pocos elementos culturales, especialmente ahí donde la negritud ha sido fuertemente

«negro» es exclusivamente haitiano, en República Dominicana.

²⁰ Incluso si el contenido de estas «políticas de identidad» es muy variable, como lo muestra un estudio pionero en curso que realiza Ochy Curiel en Brasil, República Dominicana y Honduras. Véanse Carneiro (2005), Curiel (1999, 2002), Neusa y Calvet (2002) y Werneck (2005).

diluida por el racismo y el mestizaje), las mujeres negras no necesariamente son «ganadoras». En efecto, ¿qué se debe reivindicar de las culturas africanas (y de cuáles) o afros?, ¿la forma de preparar los alimentos?, pero, ¿quién los prepara y en qué condiciones?, ¿la familia extensa, con sus lazos poderosos, que permitió sobrevivir a la esclavitud, al racismo y a la pobreza?²¹. Seguramente, pero esta familia-protectora significa también a menudo un control social estrecho y una «heteronormatividad» particularmente pesada —¿acaso no se ha afirmado mil veces que el lesbianismo no existe en África y que se trata de una degeneración colonialista-blanca? ¿Y sobre quién descansa, concretamente, el trabajo cotidiano de hacer vivir estas familias?—.

La espiritualidad ha sido central en la resistencia a la esclavitud como lo es todavía hoy para la lucha de numerosas mujeres negras (Werneck 2005)²². Sin embargo, aunque sea mucho menos marcado que en las religiones monoteístas, existe a menudo una neta división sexual del trabajo y una predominancia de las autoridades masculinas en muchas prácticas religiosas afros²³. Entonces, de todo esto, ¿qué es lo que las feministas negras y sus aliadas desean reivindicar, y cómo?

Más allá de estos interrogantes muy concretos, la pregunta principal es la del lugar que tienen las mujeres negras en la defi-

21 Como se ha dicho, el análisis de la «familia negra» en Estados Unidos, particularmente, como resultado de —y resistencia a— la esclavitud, y luego profundamente marcada por las estructuras sociales racistas, ha sido objeto de innumerables publicaciones. Respecto a las feministas negras, véase la visión esclarecedora de la pionera Angela Davis ([1981] 1983) quien critica vivamente la tesis sexista (y racista) del informe Moynihan (1965), según el cual se trataría de familias «matriarcales».

22 Véase también Alexander (2006).

23 Las religiones afro son numerosas y variadas: umbanda, candomblé, santería, vudú, palo, gagá..., y están en constante evolución. Notemos, sin embargo, que a diferencia de los cultos monoteístas —que las mujeres casi nunca alcanzan a encabezar—, las religiones afro permiten la plena participación de las mujeres y poseen tanto diosas como dioses. Las Mães de Santo son a menudo poderosas y respetadas. Algunas no son lesbofóbicas en lo más mínimo, como lo muestra la entrevista de Neusa Das Dores Pereira y Elizabeth Calvet ([1999] 2002).

nición de la cultura legítima. Se puede constatar empíricamente que los movimientos afro mixtos raramente son dirigidos por hombres inclinados hacia el feminismo —aunque existan numerosas mujeres en posiciones importantes en estos movimientos y algunas se reivindicuen como feministas—²⁴. En el mundo blanco que, de alguna forma, valida el «renacimiento cultural» negro, el feminismo tiene aun menos peso. Por lo tanto, a menudo se traba una eficaz colaboración interracial de grupos de hombres negros y blancos, muy decididos a cultivar los valores que les convienen, en detrimento de las mujeres afro. Un ejemplo emblemático es la manera como la industria turística blanca y patriarcal del norte explota a fondo la imagen folclórica y altamente sexualizada de las mujeres afrobrasileñas en el samba y en el carnaval, imagen que el movimiento negro promueve activamente como elemento propio de la cultura afrobrasileña.

De manera general, estas identidades culturales en curso de (re)construcción, ya sean afro, indias o blancas, pueden fácilmente transformarse en una camisa de fuerza²⁵, en particular para las mujeres, sobre todo cuando se cierran filas contra el racismo. La pregunta es aún más importante ahora que el turismo, las migraciones y el mestizaje, productos del neoliberalismo, estimulan tanto los deseos de transformación como el repliegue sobre una «tradición» y máxime la invención de tradiciones en que las mujeres se vuelven el símbolo de una estabilidad idealizada y cada día más lejana (Yuval-Davis 1997).

Diversidad cultural: ¿quién paga la resistencia a la globalización neoliberal?

La situación de las mujeres indígenas del continente, en su inmensa diversidad, se parecería a la de las mujeres afro —también

²⁴ Desde los años sesenta, ciertas feministas negras señalaron el lugar importante de las mujeres en el movimiento negro estadounidense, mientras que las mujeres blancas se esforzaban, y se esfuerzan, por acceder a las responsabilidades en las organizaciones «progresistas» blancas o mixtas. En el caso de Brasil, Ochy Curiel (2007) recuerda el papel político-teórico pionero de la feminista Lélia Gonzales en el movimiento negro.

²⁵ Según la expresión de Yuderlys Espinosa (1999).

en su inmensa diversidad—, de no ser porque en general sus culturas son vistas como culturas que deben ser «preservadas» de los ataques del mundo mestizo, en lugar de ser (re)creadas después de la trata esclavista. De tal modo que, cuando ellas cuestionan o desean modificar «la tradición», pueden ser objeto de una sospecha gravísima: querer acabar con su propia cultura. Y la actual lucha contra la globalización neoliberal complica las cosas.

Efectivamente, una nueva corriente de pensamiento sobre los pueblos indígenas se está desarrollando en la confluencia de diferentes lógicas. Anteriormente considerados ignorantes y depredadores de la «naturaleza», estos pueblos (y a veces el campesinado en su conjunto) son presentados ahora como finos conocedores de su ambiente y hasta como parangones de virtud ecológica. Por un lado, las multinacionales y el Banco Mundial desean explotar sus conocimientos tradicionales sobre las plantas para ahorrarse años de costosas investigaciones fitofarmacéuticas. Por el otro, los y las occidentales «progresistas», incluso algunos grupos indígenas, para ganarse las simpatías y los apoyos internacionales, subrayan esta sabiduría ecológica y esta voluntad de preservación del medio ambiente, como un baluarte ante el desastre ecológico que acompaña el modo de producción capitalista. En este contexto, ¡cuidado con la mujer indígena que deseara, «como cualquiera», tener una camioneta 4x4 o simplemente un refrigerador!

En esta recomposición del análisis ecologista y anti/altermundialista, en el que los discursos antimperialistas se mezclan con la crítica de la dominación cultural occidental, la preservación de la «diversidad cultural» es cada vez más asimilada a la preservación de la diversidad biológica. Vandana Shiva, por ejemplo, ha desarrollado un interesante paralelo entre el avance de los monocultivos como catástrofe humana y ecológica, y el avance del pensamiento neoliberal único, «monocultura del espíritu»²⁶. Frente a esta «monocultura», símbolo y pilar central del neoliberalismo, la diversidad sería un antídoto: pues la biodiversidad (manifestación

²⁶ En inglés, el paralelo es más impactante aún, debido a que se usa una sola palabra para designar 'cultura' y 'cultivo': *culture* (Shiva 1996).

de la vida misma) e igualmente la diversidad cultural, se constituirían no solamente como un derecho, sino también como una forma de resistencia a la hegemonía de la cultura blanca occidental. Sin embargo, en este paralelismo entre la diversidad biológica y la diversidad cultural surge un doble problema político de fondo: el naturalismo y el relativismo cultural. Así, Shiva describe con entusiasmo las luchas de resistencias de las comunidades rurales en India, mas casi no menciona la existencia del sistema de castas o las relaciones sociales de sexo opresivas que muchas mujeres de la India denuncian. Las mujeres deben enfrentar una cuestión profunda y particularmente compleja: en el proceso de resistencia al imperialismo cultural (sea o no occidental), ¿cómo no tener que defender en bloque unas «culturas» que, tal y como están definidas por sus líderes étnicos muchas veces autoproclamados, implican numerosos elementos para ellas opresivos? Si bien muchas indígenas latinoamericanas han denunciado vigorosamente el racismo —Acebey (1985), Burgos (1983) y Viezzer (1982)—, e incluso una de ellas, la guatemalteca Rigoberta Menchú, obtuvo el premio Nobel de la Paz, son menos numerosas las que han escrito específicamente acerca del sexismo, no solo de la sociedad mestiza, sino también de la sociedad indígena, desde una posición antirracista. De ahí el interés de la reflexión de la feminista indígena mexicana Marta Sánchez Néstor (2005)²⁷, que subraya, a la vez, las dificultades que enfrenta ante algunos camaradas indígenas sexistas de la Convención Nacional Indígena, y el racismo clasista de numerosas mujeres y feministas mestizas.

Ciertamente, este problema del relativismo cultural y de la manipulación de las «tradiciones» por todo tipo de personas que por su parte no necesariamente tienen que vivirlas no es nuevo, pues ha cruzado toda la historia del racismo que acompañó la colonización, la esclavitud y las migraciones²⁸. Sin embargo, anterior-

27 Este número de la revista *Nouvelles Questions Féministes* también fue publicado en español, véase: <http://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/05/feminismos-disidentes-en-america-latina.pdf>

28 En Europa, las mujeres migrantes, o descendientes de migrantes, son igualmente acorraladas por el sexismo, el cual atraviesa las diferentes

mente, solo a su propio grupo local o nacional y, en ocasiones, a un puñado de antropólogas/os y colonizadoras/es nostálgicas/os, les preocupaba que las mujeres mantuvieran la «tradición». En la actualidad, virtualmente cualquiera puede deplorar la desaparición de tal o cual cultura, inclusive desde una perspectiva anti/alter-mundialista, es decir, no como una forma de solidaridad con esa cultura, sino a causa de la pérdida que implicaría para «la diversidad humana». Aunque probablemente nadie que se precie de anti/alter-mundialista objetaría abiertamente a una mujer indígena ni le exigirá que continúe haciendo y vistiendo sus tejidos tradicionales, cierto tipo de anti/alter-mundialismo puede debilitar indirectamente las reivindicaciones de transformación de las mujeres indígenas, frente a ciertos elementos de «sus tradiciones» que les parecen opresivos o, simplemente, obsoletos. Y esto a partir de una perspectiva «progresista», ecologista o antimperialista.

¿Y las mujeres blancas occidentales?

Es imposible terminar esta reflexión sin remitirnos a la situación de las mujeres blancas occidentales (y de las mestizas, cuando hacen parte del grupo dominante)²⁹. Dada su posición dominante, en muy pocos casos se les pide tomar una posición en relación con su cultura. Sin embargo, como integrantes de etnias que han colonizado, explotado y oprimido a muchos otros grupos

culturas en las que ellas viven (cultura dominante y culturas dominadas), y por el racismo de la sociedad dominante, exacerbado por la globalización. Ni el integracionismo forzado ni el relativismo cultural «antirracista» las ayudan. Este tema amerita ser examinado con profundidad, pero por ahora es imposible hacerlo aquí.

- 29 La población que se califica y que es calificada como mestiza, más que blanca, en América Latina y en el Caribe, es casi en todos lados mayoritaria y racialmente dominante. La cuestión de quién hace parte de esta población mestiza, según los diferentes rasgos somáticos y lingüísticos, así como de vestimenta y alimentarios, es eminentemente política. Aunque quiera anteponer sus orígenes europeos, la mayor parte de esta población mestiza, cuando emigra, es constantemente objeto de racismo, sea en Europa o en Estados Unidos, lugar, este último, donde se la subsume sin más en la categoría «latina».

humanos desde hace más de quinientos años, y que hoy parecen querer profundizar todavía más su dominación, imponiendo su cultura al mismo tiempo que su sistema económico, las mujeres blancas occidentales deben reflexionar muy seriamente acerca de cualquier actitud que adopten en relación con esa «cultura». Seguramente, ya la han criticado bastante, sea en el marco de la lucha anticapitalista, antirracista o desde el movimiento feminista y lésbico. Como las indígenas zapatistas, han nombrado mil y una veces las «costumbres que no les gustan», de este modo han logrado el retroceso de algunas y han propuesto alternativas. Pero en su fuero interno, ¿no estarán secretamente convencidas de que, grosso modo, una vez limpia de todo lo que ellas critican, la cultura occidental tiende a ser superior a las otras? ¿Una cultura occidental sin pornografía, sin violencia sexual, por ejemplo, pero orgullosa de su universalidad, de su «ciencia», con su fe en el «progreso» y defensora de cierto individualismo como base de la libertad y de la emancipación de las mujeres?

En el plano colectivo y teórico del movimiento feminista de hegemonía blanca-occidental, existen diferentes posiciones³⁰. Algunas afirman que la cultura aparentemente «neutra» no pertenece realmente a las mujeres de la misma manera que a los hombres. En Francia encontramos este tipo de reflexión, por ejemplo, en Nicole Claude Mathieu, quien demuestra que

las y los dominantes —aquí hombres y mujeres— no reciben la misma cantidad ni la misma calidad de información acerca de los conocimientos, las representaciones y los valores [...] Por lo demás, aunque se tratara teóricamente de la «misma» información, la experiencia vivida no es la misma de cada lado de la barrera. (Mathieu 1985, 212)

Permitiéndonos tomar distancias y desolidarizarnos³¹ como mujeres, sea cual sea nuestra pertenencia étnica, de esas culturas

³⁰ La imperfección y el carácter aproximativo de estos términos reflejan la complejidad de la realidad y el hecho de que en Francia estos debates sean aún poco explorados, lo que no permitió llegar a un vocabulario o a un sistema conceptual consensuado.

³¹ Recordando a la posición política antirracista de algunas personas blancas

que se nos dice son «nuestras» y que realmente no lo son, Mathieu nos abre una puerta de importancia inimaginable para criticar la cultura.

No obstante, otras van más lejos, como la feminista chilena Margarita Pisano, quien afirma que debe combatirse la cultura dominante, porque es típicamente masculina-patriarcal, o más bien, que deberíamos separarnos definitivamente de esta, sin nostalgias y totalmente, ya que conduce a un verdadero callejón sin salida en términos civilizatorios, a un llano y absoluto desastre: «Nuestra propuesta es ubicarnos en otra esquina para mirar, pensar y comenzar a dibujar el boceto de una nueva sociedad» (Pisano 2001). ¿Pero de qué cultura (patriarcal) estamos hablando?, ¿de la de los indígenas, de los negros, de los blancos? Porque, en realidad, lo que las mujeres occidentales-blancas deben enfrentar es su responsabilidad específica con la «cultura» particular definida por los hombres occidentales-blancos.

Finalmente, existe una tendencia francamente esencialista, difusa pero muy real, en los movimientos feminista y lésbico, que afirma que las mujeres son «otras» y que no han tenido nunca poder en este mundo patriarcal. Ellas no tienen ni desean tener jamás nada que ver con «la» cultura patriarcal y las luchas entre hombres que en esta se dan. Rita Thalmann (1987) analiza muy bien esta tendencia en la Alemania de los años treinta, donde una parte de las feministas se desinteresó completamente ante la subida del nazismo con el argumento de que se trataba de una cuestión de hombres. Esta posición de exterioridad supuestamente total no desemboca en ninguna lucha concreta para transformar la cultura dominante (occidental) y puede, por lo tanto, ser analizada como una manera de lavarse las manos con relación a toda la explotación y los crímenes pasados y presentes perpetrados en su nombre.

A la inversa de esta reivindicación de irresponsabilidad, sean cuales sean nuestro sexo y nuestras raíces (y sobre todo si somos feministas), debemos llevar a cabo una reflexión de fondo sobre el

que han teorizado la necesidad de “traicionar a su raza”, como la poetisa Adrienne Rich, en Estados Unidos.

tipo de cultura(s) que queremos desarrollar y sobre las transformaciones culturales que se producen en el contexto actual de la globalización. El mestizaje cultural es una cuestión central, ya sea que acontezca de hecho o por la fuerza, o bien que se trate de una estrategia deliberada, pero ¿puede constituir una respuesta «progresista» a la globalización neoliberal, basada en la reciprocidad y un nuevo cuestionamiento de los privilegios y la dominación? (Curiel 2002). ¿O, por el contrario, se trata de una trampa tendida por la cultura occidental capitalista, que absorbe y saquea los elementos de otras culturas desde una posición de dominación y únicamente con el fin de maximizar sus ganancias? (hooks 1996). Recuperar la música religiosa o popular afrolatina para modernizarla y venderla en las discotiempos europeas, crear nuevas espiritualidades *new age* más o menos basadas en creencias de los pueblos indígenas para lanzarlas como modas *cool* o «políticamente correctas», ¿es fomentar el mestizaje o simplemente comerciar? Mientras su música, su arte, sus creencias se difunden por todo el planeta, simplificadas y formateadas para su fácil digestión, esto es, completamente vaciadas de su sentido original, ¿las situaciones económica, política y social de los pueblos afrodescendientes o indígenas mejoran acaso?, ¿tienen estos pueblos el dinero, los pasaportes y las visas necesarias para acompañar sus productos culturales en su viaje acelerado a través de las fronteras? Inversamente, ¿qué es lo que desean las indígenas y las afrodescendientes cuando hacen el balance de las ventajas y los inconvenientes de la cultura occidental en sus múltiples facetas?, ¿es posible apropiarse únicamente de ciertas partes, sin arriesgar una transformación más profunda? Como mujeres y feministas, ¿qué podemos y qué queremos cuestionar, compartir y mezclar, con base en la igualdad y el respeto, de las diferentes culturas que nos conforman? Obviamente, la transformación cultural no puede producirse por decreto, es fruto de dinámicas complejas y contradictorias y de condiciones materiales que modelan las culturas. Entonces, ¿cómo incidir, a pesar de todo, en las transformaciones culturales en curso para hibridar, desde abajo y desde afuera de las lógicas mercantiles, lo que consideramos como lo mejor de nuestras diferentes

herencias, sin dejarnos imponer desde arriba, desde el poder hegemónico, un cúmulo de valores patriarcales, clasistas y racistas?



Examinados desde la perspectiva de la reproducción de la división sexual del trabajo militante, de la familia patriarcal y de la explotación, los movimientos sociales más directamente opuestos a la globalización neoliberal, aunque portadores de esperanzas, resultan decepcionantes. Las herramientas teóricas feministas permiten dar un nombre al malestar difuso que afecta a muchos militantes y sobre todo a muchas militantes de esos movimientos, y que agota su entusiasmo y obstaculiza por tanto el despliegue de todas sus energías y creatividad para el advenimiento de un mundo diferente. De hecho, este mundo donde quepan todos los mundos no debe solo terminar con las relaciones de producción capitalistas, sino también con las relaciones sociales racistas y patriarcales, ya que, como intenté demostrar, es el fortalecimiento de su triple trama lo que configura la actual globalización neoliberal y le confiere toda su violencia y peligrosidad.

No se trata aquí de descalificar de un plumazo los movimientos de los que hemos hablado ni las diferentes luchas actuales contra el neoliberalismo, que poseen numerosas facetas y en las cuales numerosas mujeres participan con valor, entusiasmo y vigor —y no sin espíritu crítico— sin importarles la represión, muchas veces brutal, a la que se pueden exponer. Por el contrario, es indispensable, si no vital, tomar conciencia del hecho de que las estructuras organizativas de esos movimientos, sus reivindicaciones, en últimas su alcance, están intrínsecamente marcados por la dinámica de las relaciones sociales tanto de sexo como de «raza» y clase. ¿Qué división sexual del trabajo, qué modelo de familia, qué cultura defender? Se deben plantear estas tres preguntas «de confianza», y muchas más seguramente, a los movimientos sociales más «progresistas», insistiendo sobre el racismo, el clasismo, el sexo y la sexualidad, cuestionarlos sin parar hasta que finalmente respondan de manera diferente y en favor de las mujeres —de todas

las mujeres— y tomen en consideración su diversidad en lo que respecta a clase, «raza», nacionalidad, cultura y situación migratoria. Aunque sus respuestas todavía no estén a la altura de nuestras esperanzas, es la única manera de avanzar en la elaboración de una alternativa política verdaderamente convincente de cara a la globalización neoliberal —así mismo también para las mujeres, para *todas las mujeres*, que están en el corazón de esta historia—.

Conclusiones

¿QUÉ CONCLUSIONES SACAR DE esta inmersión en el análisis de la globalización neoliberal? Resumiré aquí los principales resultados en cuatro grandes puntos.

Cuando se observa la realidad desde América Latina y el Caribe, es evidente que, incluso matizado últimamente por los efectos de la crisis financiera del 2009, el discurso optimista de que, al fin y al cabo, la globalización mejorará la vida de las personas, mal esconde el empeoramiento generalizado de la situación.

Las personas que no pertenecen a las categorías privilegiadas de la población mundial por su sexo, su nacionalidad, su «raza» o su clase social son las primeras en notarlo. Las grandes perdedoras de esta globalización son las mujeres, sobre todo las mujeres pobres y «racializadas», expulsadas del campo, privadas de los muchos o pocos servicios públicos que existían, confinadas en empleos cada vez más precarios, con horarios extremadamente flexibles y con salarios ridículos, aquellas mujeres que, además, son el blanco o el pretexto de múltiples conflictos armados que fomentan de manera inquietante los nacionalismos, racismos, fundamentalismos y violencias de todo tipo. El «desarrollo» que se les impone las sigue empujando cada vez más hacia la miseria, y la principal puerta

de salida que les queda, la migración, es brutalmente restringida por las leyes nacionales e internacionales. Su situación consiste en trabajar más para ganar menos sin lograr salir de la precariedad, en un ambiente cada vez más degradado, sea rural o sea urbano. Retirar a sus hijos y sobre todo a sus hijas de la escuela antes de tiempo. No poder llevar a los enfermos ni a los parientes ancianos a un hospital público, demasiado vetusto —cuando no cerrado—. Ser desplazada a la fuerza, despedida de todas partes, ser supernumeraria. Pasar hambre. Sobrevivir entre embarazos, desnutrición y agotamiento de por vida. Morir antes de tiempo. He aquí la suerte de gran número de mujeres y de niñas «globalizadas», lejos de la gran fiesta del consumo infinito prometida por la publicidad, y de la que goza solo una minoría. ¿Pero cómo hemos llegado a esta situación?

Es, primero, por causa de la coerción que la globalización neoliberal se ha impuesto desde Pinochet hasta nuestros días. Dicha coerción ha sido relativamente poco analizada, aunque su existencia sea bastante notoria. La más visible se manifiesta bajo la forma de las nuevas unidades policíacas que se encuentran en cualquier lugar del mundo, disfrazadas de «Robocop» y equipadas con una panoplia de armas cada vez más sofisticadas, que patrullan las calles ordinarias y muestran los dientes en las marchas. Pero la coerción es también esquivada y se esconde bajo la forma de una militarización más y más perfeccionada de la vida cotidiana, y así mismo en el aumento permanente de la vigilancia y de la represión. Las cárceles se siguen desbordando, a la par que se multiplican los más variados campos de retención, de concentración y de zonas donde las personas son privadas de sus derechos, separadas del resto del mundo por muros y rejas; los brazaletes electrónicos se vuelven objetos familiares y las fronteras se cierran ante las/los migrantes y contestatarios/os, reales o supuestas/os. Y para completar este cuadro, resta decir que la guerra abierta está desatada en casi todos los lugares donde existen riquezas de las que apropiarse.

Muchos analistas menoscaban la amplitud y la especificidad de la violencia ejercida directamente contra las mujeres en el dispositivo neoliberal. Sin embargo, esta se constituye en un me-

canismo central de la coerción, en la medida en que las mujeres son, hoy como ayer, el mayor «ejército de reserva» de mano de obra eficaz, «dócil» y barata, cuando no totalmente gratuita, en el mundo. Hemos subrayado la redoblada violencia económica que las mujeres encaran en el mercado de trabajo y la brutalidad de las políticas migratorias, así como la violencia de la «guerra de baja intensidad» lanzada contra el conjunto de la población civil y particularmente contra las mujeres. Esta violencia es ejercida no solo a título privado, en cuanto «aficionados», por padres, maridos, tíos, hermanos, hijos y una serie de desconocidos en el ámbito público, sino también colectiva y burocráticamente por un conjunto de patronos y patronas, así como de administraciones, y además de manera «profesional» y claramente política por un conjunto de «hombres en armas» que se multiplican de modo alarmante y cuya impunidad es casi completa.

Una de las novedades de la globalización neoliberal es el papel creciente de estos «hombres en armas» y la forma como manipulan un discurso aparentemente a favor de las mujeres, para justificar la escalada de violencia y de control a la que se dedican. Recordemos que entre estos «hombres en armas» algunos tienen ovarios, y que entre las «mujeres de servicio» que estos intentan explotar al máximo, se encuentra la mayoría de las mujeres, pero también muchos trabajadores masculinos. En efecto, el sexo es una relación social de poder y no una identidad biológico-natural, y esta relación de poder está íntimamente ligada a posiciones de clase y «raza». He desarrollado en este libro la idea de que si las oposiciones de intereses entre mujeres y hombres, proletarias/os y burguesas/es, personas «racializadas» y personas «racializantes», Sur y Norte, siguen siendo profundas, vemos también aparecer (relativamente) una nueva configuración de estas relaciones sociales alrededor del eje «hombres en armas»/población civil trabajadora. Y he intentado demostrar que más allá de la fragmentación de las/los actores que la ejercen y de su dimensión a menudo micro, cotidiana y casi rutinaria, la violencia económica, patriarcal, racista y armada, privada y pública, se agrega para formar un sistema que asegura la propagación de la globalización neoliberal.

La otra arma del neoliberalismo consiste en la persuasión. Varias/os agentes producen conjuntamente un discurso destinado a legitimar la actual globalización. He descrito sobre todo las estrategias de las instituciones internacionales —el FMI, el Banco Mundial y también, y sobre todo, la ONU— y de los Estados que las sostienen. He mostrado cómo estos promotores de la globalización intentan apoyarse en las mujeres y sus movimientos, instrumentalizando su inmenso deseo de «participación» y su formidable energía (fuerza de trabajo y fuerza de proposición), para convertirlas en el pilar principal del sistema. Como lo ha demostrado Silvia Federici (2002), se está esbozando, dentro del gran capitalismo sin rostro, un microcapitalismo sustentado por las mujeres, mantenido a flote con microcréditos. En efecto, los «globalizadores» destilan sabiamente los financiamientos y despliegan una serie de discursos manipuladores sobre el género, la «participación» de las mujeres, la igualdad de los sexos, el «desarrollo» y la ecología, con los que intentan forjarse un rostro humano para manipular y persuadir a las personas más críticas, provenientes del feminismo, entre otros, y recuperar a las mujeres, asociándolas a su proyecto de «buena gobernanza». Aquí también, las mujeres y el género están en el centro del dispositivo. Poner a las mujeres de su lado, o dar a entender que lo están porque todo esto se está haciendo «por su bien», es ganar la batalla de la legitimidad, al neutralizar una oposición capital.

En esta lucha por la hegemonía, los medios de comunicación, mayoritariamente en manos de multinacionales y en situación de casi monopolio informativo, intentan convencer a la población, publicitando los conceptos, las cifras y los proyectos de las instituciones internacionales y de los Estados dominantes. Frente a este discurso cien veces repetido, hipnótico, las/los «intelectuales» y los movimientos sociales más «progresistas» difícilmente logran desarrollar una voz realmente diferente. Huérfanas/os de los grandes ideales de la izquierda, sin proyecto global capaz de unir a la población, y justamente asustadas/os por las tendencias más brutales, guerreras y profundamente antidemocráticas del neoliberalismo, muchas/os terminan por aceptar el apretado abrazo de una nueva socialdemocracia que aparece como el último baluarte, como el

último lugar donde intentar «salvar lo salvable». Desgraciadamente, esta socialdemocracia es más capitalista que nunca. Al mirarla de cerca, estando ya entre sus brazos, no es sino el alter ego del neoliberalismo. Más sonriente, ciertamente. Pero nada prueba que tenga mejores intenciones; por el contrario, muchos indicadores coincidentes demuestran su incapacidad de oponerse al neoliberalismo, o incluso su carencia total de voluntad para hacerlo, por no decir su complicidad activa con este.

Frente a todo esto, ¿cómo reaccionan las mujeres, las mujeres pobres, las mujeres «racializadas», las feministas?, ¿son tan solo las engañadas y las víctimas de este proceso que las exprime para extraerles todo el «oro» que contienen —según la feliz expresión de Arlie Russell Hochschild (2003)?—. Seguramente no, porque aunque oprimidas, explotadas, violentadas y mantenidas en la mayor ignorancia posible, hemos visto que existen mujeres que se organizan para hacer un análisis crítico de su situación y construir alternativas, sea a escala familiar o local, sea a nivel nacional o internacional. Su decidido compromiso con los movimientos sociales más abiertamente opuestos a la globalización y más «progresistas», de los cuales ellas son muchas veces las iniciadoras y las bases, si no la cabeza, lo comprueba ampliamente. No obstante, si tales movimientos —entre estos el feminista— quieren construir una verdadera alternativa al sistema, deben abrir una reflexión sistemática sobre sus prácticas, en particular las que tienen que ver con las relaciones sociales de sexo —pero también con las de clase y «raza»—. Los análisis feministas nos ofrecen los instrumentos para ello, sin embargo, hemos visto algunos elementos que habría que repensar para que las mujeres dejen de ser instrumentalizadas por quienes pretenden luchar por su bien. Una justa división del «trabajo revolucionario», una reflexión profunda acerca de los modelos familiares o comunitarios deseables, un proyecto «cultural» que no discrimine a las mujeres, son tan necesarios como el objetivo de abolir la explotación salarial, las fronteras y el racismo.

Para terminar, debo reconocer que los análisis presentados en estas páginas pueden en ocasiones parecer pesimistas o excesivos —hasta angustiosos—. No obstante, no hay que cerrar este libro

con pesar. Por el contrario, pues estas reflexiones no tocan sino una parte de la realidad, que es compleja, múltiple, equívoca y que felizmente desborda siempre la teoría. Y sobre todo, porque se deben entender como la prueba de que hasta en las situaciones difíciles, siempre es posible pensar, analizar y luchar: las feministas y las lesbianas latinoamericanas y del Caribe son una prueba fehaciente de esto, así como el movimiento zapatista y el de las/los trabajadoras/es sin tierra —para quedarse no más en este continente. Por último, mis hipótesis y mis conclusiones deben ser examinadas de modo crítico, completadas e (in)validadas, puesto que, como ya dije, su primera finalidad es incitar a la reflexión y a la acción.

En efecto, la teoría y la práctica, las luchas y los análisis no existen de manera separada. Todo lo que he presentado aquí se apoya en años de trabajo colectivo, de luchas, debates, lágrimas y risas en los movimientos sociales, universidades, calles, fábricas, cocinas y campos. Más de una persona que me ha llevado a pensar, gracias a sus escritos o a su combate, ha pagado muy caro su reflexión: con la marginación social y profesional; con el exilio, como Candelaria Navas, Rigoberta Menchú o Monique Wittig; con la prisión, como Ingrid Ströbl, Angela Davis o Domitila Chungara; y en ocasiones con la muerte, como Ignacio Martín-Baró y Norma Virginia Guirola de Herrera. La mayoría quedará en el anonimato: sindicalistas, revolucionarias/os, en armas o no, poetisas y poetas, músicas/os y militantes de la cotidianidad de los movimientos sociales. Quiero rendirles aquí un homenaje y agradecerles, pues la comprensión de los mecanismos del sistema neoliberal —capitalista, racista y patriarcal— es, a la vez, el resultado de sus luchas y la llave de las transformaciones venideras. Nos corresponde apropiarnos de las herramientas que forjaron, para construir un mundo que nos guste más. No es hora de refugiarnos en la angustia ni en el pesimismo. Por el contrario, es tiempo de retomar la iniciativa. Porque tanto los análisis académicos como las constataciones empíricas de quienes luchan convergen: aunque esté virilmente parado sobre su carro de guerra y ataviado con su más imponente corona, si llega a perder a su reina y a sus sirvientas, se verá que el rey está desnudo, solo, y no sobrevivirá ni una semana.

Lista de referencias

- Acebey, David. 1985. *Aquí también, Domitila*. México: Siglo XXI.
- AFED. 2001. *La perspective de genre dans la coopération au développement en France, Espagne, Grande Bretagne et Pays-Bas*, Rapport à l'attention du Premier Ministre et du Haut Conseil de la Coopération Internationale.
- AFP, Reuters, DPA. 2007. La estrategia de EU en Irak apunta al fracaso: Parlamento británico, *La Jornada*, (13 de julio). <http://www.jornada.unam.mx> (consultada agosto 13, 2007).
- AID. 1990. *User's Guide to the Office of Population*. AID.
- Alegría Claribel y D. J. Flakoll. 1987. *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha*. San Salvador: UCA Editores.
- Alexander, Jacqui. 2006. *Pedagogies of Crossing : Meditations on Feminism, Sexual Politics, Memory, and the Sacred*. Durham: Duke University Press.
- Alexander, Patricia y Sally Baden. 2001. Glossaire genre et macro-économie. *Cahiers genre et développement* 2:33-37. París/Génova: AFED-IUED-EFI.
- Álvarez Herrera, Elizabeth. 2005. Autoportrait féministe : voyages entrecroisés dans le temps. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2): 96-116. En español, on line : <http://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/05/feminismos-disidentes-en-america-latina.pdf>.
- Amnesty International. 2004. *Rapport sur la situation au Kosovo*. <http://www.amnestyinternational.be/doc/article3685.html> (consultada el 10 de abril, 2007).
- Amos, Valérie y Pratibha Parmar. 1984. Challenging imperial feminism. *Feminist Review* 17: 3-19.
- Anderson, Benedict. [1983] 2002. *L'imaginaire national : réflexions sur l'origine et l'essor du nationalisme*. París: La Découverte. Primera edición en inglés, *Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*.

- Anderson, Bridget. 2000. *Doing the dirty Work? The global politics of domestic labour*. Londres: Zed Books.
- Anderson, Sarah. (2001). *Le Courrier International* 549, (10-16 de mayo).
- Appadurai, Arjun. [1996] 2005. *Après le colonialisme. Les conséquences culturelles de la globalisation*. París: Payot. Première édition en anglais, *Modernity at large. Cultural dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press.
- Arizpe, Lourdes y Josefina Aranda. 1981. The Comparative Advantages of Women's Disadvantages : Women Workers in the Strawberry Export Agribusiness in Mexico. *Signs* 7 (2):453-473.
- Asociación de Trabajo y Estudio de la Mujer (ATEM 25 de noviembre). 1996. *Feminismo y neoliberalismo*, comunicación a la Primera Jornada Feminista «Feminismo y neoliberalismo: desafíos éticos, políticos y culturales», Buenos Aires, 9 de noviembre 1996.
- ATTAC. 2003. *Quand les femmes se heurtent à la mondialisation*. París: Editions Mille et une nuits.
- Avilés, Karina. 2002. México deberá legislar sobre el genoma humano a más tardar en tres años, *La Jornada* (enero 9).
- Bacchetta, Paola. 2010. Réflexions sur les alliances féministes transnationales. En *Le genre au coeur de la mondialisation*, J. Falquet, H. Hirata et ál. París: FNSP.
- Bales, Kevin. [1999] 2000. *La nueva esclavitud en la economía global*. Madrid: Siglo XXI. Primera edición en inglés, *Disposable people. New Slavery in Global Economy*, University of California Press.
- Banque mondiale. 1990. *Rapport sur le développement dans le monde*, Banque mondiale, Washington.
- Banque mondiale. 2000. *Attacking poverty. World development report 2000-2001*. Washington: Banque mondiale, Oxford University Press, (septiembre).
- Barthez, Alice. 1983. Le travail familial et les rapports de domination dans l'agriculture. *Nouvelles Questions Féministes* 5:3-18.
- Beaud, Michel. 1981. *Une histoire du capitalisme 1500-2000*. París: Le Seuil.
- Bedregal, Ximena, Margarita Pisano, Francesca Gargallo, Amalia Fisher y Edda Gabiola. 1993. *Feminismos cómplices, Gestos para una cultura tendenciosamente diferente*. Santiago de Chile: La Correa Feminista.

- Benería, Lourdes. 2001. Vers une meilleure intégration du genre dans les sciences économiques. En *Cahiers Genre et Développement* 2:417-437, dirs. J. Bisilliat y C. Verschuur. París/Génova: AFED IUED-EFI.
- Beristain, Carlos Martín y Francesc Riera, dirs. 1993. *Afirmación y resistencia. La comunidad como apoyo*. Barcelona: Virus.
- Bettio, Francesca et Anna Maria Simonazzi. 2006. Change in care regimes and female migration: the « care drain » in the Mediterranean. *Journal of European Social Policy* 16:271-285.
- Bettio, Francesca y Janneke Platenga. 2004. Comparing care regimes in Europe. *Feminist Economics* 10, (mars), 85-113.
- Biel, Robert. 2000. *The new imperialism. Crisis and contradictions in North/South relations*. Nueva York, Londres: Zed Books.
- Bisilliat, Jeanne, dir. 2003. *Regards de femmes sur la globalisation. Approches critiques*. París: Karthala.
- Bisilliat Jeanne y Christine Verschuur, dirs. 2000. *Cahiers Genre et Développement* 1: París/Génova: AFED / IUED-EFI.
- Bisilliat Jeanne y Christine Verschuur. 2001. *Cahiers Genre et Développement* 2: París/Génova: AFED / IUED-EFI.
- Bookchin, Murray. 1989. *Qu'est-ce que l'écologie sociale ?* Lyon: Atelier de création libertaire.
- Boris, Eileen y Elizabeth Prügl, dirs. 1996. *Homeworkers in Global Perspective : Invisible No More*. Nueva York: Routledge.
- Boserup, Esther. [1970] 1983. *La femme face au développement économique*. París: PUF. Première édition en anglais, *Women's role in economic development*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Braudel, Fernand. 1979. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, xve-xviii^e siècle*, tomo I. París: Armand Collin.
- Braudel, Fernand. 1985. *La Dynamique du capitalisme*. París: Arthaud.
- Briquet, Jean Louis y Frédéric Sawicki, dirs. 1998. *Le clientélisme politique dans les sociétés contemporaines*. París: PUF.
- Brumer, Anita y Nadia María Schuch Freire. 1983/1984. O trabalho da mulher na pequena produção agrícola. *Revista do Instituto de filosofia e ciências humanas do UFRGS* 11-12:305-322.
- Burgos, Elizabeth. 1983. *Moi, Rigoberta Menchú*. París: Gallimard.
- Cabiria. 2005. *Rapport de synthèse de l'année 2004*. Lyon: Le Dragon Lune.

- Cañas, Mercedes. 1989. *Maltrato físico a la mujer salvadoreña*, Memoria de Licenciatura en Sociología. UCA, San Salvador.
- Cañas, Mercedes. 2001. El movimiento feminista y las instituciones nacionales e internacionales. En *Feminismos en América Latina*, comps. E. Gaviola Artigas, L. González Martínez. Ciudad de Guatemala: Flacso, Colección Estudios de género, n° 4:93-130.
- Cardoza, Melisa. 2005. "Vue d'un balcon lesbien". *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2):16-26. En español, en línea: <http://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/05/feminismos-disidentes-en-america-latina.pdf>.
- Carneiro, Sueli. 2005. Noircir le féminisme. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2):27-32. En español, en línea: <http://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/05/feminismos-disidentes-en-america-latina.pdf>.
- Carter, Brenda y Loeb David. 1989. *A dream compels us. Voices of salvadoran women*. San Francisco: New America Press.
- Castells, Manuel. [1996] 1998. *L'ère de l'information*, tome I « La société en réseaux ». París: Fayard. Première édition en anglais, *The rise of the network society*, Blackwell.
- Caulier, Mathieu. 2009. *Faire le genre, défaire le féminisme. Philanthropie, politiques de population et ONG de santé reproductive au Mexique*. Tesis de antropología social y etnología, bajo la dirección de Bernard Hours. París: EHESS.
- Cevallos, Diego. 2004. *Iraq: ocupación pasa factura a latinoamericanos*. *Semanario Tierra Viva/IPS*.
- Chaker, Saloua. 2002. La macdonaldisation du travail du sexe. *VEI Enjeux* 128 (mars):176-196.
- Chang, Grace. 2000. *Disposable Domestic: Immigrant Women Workers in the Global Economy*. Cambridge, Mass: South End Press.
- Chaudhuri, Kirti Narayan. 1990. *Asia before Europe: Economy and Civilization of the Indian Ocean from the Rise of Islam to 1750*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Chetcuti, Natacha y Maryse Jaspard. 2007. *Violence envers les femmes - Trois pas en avant deux pas en arrière*. París: L'Harmattan.
- Chinchilla Stoltz, Norma. 1998. *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo xx*. Ciudad de Guatemala: Tierra Viva Agrupación de Mujeres.

- Cicam. 1997. *Permanencia revolucionaria en la utopía. La autonomía en el VII Encuentro feminista latinoamericano y del Caribe, Chile '96*. México: La Correa feminista.
- Coalition Against Trafficking in Women. 2003. *The factbook on global sexual exploitation*. <http://www.uri.edu/artsci/wms/hughes/factbook.htm> (consultado el 10 de marzo, 2003).
- Combahee River Collective. [1979] 2006. Déclaration du Combahee River Collective, *Cahiers du CEDREF, (Ré) articulation des rapports sociaux de sexe, classe et « race »*. *Repères historiques et contemporains*, 53-67. Primera edición en inglés, Black Feminist Statement, en *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*, Z. Eisenstein. Nueva York: Monthly Review Press.
- Coordinadora Regional de los Altos de la Sociedad Civil en Resistencia (CRASCR). 2001. *El Plan Puebla Panamá, Análisis crítico*. San Cristóbal de las Casas: CRASCR.
- Coral, Thais y Pamela Ransom. 2001. *Women and information for participation and decision making in sustainable development in developing countries*. REDEH-Brasil, WEDO.
- Corrin, Chris. 2003. Le trafic des femmes dans l'Europe du Sud-Est. Particularités locales, généralités internationales. *Travail, Genre et Société* 10:83-106.
- Cox, Robert. 1986. Social forces, States, and World orders: Beyond International Relations Theory. En *Neorealists and Its Critics*, R. Keohane. Nueva York: Columbia University Press, 204-254.
- Cox, Robert. 1994. Global restructuring: making sense of changing international political economy. En *Political Economy and the Changing Global Order*, R. Stubbs y G. Underhill. Toronto: McClelland & Stewart Inc, 45-59.
- Crenshaw, Kimberlé Williams. 1991. Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics and Violence Against Women, *Stanford Law Review* 43:1241- 1298.
- Cuenca, Breny. 1992. *El poder intangible. La AID y el Estado Salvadoreño en los años ochenta*. San Salvador: CRIES/PRIES.
- Curiel, Ochy. 1999. Pour un féminisme qui articule race, classe, sexe et sexualité : interview avec Ochy Curiel, *Nouvelles Questions Féministes* 20 (3):39-62.

- Curiel, Ochy. 2002. La lutte politique des femmes face aux nouvelles formes de racisme. Vers une analyse de nos stratégies. *Nouvelles Questions Féministes* 21 (3):84-103.
- Curiel, Ochy. 2007. Critique postcoloniale et pratiques politiques du féministe antiraciste, *Mouvements* 51: 119-129.
- Curiel, Ochy y Jules Falquet, coords. 2005. *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin, Paola Tabet, Nicole Mathieu*. Buenos Aires: Brecha Lésbica. Disponible en línea: <http://brechalesbica.wordpress.com/publicaciones/>
- Davis, Angela. [1981] 1983. *Femmes, race et classe*. París: Editions Des Femmes. Primera edición en inglés, *Women, race and class*, Random House.
- Davis, Angela. [2005] 2006. *Les goulags de la démocratie. Réflexions et entretiens*. París: Au Diable Vauvert. Primera edición en inglés, *Abolition Democracy. Beyond Empire, Prisons and Torture*, Seven Stories Press.
- DAWN. [1985] 1992. *Femmes du Sud. Autres voix pour le XXIème siècle*. París: Côté-femmes éditions. Primera edición en inglés, *Development, Crises, and Alternative Visions: Third World Women's Perspectives*, DAWN.
- De Koninck, Maria y Solange Cantin. 2004. La critique de l'ENVEFF signée par Marcela Iacub et Hervé La Bras ou l'arroseur arrosé. *Nouvelles Questions Féministes* 23 (1):72-82.
- Declaración de Pekín. 1995. <http://la-comunidad.webcindario.com/o37.html> (Consultado el 20 de abril, 2007).
- Degrave, Florence. 2000. Les différents courants de pensée intégrant « femmes » et « développement ». *Chronique Féministe* 71-72 (febrero-mayo):83-89.
- Degrave, Florence y Marthe Nyssens. 2010. Paid and unpaid care to elderly people: a socialisation «in the making». The Case of «Home Care Workers». En *Home, Work and Family: Gender and Well-being in Modern Europe*, T. Addabbo, C. Borderias, A. Owens and M.-P. Arizabalaga. Londres: Ashgate.
- Delphy, Christine. 1998. *L'ennemi principal 1 : Economie politique du patriarcat*. París: Syllepses.
- Delphy, Christine. 2001. *L'ennemi principal 2 : Penser le genre*. París: Syllepses.
- Delphy, Christine. 2002. Une guerre pour les femmes afghanes ? *Nouvelles Questions Féministes* 21 (1):98-109.

- Destremau, Blandine. 2002. L'émergence d'un marché du travail domestique au Yémen : une étude sur Sana'a. *Revue Tiers Monde* 170 (abril-junio):327-351.
- Dores Pereira, Neusa das y Elizabeth Calvet. 2002. Lesbianisme noir au Brésil. Entretien avec Neusa Das Dores Pereira et Elizabeth Calvet, organisatrices de la Vème rencontre lesbienne féministe latino-américaine et des Caraïbes (Río de Janeiro, marzo 1999). *Nouvelles Questions Féministes* 21 (1): 110-124.
- DPA. 2007. Suspenden a cascós azules acusados de abusar de niños en Costa de Marfil, *La Jornada* (julio 24). <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2007/07/24/suspenden-a-cascos-azules-acusados-abusar-de-ninos-en-c-de-marfil> (consultado el 2 de enero, 2008).
- Druelle, Anick. 2004. Que célébrer 30 ans après l'Année internationale de la femme : une crise au sein des mouvements internationaux de femmes? *Recherches Féministes* 17 (2):115-169.
- Eisenstein, Zillah. 2004. *Against Empire: feminisms, racism and the West*. Londres/Nueva York: Zed Books/Spinifex Press, Melbourne.
- Enloe, Cynthia. 1989. *Bananas, beaches and bases: making sense of international politics*. Berkeley: University of California Press.
- Enloe, Cynthia. 2000. *Maneuvers: the international politics of militarizing women's lives*. Berkeley: University of California Press.
- Equipe ENVEFF. 2003. Violences vécues, fantasmes et simulacres. Comment analyser les violences envers les femmes. *Nouvelles Questions Féministes* 22 (3):72-81.
- Eriksson, Marianne. 2004. *Rapport sur les conséquences de l'industrie du sexe dans l'Union Européenne*, Rapport pour le Parlement Européen, Commission des droits de la femme et de l'égalité des chances. <http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+REPORT+A5-2004-0274+0+DOC+XML+V0//FR> (consultado el 28 de febrero, 2007).
- Espinosa, Yuderkys.1999. *¿Hasta dónde nos sirven las identidades?* Santo Domingo: Casa por la Identidad de las Mujeres Afro.
- Ezekiel, Judith. 1996. Anti-féminisme et anti-américanisme : un mariage politiquement réussi. *Nouvelles Questions Féministes* 17 (1):59-76.

- Falquet, Jules. 1991. *La scolarisation des populations indiennes au Chiapas, Mexique : dynamiques d'acculturation et rapports sociaux de sexes*, mémoire de DEA, IHEAL-Université de Paris III, Paris.
- Falquet, Jules. 1994. Panorama du mouvement après la VIème rencontre féministe Latino-américaine et des Caraïbes. *Cahiers du GEDISST*, IRESO-CNRS 9-10:133-146.
- Falquet, Jules. 1996. Entre rupture et reproduction : femmes salvadoriennes dans la guerre révolutionnaire (1981-1992). *Nouvelles Questions Féministes* 17 (2):5-38.
- Falquet, Jules. 1997a. *Femmes, projets révolutionnaires, guerre et démocratisation : l'apparition du mouvement des femmes et du féminisme au Salvador (1970-1994)*, Thèse pour le doctorat de sociologie, IHEAL-Sorbonne Paris III, Paris.
- Falquet, Jules. 1997b. La violence domestique comme torture, réflexions sur la violence comme système à partir du cas salvadorien. *Nouvelles Questions Féministes* 18 (3-4):129-160.
- Falquet, Jules. 1998a. Le débat du féminisme latino-américain et des Caraïbes à propos des ONGs. *Cahiers du GEDISST* 21:131-147.
- Falquet, Jules. 1998b. Parcours commenté dans la bibliographie sur les « mouvements ruraux » au Brésil ». *Cahier des Amériques Latines*, (primera parte) 233-248.
- Falquet, Jules. 1999a. La coutume mise à mal par ses gardiennes mêmes : revendications des Indiennes zapatistes. *Nouvelles Questions Féministes* 20 (2):87-116.
- Falquet, Jules. 1999b. Parcours commenté dans la bibliographie sur les « mouvements ruraux » au Brésil ». *Cahier des Amériques Latines*, (segunda parte) n° 30:209-230.
- Falquet, Jules. 1999c. Un mouvement désorienté : la 8ème rencontre féministe latino-américaine et des Caraïbes. *Nouvelles Questions Féministes* 20 (3):5-38.
- Falquet, Jules. 2002. La violencia doméstica como forma de tortura, reflexiones basadas en la violencia como sistema en El Salvador, *Revista del CESLA* 3: 149-172.
- Falquet, Jules. 2003a. «Desarrollo» y «participación» según las instituciones internacionales. *Desacatos, Revista de antropología social* 11: 13-35.

- Falquet, Jules. 2003b. Femmes, féminisme et « développement » : une analyse critique des politiques des institutions internationales. En *Regards de femmes sur la globalisation*, dir. J. Bisilliat. Paris: Karthala, 129-152.
- Falquet, Jules. 2003c. « Genre et développement » : une analyse critique des politiques des institutions internationales depuis la Conférence de Pékin. En *On m'appelle à régner. Mondialisation, pouvoirs et rapports de genre. Les colloques genre de l'IUED*, F. Reysoo y C. Verschuur. Direction du développement et de la coopération, Commission Suisse pour l'Unesco, Institut universitaire d'études du développement, Ginebra: 59-90.
- Falquet, Jules. 2003d. Division sexuelle du travail révolutionnaire : réflexions à partir de la participation des femmes salvadoriennes à la lutte armée (1981-1992). *Cahiers des Amériques Latines* 40:109-128.
- Falquet, Jules. 2005. Trois questions aux mouvements sociaux « progressistes. Apports de la théorie féministe à l'analyse des mouvements sociaux. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (3):18-35.
- Faludi, Susan. [1991] 1993. *Backlash : la guerre froide contre les femmes*. Paris: Des Femmes. Primera edición en inglés, *Backlash : The Undeclared War Against American Women*, Doubleday.
- Fassin, Didier, Alain Morice y Catherine Quiminal. 1997. *Les lois de l'inhospitalité. Les politiques de l'immigration à l'épreuve des sans-papiers*. Paris: La Découverte.
- Federici, Silvia. 2002. Reproduction et lutte féministe dans la nouvelle division internationale du travail. *Cahiers Genre et Développement* 3:45-69.
- Femmes et Changements. 2002. *Ecologie : quand les femmes comptent*. Paris: L'Harmattan, Femmes et Changements.
- Fischer, Amalia. 2005. Les chemins complexes de l'autonomie. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2):65-85. En español, en línea: <http://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/05/feminismos-disidentes-en-america-latina.pdf>.
- Frade, Laura. 1999. *La política ambiental del Banco Mundial*, Exposé présenté lors de la Rencontre annuelle des boursier-e-s de la Fondation Mac Arthur, Cuernavaca, Morelos, Mexique.
- Francesca, Gargallo. 1987. *Las mujeres en la guerra en El Salvador*. Tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.

- Fraser, Nancy. 1997. *Justice interruptus : critical reflections on the « postsocialist » condition*. Londres: Routledge.
- Fundación 16 de Enero. 1993. *Diagnóstico de la situación actual de la mujer excombatiente*, co-édité par F-16, Unicef, Prodepas, PACT, Secretaría de Reconstrucción Nacional et AID, San Salvador.
- Galerand, Elsa. 2006. Retour sur la genèse de la Marche mondiale des femmes (1995-2001). Rapports sociaux de sexe et contradictions entre femmes. *Cahiers du Genre* 40:163-182.
- Garaízabal, Cristina y Norma Vásquez. 1994. *El dolor invisible de la guerra. Una experiencia de grupos de auto-apoyo con mujeres salvadoreñas*, Talasa, Colección. Hablan las mujeres, Mujeres por la dignidad y la vida, Madrid.
- Gargallo, Francesca. 2004. *Ideas feministas latinoamericanas*. México: Universidad de la Ciudad de México.
- Gaviola Artigas, Edda y Lissette González Martínez. 2001. *Feminismos en América latina*. Ciudad de Guatemala: Flacso.
- Giddens, Anthony. [1998] 1999. *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus. Primera edición en inglés, *The Third Way*.
- Gill, Stephen. 1993. *Gramsci, Historical Materialism and International relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gilroy, Paul. [1993] 2003. *L'Atlantique noir. Modernité et double conscience*. París: Kargo. Primera edición en inglés, *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*.
- González, Soledad, O. Ruiz, L. Velasco y O. Woo, dirs. 1995. *Mujeres, migración y maquila en la frontera norte*. México: El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de México.
- Groupe du 6 novembre. 2001. *Warriors/Guerrières*. París: Nomades' Langues Editions.
- Guillaumin, Colette. [1978] 1992. Pratique du pouvoir et idée de nature. En *Sexe, race et pratique du pouvoir. L'idée de Nature*, C. Guillaumin. París: Côté-femmes. Primera edición en *Questions Féministes* 2-3.
- Guillaumin, Colette. [1972] 2002. *L'idéologie raciste*. París: Gallimard, Folio Essais. Première édition: París/La Haye: Mouton.

- Guillemaut, Françoise. 2002. *Femmes et Migrations. Les femmes venues d'Europe de l'Est*. Lyon: Cabiria Editions, Le Dragon Lune.
- Guillemaut, Françoise. 2007. *Stratégies des femmes en migration : pratiques et pensées minoritaires. Repenser les marges aux centre*. Thèse de doctorat en sociologie, Université Toulouse II-Le Mirail.
- Guirola de Herrera, Norma Virginia. 1983. *El papel de la mujer en la revolución salvadoreña*. México: Editorial Claves Latinoamericanas.
- Handman, Marie-Elisabeth y Jeanine Mossuz-Lavau, dirs. 2005. *La prostitution à Paris*. París: La Martinière.
- Harding, Sandra. 1986. *The Science Question in Feminism*. Ithaca: Cornell University Press.
- Hardt, Michael y Antonio Negri. 2000. *Empire*. París: Exils.
- Harnecker, Marta. 1994. *Retos de la mujer dirigente, entrevista a la comandante Rebeca*. La Havane: Mepla. En línea: <http://www.rebellion.org/docs/95820.pdf>
- Hemmati, Minu y Kerstin Seliger. 2001. *The stakeholder toolkit. A resource for women and NGOs, UNED Forum*. Londres: Brunswick Press.
- Hettne, Bjorn. 1995. *International Political Economy : Understanding Global Disorder*. Londres: Zed Books.
- Hill Collins, Patricia. 1990. *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*. Londres: Harper Collins.
- Hirata, Helena y Hélène Le Doaré, dirs. 1998. *Les Cahiers du GEDISST 21*. París: L'Harmattan.
- Hochschild, Arlie Russell. 2003. Love and Gold. En *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*, dirs. A. R. Hochschild y B. Ehrenreich Metropolitan Books, 15-30.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette. 2001. *Domestica: Immigrant Workers Cleaning and Caring in the Shadows of Affluence*. Los Angeles: University of California Press.
- Honneth, Axel. 1995. *The Struggle for Recognition : the Moral Grammar of social conflict*. Cambridge: Polity Press.
- hooks, bell. 1981. *Ain't I a woman? Black women and feminism*. Boston MA: South End Press.
- hooks, bell. 1984. *Feminist Theory. From margin to center*. Boston MA: South End Press.

- hooks, bell. 1996. Devorar al Otro: deseo y Resistencia. *Debate Feminista, Otredad* 13 (Abril).
- Hours, Bertrand. 1998. *L'idéologie humanitaire ou le spectacle de l'altérité perdue*. París: L'Harmattan.
- Hume, Patricia. 1993. Declaración de las mujeres sobre políticas de población mundial. *Coatlicue* 2 (2) (mayo-agosto).
- Ignez, Paulilo María. 1987. O peso do trabalho leve. *Ciência Hoje* 5:64-70.
- Ivekovic, Rada. 2003. *Le sexe de la nation*. París: Léo Scheer.
- James, Wendy. 1999. Empowering ambiguities. En *The Anthropology of Power: Empowerment and Disempowerment in Changing Structures*, Angela Cheater. Londres: Routledge, 13-27.
- Jane, Freedman. 2008. Genre et migration forcée: les femmes exilées en Europe. En *Cahiers du CEDREF, Femmes, genre, migrations et mondialisation. Un état des lieux*. Université Paris Diderot, 169-188.
- Jaspard, Maryse et ál., 2003. *Les violences envers les femmes en France. Une enquête nationale*. París: La Documentation française.
- Jeffreys, Sheila. [1993] 1996. *La herejía lesbiana. Una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana*. Madrid: Ediciones Cátedra. Primera edición en inglés: *The lesbian heresy. A feminist perspective on the lesbian sexual revolution*.
- Kabeer, Naila. 1994. *Reversed realities: gender, hierarchies in development thought*. Londres: Verso.
- Kergoat, Danièle. 1978. Ouvriers = ouvrières ? Propositions pour une articulation théorique de deux variables : sexe et classe sociale. *Critiques de l'économie politique*, nouvelle série 5, 65-97.
- Kergoat, Danièle. 2000. Division sexuelle du travail et rapports sociaux de sexe. En *Dictionnaire critique du féminisme*, H. Hirata, F. Laborit, H. Le Doaré y D. Senotier. París: PUF, 35-44.
- Kergoat, Danièle. 2002. División sexual del trabajo y relaciones sociales entre los sexos. En *Diccionario crítico del feminismo*, coords. H. Hirata, F. Laborie, H. Le Doaré y D. Sénotier Madrid: Síntesis, 66-75.
- Kergoat, Danièle. 2009. Dynamique et consubstantialité des rapports sociaux. En *Sexe, race, classe. Pour une épistémologie de la domination*, dir. E. Dorlin. París: PUF, 111-125.

- Kergoat, Danièle, F. Imbert, H. Le Doaré y D. Sénotier. 1992. *Les infirmières et leur coordination 1988-1989*. París: Lamarre.
- Klein, Naomi. 2004. Jobs down, thumb up. The US soldiers arrested in sexual assault scandal in Irak are a collateral damage of a northern-american economy which is losing its good jobs, *The Globe and Mail* (13 de mayo).
- Kofman, Eleonore, A. Phizacklea, P. Raghuran y R. Sales. 2001. *Gender and International Migration in Europe: Employment, Welfare, and Politics*. Londres: Routledge.
- Kymlicka, Will. 1989. *Liberalism, Community, and Culture*. Oxford: Oxford University Press.
- La Jornada*. 2007. Suspenden a cascos azules acusados de abusar de niños en Costa de Marfil (julio 27).
- Lara, Sara. 1998. L'émergence d'une agriculture flexible et les transformations du marché du travail rural en Amérique Latine. *Les Cahiers du GEDISST* 21: 81-94.
- Lautier, Bruno. 2001. La Banque Mondiale et sa lutte contre la pauvreté: sous la morale, la politique. *Politique africaine* 82: 169-176.
- Lautier, Bruno. 2002. Pourquoi faut-il aider les pauvres? Une étude critique du discours de la Banque mondiale sur la pauvreté. *Revue Tiers Monde* XLIII (169) (enero-marzo): 137-165.
- Lautier, Bruno. 2006. Mondialisation, travail et genre : une dialectique qui s'épuise. *Cahiers du Genre* 40: 39-65.
- Le Bot, Yvon. 2003. *Guerre en terre Maya*. París: Karthala.
- Le Doaré, Hélène. 1991. Le mouvement populaire en Amérique latine. Eléments d'une réflexion sur la notion de mouvement social sexué. *Les Cahiers du GEDISST* 2.
- Lean, Lim Lin. 1998. *The sex sector. The economic and social bases of prostitution in Southeast Asia*. Génova: OIT.
- Leclerc, Jean Claude. 2004 . Rapport d'Amnesty International : le scandale de l'esclavage sexuel au Kosovo. *Le Devoir* (31 de mayo). <http://www.ledevoir.com/2004/05/31/55754.html> (Consultado el 2 de junio, 2007).
- Lelart, Michel y Jean Louis Lespes. 1985. Les tontines africaines, une expérience originale d'épargne et de crédit. *Revue d'économie sociale* 5 (julio-septiembre):157-159.

Lista de referencias

- Lesselier, Claudie. 2003. Femmes migrantes en France : le genre et la loi. En *Cahiers du CEDREF*, « colloques et travaux » : Genre, travail et migrations en Europe, dirs. M. Hersent y C. Zaidman, 45-59.
- Leyva Solano, Xóchitl y Gabriel Asencio Franco. 1996. *Lacandonia al filo del agua*, CIESAS, UNACH, Gobierno del Estado de Chiapas. México: Fondo de Cultura Económica.
- López Méndez, Irene. 2000. Empoderamiento y *mainstreaming*: estrategias para la igualdad entre los géneros. *Revista española de desarrollo y cooperación* 6 (primavera/verano):59-84.
- López Méndez, Irene y Ana Rosa Alcalde. 1999. *Relaciones de género y desarrollo*. Madrid: Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación, Los libros de la Catarata.
- Lorde, Audre. 1982. *Zami. A new spelling of my name*. Watertown, MA. Persephone Press.
- Lorde, Audre. 1984. *Sister Outsider, Essays and Speeches*. Berkeley, The Crossing Press Feminist Series.
- Madrigal Paloma, Alexia Rahona, Ana Sánchez y Bea Stalenhof. 2000. El empoderamiento en la cooperación al desarrollo: dudas y reflexiones. *Revista española de desarrollo y cooperación* 6 (primavera/verano):85-93.
- Maillard, Jean. 1998. *Un monde sans loi. La criminalité financière en images*. París: Stock.
- Marchand Marianne y Anne Sisson Runyan. 2000. *Gender and Global Restructuring. Sightings, Sites and Resistances*. Londres/Nueva York: Routledge.
- Martín-Baró, Ignacio, dir. 1990. *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: UCA.
- Martins, Carlos Eduardo, Fernando Sá, Mónica Bruckman. 2004. *Globalização. Dimensões e alternativas. Hegemonia e contrahegemonia* 2. São Paulo: PUC, Edições Loyola, REG-GEN.
- Más allá de Pekín. 1994. Capítulos I, II y III de *Políticas de población, prácticas anticonceptivas y realidades de las mujeres salvadoreñas*. San Salvador: Ronéo.
- Masson, Sabine. 1999. Le viol en temps de guerre : crime ou bavure? Avancées et résistances de la condamnation du viol contre les femmes. *Nouvelles Questions Féministes* 20 (3):63-80.

- Masson, Sabine. 2003. Féminisme et mouvement global. *Nouvelles Questions Féministes* 22 (3):102-119.
- Mathieu, Nicole-Claude. 1985. Quand céder n'est pas consentir. Des déterminants matériels et psychiques de la conscience dominée des femmes et de quelques-unes de leurs interprétations en ethnologie. En *L'arraisonnement des femmes. Essais en anthropologie des sexes*, dir. N.-C. Mathieu. Paris: EHESS, 169-245.
- Mathieu, Nicole-Claude. [1989] 1991. Identité sexuelle/sexuée/de sexe? Trois modes de conceptualisation du rapport entre sexe et genre. En *L'anatomie politique, Catégorisations et idéologies du sexe*, N.-C. Mathieu. Paris: Côté-femmes, 227-266. Primera edición en *Catégorisation de sexe et constructions scientifiques*, eds. A. M. Daune Richard, M. C. Hurtig y M.-F. Pichevin, Université de Provence, Aix en Provence.
- Melisa, Cardoza. 2005. Vue d'un balcon lesbien. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2):16-26. En español, en línea: <http://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/05/feminismos-disidentes-en-america-latina.pdf>.
- Menasche, Renata y María Salete Escher. 1996. *Género e agricultura familiar. Cotidiano de vida e trabalho na produção de leite*. Curitiba: DESER, CEMTR, DETR-CUT. En línea: <http://www6.ufrgs.br/pgdr/arquivos/419.pdf>
- Mernissi, Fatéma. 2003. *Le harem européen*. Casablanca: Le Fennec.
- Michel, Andrée. 1995. *Surarmement, pouvoirs, démocratie*. Paris: L'Harmattan.
- Michel, Andrée y Floh. 1998. *Citoyennes militairement incorrectes*. Paris: L'Harmattan.
- Mies, Maria y Vandana Shiva. 1998. *Ecoféminisme*. Paris: L'Harmattan.
- Millet, Kate. [1970] 1971. *La politique du mâle*. Paris: Stock. Primera edición en inglés: *Sexual politics*.
- Mittelman, James. 1996. *Globalization: Critical Reflections*. Colorado: Lynne Rienner Publisher, Boulder.
- Mitter, Swasti y Sheila Rowbotham, dirs. 1995. *Women Encounter technology: Changing Patterns of Employment in the Third World*. Londres/Nueva York: Routledge/United Nations University.

- Mohanty, Chandra Talpade. 1984. Under Western Eyes, Feminist Scholarship and Colonial Discourses. *Boundary 2*, vol. XII (3) y vol. XIII (1):333-358.
- Mohanty, Chandra Talpade. 2003. *Feminism without Borders. Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*. Delhi: Zubaan.
- Molinier, Pascale. 2004. La haine et l'amour, la boîte noire du féminisme? Une critique de l'éthique du dévouement. *Nouvelles Questions Féministes* 23 (3):12-25.
- Morita, Martín. 2001. Nubarrones sobre el Plan Puebla Panamá. Marcos y ONG en contra del proyecto Foxista. *Proceso-Sur* 27 (3 de marzo).
- Moro, Braulio. 2002. Une recolonisation nommée «Plan Puebla-Panamá». *Le Monde Diplomatique* (diciembre).
- Moujoud, Nasima. 2007. *Migrantes, seules et sans droits, au Maroc et en France : dominations imbriquées et résistances individuelles*. Thèse de doctorat en Anthropologie sociale et ethnologie, EHESS, Paris.
- Moulier Boutang, Yann. 1998. *De l'esclavage au salariat. Économie historique du salariat bridé*. Paris: PUF.
- Mozère, Liane. 2002. Des domestiques Philippines à Paris : un marché mondial de la domesticité ? *Revue Tiers Monde* 170 (abril-junio): 327-352.
- Mujeres Creando y Feminismo Autónomo Latinoamericano. 2000-2002. *Porque la memoria no es puro cuento*. Memorias del 1.º Encuentro feminista autonomo latinoamericano y del Caribe en Sorata, Bolivia, 1998.
- Mujeres por la Dignidad y la Vida. 1993a. *Aspectos sociales y emocionales de la maternidad, memoria de trabajo*. San Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida Editoras, Mimeo.
- Mujeres por la Dignidad y la Vida. 1993b. *Hacer política desde las mujeres, una propuesta feminista para la participación política de las mujeres salvadoreñas*. San Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida Editoras.
- Mujeres por la Dignidad y la Vida. 1995. *Montañas con recuerdos de mujer, una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas*. Memorias del Foro regional. San Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida Editoras.
- Nader, Laura. 2006. Orientalisme, occidentalisme et contrôle des femmes. *Nouvelles Questions Féministes* 25 (1):12-24.

- Navas Turcios, M. Candelaria, A. K. Rivera, E. A. Ortiz Cañas y L. Domínguez Magaña. 1995. *¿Valió la pena?! Testimonios de salvadoreñas que vivieron la guerra*. San Salvador: Editorial Sombrero Azul.
- Olivera, Mercedes. 2005. Le «Mouvement indépendant des femmes» du Chiapas et sa lutte contre le néolibéralisme. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2):131-139.
- Oso, Laura. 2000. L'immigration en Espagne des femmes chefs de famille. En *Cahiers du CEDREF* 8-9, dirs. J. Falquet, A. Goldberg-Salinas et C. Zaidman, 89-140.
- Oso, Laura. 2003. Migration et trafic de femmes latino-américaines en Espagne. En *Cahiers du CEDREF*, « colloques et travaux » *Genre, travail et migrations en Europe*, dirs. Z. Claude y H. Madeleine, 163-187.
- Palomo, Nellys y Sara Lovera, dirs. 1997. *Las alzadas*. México: CIM, Convergencia socialista.
- Paredes, Julieta y María Galindo. 1992. *¿Y si fuéramos una, espejo de la otra? Por un feminismo no racista*. La Paz: Ediciones Gráfica.
- Paredes, Julieta y María Galindo. 1999. *Piel, pan y sangre. Éticas y estéticas... feministas*. La Paz: Mujeres Creando.
- Parreñas, Rhacel. 2002. *Servants of Globalization. Women, Migration and Domestic Work*. Stanford: Stanford University Press.
- Pearson, Ruth. 1998. La mondialisation et les emplois informatisés. Avantages et risques pour les femmes. En *Les Cahiers du GEDISST* 21:59-80, dirs. H. Hirata y H. Le Doaré. París: L'Harmattan.
- Peemans, Pouillet Hedwige. 2000. La miniaturisation de l'endettement des pays pauvres passe par les femmes... *Chronique Féministe* 71-72:60-66.
- Pérouse de Montclos, Marc Antoine. 2001. *L'aide humanitaire, aide à la guerre ?* París: Editions Complexe.
- Petras, James. 2001. *Imperialismo y barbarie global. El lenguaje imperial, los intelectuales y las estupideces globales*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
- Pheterson, Gail. 2001. *Le prisme de la prostitution*. París: L'Harmattan.
- Pisano, Margarita. 2001. *El triunfo de la masculinidad*. Santiago de Chile: Surada ediciones.

- Pisano, Margarita y Sandra Lidid. 1993. *Introducción a un debate urgente*. En *Feminismos cómplices. Gestos para una cultura tendenciosamente diferente*, X. Bedregal, M. Pisano, F. Gargallo, E. Gaviola y A. Fisher. México/Santiago de Chile: La Correa Feminista, 5-10.
- Pisano, Margarita y Sandra Lidid. 1996. *Un cierto desparpajo*. Santiago de Chile: Ediciones Número Crítico.
- Polanyi, Karl. [1944] 1983. *La grande transformation. Aux origines politiques et économiques de notre temps*. París: Gallimard. Primera edición en inglés, *The great transformation. The political and economic origins of our time*, Farrar & Rinebart.
- Ravenstein, Ernest George. 1885. The laws of migration. *Journal of the Statistical Society* 48 (2):167-227.
- Rayment, Sean. 2004. Royaume-Uni. Quand les soldats passent au privé, *The Daily Telegraph-Londres. Courrier International* 710 (10 al 16 de junio): 49.
- Rhodine, Martin. 2003. Prostitution, *pornographie et capital. La mondialisation de la souffrance*, Publicado en el sitio de Sisyph el 27 de octubre 2003 (http://sisyphe.org/article.php3?id_article=725)
- Roberts, Penelope. [1988] 2001. L'accès des femmes rurales à la main-d'œuvre en Afrique de l'Ouest, *Cahiers Genre et Développement* 2. *Genre et économie, un premier éclairage*. Génova/París: AFED-EFI/L'Harmattan, 195-213. Primera edición en inglés en *Patriarchy and class*, eds. S. B. Sichter y J. S. Parpart, Boulder: Westview Press.
- Robin, Marie-Monique. 2004. *Escadrons de la mort, l'école française*. París: La Découverte.
- Rodríguez Romero, Casimira. 2005. La lutte des travailleuses domestiques en Bolivie. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2):126-130. En español, on line: <http://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/05/feminismos-disidentes-en-america-latina.pdf>.
- Rojas, Rosa. 1994. *Chiapas, y las mujeres, qué?*, tomo I. México: Ediciones La Correa Feminista-Cicam.
- Rojas, Rosa. 1995. *Chiapas, y las mujeres, qué?*, tomo II. México: Ediciones La Correa Feminista Ediciones-Cicam.
- Rojas, Rosa. 1996. *Del dicho al hecho... reflexiones sobre la ampliación de la ley revolucionaria de mujeres del EZLN*. México: La Correa Feminista Ediciones.

- Romito, Patrizia. 2003. Les attaques contre les enquêtes sur les violences envers les femmes. *Nouvelles Questions Féministes* 22 (3):82-87.
- Romito, Patrizia. 2006. *Un silence de mortes. La violence masculine occultée*. París: Syllepses, Collection Nouvelles Questions Féministes.
- Rosa, Hermán. 1993. *AID y las transformaciones globales en El Salvador desde 1980*. San Salvador: Cries.
- Rosende, Magdalena, C. Perrin, P. Roux y L. Gillioz. 2003. Sursaut antiféministe dans les salons parisiens. *Nouvelles Questions Féministes* 22 (3):88-100.
- Rovira, Guiomar. 1996. *Mujeres de maíz, la voz de las indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista*. Barcelona: Virus Editorial.
- Roy, Arundhati. 2003a. Ben Laden, secret de famille de l'Amérique. En *L'écrivain-militant*, A. Roy. París: Folio.
- Roy, Arundhati. 2003b. *L'écrivain-militant*. París: Gallimard.
- Said, Edward W. [1979] 1980. *L'Orientalisme : l'Orient créé par l'Occident*. París: Le Seuil. Primera edición en inglés, *Orientalism*. Vintage.
- Sánchez, Nestor Marta. 2005. Construire notre autonomie. Le mouvement des femmes indiennes au Mexique. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2):50-64.
- Saporta Sternbach, Nancy, M. Navarro-Aranguren, P. Chuchryk et S. E. Alvarez. 1992. Feminisms in Latin America, from Bogotá to San Bernardo, *Signs* 17 (2):393-434.
- Sassen, Saskia. 1991. *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- Sassen, Saskia. 2006. Vers une analyse alternative de la mondialisation : les circuits de survie et leurs acteurs. *Cahiers du Genre* 40:67-89, *Travail et mondialisation. Confrontations Nord/Sud*.
- Scholte, Jan-Aart. 1996. Beyond the buzzword: towards a critical theory of globalization. En *Globalization: Theory and Practice*, E. Kofman y G. Youngs. Londres: Pinter, 43-57.
- Sen, Amartya. 1990a. Development as capability expansion. En *Human development and the international development strategy for the 1990s*, eds. K. Griffin y J. Knight. Londres: MacMillan, 41-58.

Lista de referencias

- Sen, Amartya. 1990b. More Than 100 Million Women Are Missing, *New York Review of Books*, 37 (20). En línea: <http://www.nybooks.com/articles/3408>
- Shiva, Vandana. 1996. *Ethique et agroindustrie. Main basse sur la vie*. París: L'Harmattan.
- Shiva, Vandana. 2003. *La Guerre de l'eau. Privatisation, pollution et profit*. Lyon: Le Parangon.
- Smith, Barbara. dir. [1983] 2000. *Home girls : a black feminist anthology*. New Brunswick, New Jersey & Londres: Rutgers University Press. Primera edición en inglés, Nueva York: Kitchen Table/Women of Color Press.
- Sparr, Pamela. 1994. *Mortgaging Women's Lives : Feminist Critiques of Structural Adjustment*. Londres: Zed Books.
- Spivak, Gayatri. 1987. *In Other Words: Essays in Cultural Politics*. Nueva York: Metheun.
- Strange, Susan. 1986. *Casino Capitalism*. Oxford: Blackwell.
- Strange, Susan. 1998. *Mad Money*. Manchester: Manchester University Press.
- Ströbl, Ingrid. [1991] 1994. *Fruto extraño. Sobre política demográfica y control de población*, Montevideo: Cotidiano Mujer. Primera edición en alemán.
- Tabet, Paola. [1979] 1998. *Les mains, les outils, les armes*. En *La construction sociale de l'inégalité des sexes. Des outils et des corps*. París: L'Harmattan. Primera edición en *L'Homme*, vol. XIX (3-4).
- Tabet, Paola. 2004. *La grande arnaque. Sexualité des femmes et échange économique-sexuel*. París: L'Harmattan.
- Talahite, Fatih. 2010. Genre, marché du travail et mondialisation. En *Le genre au coeur de la mondialisation*, coords. J. Falquet, H. Hirata et ál. París: Presses de Sciences Po, 43-56.
- Taraud, Christelle. 2003. *La prostitution coloniale : Algérie, Tunisie, Maroc (1830-1962)*. París: Payot.
- Task Force US Army. 2004. *Rapport de la task force pour prendre soin des victimes d'agressions sexuelles*, (13 de mayo). http://www.defenselink.mil/news/May2004/n05142004_200405144.html

- Terray, Emmanuel. 1999. *Le travail des étrangers en situation irrégulière ou la délocalisation sur place*. En *Sans papiers : l'archaïsme fatal*, E. Balibar, M. Chemillier Gendreau, J. Costa-Lacoux y E. Terray. París: La Découverte, 9-34.
- Thalmann, Rita (dir.). 1987. *Femmes et fascismes*. París: Tierce.
- Thomson, Marilyn. 1986. *Women of El Salvador, the price of freedom*. Londres/Nueva York: Zed Books, Comisión de Derechos Humanos de El Salvador (no-gubernamental), War on want.
- Tiano, Susan. 1994. *Patriarchy in the Line: Labor, Gender, and Ideology in the Mexican Maquila Industry*. Philadelphia: Temple University Press.
- Tranjera, Alex. 2002. Montes Azules : Transnacionales propres contre Indiens prédateurs, *Volcans* 48, (verano). http://cspcl.ouvaton.org/article.php?id_article=185 (consultado el 19 de noviembre 2007).
- Traven, B. 2004. *La révolte des pendus*. París: La Découverte.
- Varias locas del mundo. 1999. *Yo tengo tantas hermanas que no las puedo contar*. Déclaration lors de la VIIIème rencontre féministe Latino-américaine et des Caraïbes, Juan Dolio, novembre. (Traducción en francés publicada en *Nouvelles Questions Féministes* 20 (3):29-33.
- Vásquez García, Verónica. 1998. *Género, medio ambiente y desarrollo sustentable: algunas reflexiones*. En *Género, sustentabilidad y cambio social en el México rural*, coord., V. García Vásquez, México: Colegio de Posgrado en Ciencias Agrícolas. En línea: <http://www.generoyambiente.org/arcangel2/documentos/74.pdf>
- Velasco Cruz, Sebastião C. 1998. *Um outro olhar : sobre a análise gramsciana das organizações internacionais*. Campiñas: IFCH/Unicamp.
- Verschuur, Christine y Fenneke Reysoo (dirs.). 2002. *Cahiers Genre et Développement* 3. Génova/París: IUED-EFI/L'Harmattan.
- Verschuur, Christine y Fenneke Reysoo (dirs.). 2003. *Cahiers Genre et Développement* 4. Génova/París: IUED-EFI/L'Harmattan.
- Verschuur, Christine y Fenneke Reysoo, dirs. 2005. *Cahiers Genre et Développement* 5. Génova/París: IUED-EFI/L'Harmattan.
- Viezzer, Moema. 1982. *Domitila : si on me donne la parole. La vie d'une femme de la mine bolivienne*. París: Maspéro.

- Villota, Paloma de. 1999. Reflexiones sobre el IDH relacionado con el IDM-IDG del PNUD. La desigualdad de género en España. En *Globalización y género*, dir. Paloma de Villota. Madrid: Editorial Síntesis, Economía.
- Wacquant, Loïc. 1999. *Les Prisons de la misère*. París: Raisons d’agir.
- Walby Sylvia, *Theorizing Patriarchy*. Blackwell, Cambridge-Oxford, 1990.
- Wallerstein, Immanuel, 1989. *The Modern World System III: the Second Era of Great Expansion of the Capitalist World Economy 1730-1840*. Nueva York: Academic.
- Wallerstein, Immanuel. 1974. *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the 16th century*. Nueva York: Academic.
- Wallerstein, Immanuel. 1980. *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of World Economy 1650-1750*. Nueva York: Academic.
- Washington Valdéz, Diana. 2005. *Cosecha de mujeres. Safari en el desierto mexicano*. México: Océano.
- Werneck, Jurema. 2005. Ialodês et féministes. Réflexions sur l’action politique des femmes noires en Amérique latine et aux Caraïbes. *Nouvelles Questions Féministes* 24 (2):33-49. En español, on line: <http://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/05/feminismos-disidentes-en-america-latina.pdf>.
- Wichterich, Christa. 1999. *La femme mondialisée*. París: Solin-Actes Sud.
- Wittig, Monique. 2001. *La pensée straight*. París: Balland.
- Wolf, Naomi. 2007. *Blackwater peut être légalement ce soir dans votre ville*, (10 de octubre). <http://libertesinternets.wordpress.com/2007/10/13/naomi-wolf-les-americains-ont-peur-et-ils-nont-pas-honte-de-le-dire/> (consultado el 22 octubre, 2007).
- World Commission for Environment and Development. 1987. *Our common future*. Nueva York: Oxford University Press.
- Young Iris, Marion. 1990. *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press.
- Yuval-Davis, Nira. 1997. *Gender and Nation*. Londres: Sage Publications.
- Zaidman, Claude y Madeleine Hersent, dirs. 2003. *Cahiers du CEDREF: Genre, travail et migrations en Europe*.

Índice de nombres

A

Agencia Internacional para el
Desarrollo (AID/USAID): 31,
85, 101, 105, 109-112, 122

B

Banco Mundial: 27, 41, 46, 52-53, 83,
85, 89, 101, 103-107 y n. 20, 108, 111-
113, 116, 120, 128, 130, 136-137 y n. 16,
138-140, 162, 174

E

EZLN: 18, 28, 31, 141, 144-145, 153-155

F

Fondo Monetario Internacional (FMI):
27, 31, 46, 52-53, 69, 83, 85, 89, 101,
103, 108, 111-112, 116, 128, 130, 140,
174
Frente Farabundo Martí para la
Liberación Nacional (FMLN): 31,
144-147, 149, 151, 152 n. 9, 153-154

M

Movimiento de los Trabajadores Sin
Tierra (MST): 28, 32, 141, 144-145, 157

O

Organización No Gubernamental
(ONG): 26, 32, 51-52, 56, 67, 84, 89,
91-94, 96-97 y ns. 10 y 12, 99-100 n.
14, 101, 111, 115, 119, 121 y n. 3, 122-123,
126-129 n. 8, 130, 134-135, 139-140 n. 17

Organización de las Naciones Unidas
(ONU): 27, 31-32, 41, 46, 52 n. 16, 53,
60, 66, 83-92, 94, 97 y ns. 10 y 11,
98-99, 101, 107-108, 111-112, 116, 121,
123, 128, 133, 135, 140, 174

P

Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo (PNUD): 32, 52
n. 16, 54, 113, 124, 128, 130-133, 138

Índice de materias

A

actores: 26, 36-37, 49, 51, 56, 58, 62, 70, 140 n. 17, 173

B

buen gobierno: 54, 85-86, 120, 140, 174

desarrollo sostenible: 54, 85-90, 97, 101, 103, 133, 135

C

care: 42 y n. 5, 43 y ns. 7 y 8, 47, 59

clase: 18, 22, 23, 24 n. 3, 25 y n. 5, 26-29, 41, 42 n. 5, 58-59 ns. 2 y 3, 65, 68, 74, 80-81, 137, 145, 152, 168, 169, 171, 173, 175

conferencia(s): 27, 86-88 y n. 4, 89-92, 94-96, 108, 111-113, 120-123

corrupción: 100 n. 14, 120 y n. 2, 127, 138-139

D

derechos: 44, 48, 55, 78 n. 24, 90, 94, 137, 152, 172

división sexual del trabajo: 24 n.3, 95 n.9, 146-149, 152, 154, 160, 168

E

empoderamiento: 120-125

empleos: 42, 44, 48, 58, 60, 80-81, 95 y n. 9, 134, 171

empresas multinacionales: 26, 46, 51, 56, 104, 109 n. 23, 116-117, 143, 162, 174

F

fecundidad: 107-108 y n. 21, 109-110, 154, 156

feminismo: 18, 43 n. 7, 55 n. 21, 73-74 n. 18, 75 n. 19, 84, 91, 94, 103, 121 n.3, 122 y n. 4, 124, 140, 161, 163 n. 27, 174

feminista(s): 18-19, 21-22, 24 n. 3, 71, 73-74 n.18, 75 y n. 19, 78 n. 24, 88, 90-92, 108-109, 111-112, 115, 119, 121, 123, 128-129, 140, 148, 153, 160 y n. 21, 161 y n. 24, 163, 166-167, 175-176

G

género: 22, 24 n. 3, 28, 32, 39, 44, 58-59 n. 3, 76, 79-80, 89, 91, 93, 95, 99, 115, 117, 119-120 y n. 2, 126-127, 131-136, 174

globalización neoliberal: 22, 26-27, 36, 39, 41, 46, 50, 56, 65, 71, 80, 84-85, 99, 117, 120, 141, 143, 158, 162, 167-169, 171-173

guerra(s): 27, 47, 52, 54, 58, 60, 64, 66, 70-73, 75, 77 y n. 21, 79, 81, 100, 117, 124, 144, 146-148, 150 n. 7, 151, 153-156, 172, 176

«guerra anti/terrorista»: 72, 74, 76, 79, 81, 149 n. 6

Gobierno(s): 18 n. 3, 27, 40, 46-47, 49-54, 63, 68-69, 72, 74, 76, 78 n. 23, 84-86, 91-92, 98-99 n. 3, 101, 104-107 n. 20, 110, 115-117, 120

H

hombre(s): 24 n. 3, 26-27, 41-42, 44, 47-48, 54, 56, 58-59 y n. 3, 60 y n. 4, 70, 81, 61, 64-66, 70, 72-81, 83, 95 n. 9, 104 n. 16, 121, 124-130, 132-136, 143, 147, 149-152, 154, 159, 161, 166, 173

I

imperialismo: 38, 50, 53, 108, 163
 indicadores: 27, 92, 120, 128-129, 133-136, 175
 instituciones internacionales: 26-28, 51-56, 58, 67, 83, 85, 88-89, 93 n. 7, 95, 100-101, 103, 105, 112, 116-117, 119-120, 123, 125, 128, 130-131, 138, 140 n. 17, 141, 143, 147, 174,

L

lucha(s): 19, 23, 28, 46 n. 13, 72, 85, 93-94, 111, 112, 120, 122-123, 136, 138-140, 141, 144-145 y n. 2, 146, 158, 160, 162-163, 165, 168, 174

M

mainstreaming: 27, 91, 120-122, 126-128
 mano de obra: 26, 42-44, 46, 48, 51, 65, 67, 69, 74, 79, 105, 114, 173
 mercado de trabajo: 26-27, 36, 48, 49, 54, 57-59, 62-63, 65, 78-80, 83, 134 n. 14, 135, 173
 microcréditos: 86, 111-112, 114-115, 120, 122, 138, 174
 migración: 18, 37, 43 n. 8, 46-48, 50, 63, 66-67, 69, 96, 107, 134 n. 14, 158, 161, 163, 172
 movimiento(s): *passim*
 – afro: 145
 – culturales: 55, 158
 – de indígenas: 140, 145
 – de mujeres: 79, 84, 90, 117, 119, 130, 141
 – ecologista: 86
 – étnicos: 50
 – feminista: 18, 22, 27-28, 55 y n. 21, 75, 77 n. 23, 83, 84 n. 2, 92-93 y n. 7, 94-95, 100, 109, 111 y n. 26, 116-117, 119, 121 y n. 3, 122, 125, 128, 141, 145 y n. 2, 148, 158 n. 17, 165-166
 – gay: 55 y n. 21
 – identitarios: 55 y n. 21, 125, 158
 – lésbico: 18, 55 y n. 21, 145, 165-166

– negro: 55 y n. 21, 105, 122, 141, 145 y n. 2, 158, 161 y n. 24
 – revolucionarios: 87, 106, 130
 – social(es): 22-23, 26-28, 51, 53-55, 84-87, 99, 125, 136, 140 y n. 17, 141, 144-146, 152-153, 156, 158, 168, 174-176
 – zapatista: 22, 71, 105, 141-142, 145 n. 2, 155 y n. 12, 156, 176
 mujeres: *passim*
 «mujeres de servicios»: 56, 58, 60 n. 4, 62, 70

N

neoliberalismo: 27, 38-39, 53, 57-58, 70-72, 76-77, 79, 81, 83, 101, 120, 144, 161-162, 168, 174-175

O

ONGización: 84, 92, 94-95, 140

P

«participación»: 90, 101, 121, 130, 136, 140, 147, 174
 pobreza: 28, 88, 100, 106, 108, 109, 111, 115, 120, 128, 134 ns. 14 y 15, 136-137 y n. 16, 138-140, 160
 poder: *passim*

R

«raza»: 18, 24-25 y n. 5, 26-29, 59 n. 2, 65, 74, 81, 109 n. 22, 145 y n. 2, 168-169, 171, 173, 175
 racismo: 18, 25, 47, 80, 96, 156, 159, 160-161, 163-164 ns. 28 y 29, 168, 175
 relaciones sociales de poder de sexo: 19, 24-25 y n. 5, 58, 60 n. 4, 64, 66 n. 10, 73, 80, 145-149, 153, 156, 158, 163, 175

S

sexo(s): *passim*

T

turismo: 37, 66, 69-70, 85, 95-96,
98-99, 106-107, 161
– sexual: 68-69, 78, 98, 109, n. 23

V

violencia: 17, 22, 26-27, 31, 58, 59 ns. 2 y
3, 63, 66, 70-71, 76, y n. 20, 77 ns. 21
y 23, 78-79 y n. 25, 80-81, 83, 96, 135,
143, 150, 153-155, 171-173

Índice de lugares

A

Afganistán: 54, 60, 70, 73
América Central (Centroamérica):
22, 45, 78 y n. 23, 106
América Latina y el Caribe: 21 n. 1, 22,
31, 47, 71, 84 n. 2, 99, 104, 117, 122,
130, 135, 140, 144, 164 n. 29, 171
Asia: 50, 77, 117

B

Brasil: 22, 24, 68, 111, 122, 132, 141, 144,
157 y n. 16, 158-159 y n. 20, 161 n. 24

C

Cairo, El: 90, 108
Canadá: 41, 45, 61, 104, 131
Chiapas: 18 y n. 2, 65, 71, 78 n. 24, 104,
153
Chile: 22, 35, 92-93 n. 8, 121 n. 3
Colombia: 20, 22, 77 n. 21
Copenhague: 90
Cuba: 96

E

Estados Unidos: 18, 35, 41, 45, 49-54 n.
18, 61 y n. 6, 62 y n. 8, 63, 72, 74, 85,
101, 104, 106, 108 y n. 21, 112, 132, 156
n. 13, 160 n. 21, 164 n. 29, 166 n. 31

F

Francia: 24 n. 3, 31, 43 n. 7, 47, 49, 51,
57, 62, 73, 75 n. 19, 76 n. 20, 91 n. 6,
101, 120, 127, 145, 157 n. 16, 165 y n. 30

G

Guatemala: 18, 77 n. 21, 78 n. 24, 99 y
n. 13, 105, 130

I

Iraq: 61, 62 n. 8, 70, 124

J

Japón: 24, 51, 64, 132

M

México: 18, 19, 22, 25, 32, 41, 45 y n. 10,
59, 61, 65, 67, 71, 78 n. 23, 85, 91, 104,
106, 108 y n. 21, 129, 141-142, 153

P

Pekín: 90-92, 94, 98, 111, 113, 120-121,
122, 125, 127
Perú: 22

R

República Dominicana: 22, 96, 99
n. 13, 159 y n. 19

S

Salvador, El: 17, 19, 22, 31, 78 n. 24,
84, 92, 110 y n. 25, 120, 122, 130, 146,
153-154

U

URSS: 32, 41, 50, 56, 60, 83

Y

Yugoslavia: 71, 77 n. 21

*Por las buenas o por las malas:
las mujeres en la globalización*

EDITADO POR EL CENTRO EDITORIAL

DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

HUMANAS, FORMA PARTE

DE LA BIBLIOTECA ABIERTA,

COLECCIÓN GENERAL, SERIE

ESCUELA DE GÉNERO. EL TEXTO

FUE COMPUESTO EN CARACTERES

MINION Y FRUTIGER. SE UTILIZÓ

PAPEL IVORY DE 59,2 GRAMOS

Y, EN LA CARÁTULA, PAPEL

KIMBERLY DE 220 GRAMOS. EL

LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR

EN BOGOTÁ, EN JAVEGRAF EN EL

AÑO 2011.



Mucho se ha escrito sobre globalización, pero pocos libros analizan uno de los ejes centrales de las relaciones internacionales y de la reorganización neoliberal de la división del trabajo: el género.

Los análisis que mencionan a las mujeres presentan la globalización como una oportunidad para ellas; les habría dado mayor acceso al trabajo asalariado, mayor movilidad y, gracias a las nuevas tecnologías de comunicación, más acceso a la información y a redes internacionales, ya sea familiares, sociales o políticas. Es más, las habría acercado como nunca en la historia a la «igualdad de género».

Este libro se aleja de ese discurso maravilloso y muestra cómo para la inmensa mayoría de las mujeres —las que además son desprivilegiadas por su «raza» o clase— los planes de ajuste estructural y las guerras neoliberales han significado mayor empobrecimiento, la expropiación de sus tierras, aguas y semillas, la migración forzosa y, muchas veces, más trabajo por menos bienestar.

Sin embargo, las mujeres empobrecidas tienen un papel fundamental de cara al futuro. A la vez que constituyen la mejor mano de obra (barata, eficiente) para las ganancias neoliberales, sostienen los movimientos sociales más críticos al proceso, con la lucidez de quienes poco tienen que perder. En estas páginas se muestra cómo, usando alternativamente la persuasión y la violencia, las instituciones internacionales, los Gobiernos y los «hombres en armas» intentan ponerlas totalmente al servicio de la globalización, mientras que muchas se niegan a seguir legitimándola.

La autora les da un lugar destacado a las críticas y reflexiones de un conjunto de movimientos sociales que se resisten a la globalización en América Latina y el Caribe (mujeres, feministas, indígenas y rurales), y muestra cómo el feminismo es una de las herramientas teóricas más subversivas y una de las luchas más prometedoras para transformar este mundo.

ISBN: 978-958-719-819-5



9 789587 198195